La Tercera que Mata

El nacimiento de la mística

Miguel Ignomiriello
con Pedro Garay



La Tercera que Mata

La Tercera que Mata

El nacimiento de la mística

Miguel Ignomiriello
con Pedro Garay

Ignomiriello, Miguel y Garay, Pedro
La Tercera que Mata. El nacimiento de la mística
1ra. ed. - La Plata: épica ediciones, 2025
216 p., 23 x 16 cm.

ISBN: 978-631-01-1311-1

Edición: Santiago Albina.
Diseño: Francisco Kraiselburd

1. Deportes. 2. Fútbol. 3. Clubes de Fútbol. I. Ignomiriello, Miguel II. Título
CDD 796.33362

© 2025, Miguel Ignomiriello y Pedro Garay

Impreso en LatinGráfica,
Rocamora 4161, Buenos Aires,
en marzo de 2026.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra
sin la autorización por escrito de los autores.

“Estudiantes vive con una mística
desde su fundación:
las divisiones inferiores”

Mercurio



Don Miguel Ubaldo Ignomiriello en 1965, acompañado por Osvaldo Papaleo, José María Suárez y Carlos María "Pinocho" Areta

Prólogo

por Osvaldo Papaleo

Esta es una historia de sueños y épica. Como todas las revoluciones. Y La Tercera Que Mata fue el cambio fundamental del fútbol juvenil amateurs en los campeonatos argentinos. Ocurrió en una ciudad, La Plata; en un tiempo, los años 70 del siglo XX; en un club, Estudiantes de la Plata. Con dos conductores (no hay revoluciones sin mentes lúcidas) que fueron don Mariano Mangano y el maestro Miguel Ubaldo Ignomiriello. Y los protagonistas, jugadores juveniles amateurs que entendieron que estaban embarcados en un proyecto que les generaba placer, triunfos, repercusión pública, y sobre todo sentirse parte de algo que por novedoso no dejaba de conmoverlos.

El manifiesto del cambio era trabajo, sacrificio,educación, poner en valor que un partido de fútbol encerraba algo más que transpiración y goles. Y desde el lugar bonaerense La Tercera que Mata les mostró a los argentinos que se podían intentar caminos diferentes para competir con los grandes del fútbol argentino.

Hubo muchos actores de la épica. Primeros, los miles de pinchas que modificaron el almuerzo para acercarse a 57 y 1 a regodearse con los pibes que eran la atracción central de un fenómeno novedoso. Hoy tienen un relato para sus nietos. No podemos olvidarnos de El Día, que desde sus páginas deportivas bautizó con el título que nos ocupa al aluvión platense que había nacido casi sin avisar. Ni de los cuerpos técnicos, administrativos y deportivos del club, que le dedicaron sus mejores horas a la transformación en marcha.

Como suele ocurrir los cantos de alegría suelen generar equívocos. Porque en verdad la Tercera no mató a nadie, no es una memoria de sangre y horror. Al contrario. La Tercera que Mata terminó el ciclo de los que interpretaban que todo era abulia, rutina, mediocridad burocrática. Fue una propuesta para instalar las concentraciones, el doble turno, el respeto por el compañero y el rival, y sobre todas las cosas una bocanada de aire fresco en un medio muy paralizado. Fue un canto a la vida.

El que escribe estas líneas tuvo la fortuna de vivir de muy cerca este proceso. Íntimamente. Desde su rol de periodista supo de los viajes en colectivos a las canchas visitantes, de los tropiezos naturales del estirón que estaba dando el club, y también aprovechó para aprender que con objetivos y constancia se puede mejorar la condición humana. El 16 de Octubre de 1968, cuando Estudiantes logró entre las chimeneas de Manchester, en Old Trafford, la copa más importante de su historia, ahí también estaba el ADN de La Tercera que Mata. Ahora toca recordarla, homenajearla, y lo tenemos que hacer con nuestro grito de corazón: "¡Mata, mata, mata, la Tercera pincharrata!"

Fútbol, maravilloso deporte

Siempre le digo a los jóvenes que deben practicar deporte. El deporte es fundamental para el futuro de los jóvenes. Trascendental. Si no hay una buena preparación del cuerpo y de la mente, el hombre se marchita: el deporte conforma física y moralmente a las personas.



Don Miguel Ubaldo Ignomiriello en 1965

He estudiado toda mi vida, he trabajado con jóvenes, tengo 60 años en el fútbol, y estimo que los jóvenes deben hacer deporte desde los 10 años. La iniciación en esa etapa de la formación física favorece la preparación mental. Es una iniciación en la vida sana, en los buenos hábitos: una vida de ejercicio, una vida de muchas horas al sol, una vida de disciplina. Una vida social, de amistades, de relaciones.

Particularmente en el fútbol, que tiene una virtud: es el gran nucleador de juventudes. En el mundo. Alrededor de una pelota, se organizan los jóvenes de todos los costados de la vida, a los que tienen más recursos y a los que tienen menos recursos. De pelota se puede usar cualquier cosa: si nadie consigue, sirve armar un bollo con medias viejas, y en los colegios todavía se patean latitas aplastadas o botellas. Puede jugar cualquiera: el alto puede jugar, el bajo puede jugar. Y se puede jugar en cualquier lado, en una cancha, en el patio, en la vereda, sobre el asfalto, pateando contra las rejas de las vidrieras. Y mientras se prepara el cuerpo, se conocen amigos que duran toda la vida.

Así, haciendo deporte, pateando una pelota o en cualquier actividad, se va conformando el hombre. Luego aparece el deportista, y puede no aparecer, puede después el joven dedicarse a otras tareas, pero el deporte ya ha conformado a un hombre.

Por eso es que en mi etapa en las divisiones juveniles de Estudiantes, junto a Carlos Cancela, mi preparador físico, le dimos suma importancia a la preparación de aquellos jóvenes. Y no solo era una preparación física, era una preparación física y mental. Los preparamos para desempeñarse en la vida, para comportarse, para tener un orden en la vida, para ser responsables, para enorgullecerse de lo que eran. Eso ayudó a aquellos muchachos, más adelante, a conseguir el máximo logro de un club de la ciudad de La Plata: la Copa Intercontinental.

Don Miguel Ignomiriello




EL DIA

ESTUDIANTES, LEGITIMO CAMPEON DEL MUNDO

En su empate con Manchester lució calidad y entereza

Un gran símbolo

No hubo ayer en la Tierra ciudad más feliz que La Plata

Arriba, la Tercera división de Estudiantes de 1965. Tres años más tarde, varios de aquel equipo fueron parte del Estudiantes campeón del mundo (izquierda)

Del páramo a Old Trafford

0

El 16 de octubre de 1968 Estudiantes se coronó campeón del mundo ante Manchester United. Cinco años antes, en 1963, Estudiantes se iba al descenso.

Cinco años antes, en 1963, el club transitaba una etapa decadente, como recuerda Osvaldo Papaleo, en esos años un joven periodista que se dedicaba a cubrir la actualidad del club. "Estudiantes, en aquel entonces, era un buen pibe", dice Papaleo: un club simpático, acostumbrado a la mitad de tabla y a rememorar algunas viejas etapas de gloria. Era el club de Nolo Ferreira, de Beto Infante, de Pelegrina, pero no había conseguido títulos en el profesionalismo: desde el regreso a Primera, Estudiantes había terminado por encima de la décima posición (sobre 16) en solo dos ocasiones (1957 y 1958): en 1960, había sido 13°, y había sufrido la peor derrota de su historia, un 1-8 frente a San Lorenzo; en 1961, fue 14°, al igual que en 1962 (sobre 15 equipos). Esas campañas condenaron a Estudiantes en 1963.

El descenso pudo haber ocurrido ya en 1961: mientras su vecino, Gimnasia, protagonizaba en aquellos años la lucha grande, Estudiantes andaba en la mala, mareado. Lo conducía su quinto entrenador en dos temporadas, José "Pichón" Negri, gloria de Estudiantes y del fútbol argentino, tapa de El Gráfico con tres equipos diferentes. El Pincha llegó a la fecha final último en la tabla y con un punto de ventaja sobre Lanús en los promedios: el rival era Lanús. De visitante.

El duelo a muerte no decepcionó: el 3 de diciembre de 1961 jugaron poco y se pegaron mucho. El árbitro Luis Spinetto expul-

só a 8 jugadores, 4 por bando. Se pegaron también los hinchas, afuera de la cancha. En medio del revoleo, a los 3 minutos del segundo tiempo Urbano Reynoso gritó gol: se salvaba Lanús. Estudiantes fue como podía, con lo que no tenía, mientras el reloj marcaba 10, 15, 20 minutos, 30, del segundo tiempo. Se extinguía el partido. Se extinguía el tiempo del Pincha en Primera.

Entonces, a diez del final, tiro libre: Estudiantes, que no lograba llegar al arco de Lanús con peligro, sabía que era ahí o nunca. Roque Fernández pateó. Juan Carlos "Coco" Rulli, quien había marcado 5 goles en 60 partidos en el club (jugando fuera de su posición casi siempre), y que luego sería campeón del mundo y figura en Racing, desvió el centro. Y la pelota entró, despacito, ante la mirada de los miles de hinchas de Lanús. Fue uno de los goles más gritados de la historia de Estudiantes. Todavía cuelga en algunas paredes descascaradas de la memoria el poster del tanto "que salvó a Estudiantes", como tituló la revista Goles.

Pero nada pareció cambiar tras ese encuentro cercano con la muerte futbolística: se fue Negri, sí (llegó Saúl Óngaro), pero Estudiantes siguió peleando contra sí mismo con un plantel acostumbrado a perder. "Estudiantes no tenía jugadores importantes en Primera. Habíamos incluso traído de rebote un jugador de Brasil... Tuvo muchos de esos jugadores de verano: se probaban y en el verano la rompían. Cuando venía el campeonato era muy mala la realidad. No había rigor en el trabajo, no había prestigio, se vivía del prestigio anterior", recuerda Papaleo.

De esos años, Félix Campodónico, hincha joven en aquel entonces y que luego daría una mano en el club, tiene el recuerdo de la derrota permanente. "Sufríamos tremendamente", dice. "Desde el 50 y pico, teníamos malos equipos, a lo sumo regulares. Iba a la cancha de River, con mi padre, que siempre llegábamos tarde... y ya nos habían metido tres goles. Una vez fuimos a la cancha de Racing, y ya nos habían metido cuatro cuando llegamos. Siempre mal, mal, mal".

Con esa premisa, no quedaba otra que sufrir: en 1962, un año después del gol de Rulli, Estudiantes terminó anteúltimo. Ganó 5 partidos; perdió 13. Fue el último equipo en salvarse de perder la categoría por la vía de los promedios, que asfixiaba cada vez más al club. No zafaría en 1963.

"Fue una época malísima de Estudiantes. Era media tabla, o salvarte del descenso", dice Roberto Cicora, que por entonces era parte de las inferiores de Estudiantes, un fútbol juvenil improvisado, como el de todo el fútbol argentino. "Entrenábamos martes, miércoles, jueves quizás fútbol, y todo era muy light, nada que ver, los sábados libres... No había rigidez, físicamente no nos preparábamos como nos preparamos después", cuenta. Incluso, agrega, cuando pasó ya como profesional a Deportivo Español, un traspaso que permitió la llegada de Carlos Salvador Bilardo al club, "hacíamos preparación física como en la escuela, dar una vuelta a la cancha, patear... y era Primera".

"Entrenábamos muy poquito en inferiores, todo era muy precario, muy desorganizado", recuerda Humberto Zuccarelli. "Entrenábamos dos veces por semana, y jugábamos los domingos a la mañana. Y había equipos que hacían incluso menos que Estudiantes en inferiores, que se juntaban dos veces por semana".

Estudiantes no era la excepción a la improvisación general, y en algunos aspectos el abandono era marcado. El recuerdo de Gabriel "Bambi" Flores, luego campeón del mundo, es descarnado: "No había nada. Las medias, de lavarlas, se ponían duras: eran de cartón. Rotas. Era lo que había: el rezago. Eso es lo que recibían las inferiores".

A ese club, peleando por no descender, sin organización, sin inferiores, llegó en 1963 Raúl Madero: elegante volante central (en ese entonces) de 23 años cursando las instancias finales de la carrera de Medicina en la UBA, aterrizó como parte de pago por Rulli, el héroe del 61, o, en realidad, como una especie de obsequio de Alberto J. Armando, presidente de Boca, a Don Mariano Mangano, presidente de Estudiantes, que en medio de las dificultades le pidió jugadores. "Y Armando decidió regalarle 'un pichón'", contaba el Doctor Madero.

Para Rulli la transferencia era desembarcar en un grande; para Madero, sin lugar en Boca, en cambio, era llegar a un páramo. E implicaba viajar todos los días intentando terminar sus estudios y sostener la carrera de futbolista a 50 kilómetros de distancia. "Todos los días tenía que irme a La Plata a entrenar, volver, cursar. Y vivía en San Isidro. Una tortura total, absoluta", recordaba Madero. Por eso, "cuando me vinieron a buscar les transmití esto, y les pedí mucha plata".

Le pagaron, pero la primera impresión de Madero, en su llegada al club, fue que hubiera sido mejor que no lo hicieran: "A las pocas semanas de llegar, le dije a Don Mariano: 'Este club no tiene ni medias'. Me daban unas medias que no sé si eran de Pelegrina, de Infante, pero te las ponías y era como ponerse una faja. Teníamos cuatro pelotas, había cuatro duchas, no había agua caliente..." Ni siquiera había plata para los sueldos: Madero recordaba que en su primer año, "el club no tenía dinero para pagarme. Me pagó, con un cheque privado, el presidente Mariano Mangano".

"Yo intenté contarle a Don Mariano cómo hacían en Boca, pero me explicó que el club tenía muchas limitaciones... Le dije: 'Si no se arman las cosas bien hechas, no podemos hacer nada'. Me quería ir. Me quería dedicar a la medicina. Pero Mangano me dijo que no me quejara tanto e hiciera lo que tenía que hacer...", se reía Madero al relatar la anécdota. Sin embargo, en medio del desierto, "encontré un regalo divino: esa Tercera que tenía Miguel Ignomiriello".

Don Miguel Ignomiriello llegó a Estudiantes para encargarse de las inferiores en marzo de 1963. Inmediatamente comenzó un proceso de ordenamiento y jerarquización del trabajo de inferiores, que en aquel año ya dio sus frutos, con una Tercera división que trepaba a mitad de tabla y salía de perdedora: en 1962, Tercera y Reserva habían quedado debajo del décimo lugar, sobre 15 equipos; habían pasado 5 temporadas del último título del club en categorías inferiores (la Séptima había campeonado en 1957); nunca desde el comienzo de la era profesional había conseguido un título de Tercera división, la más cercana al escalafón profesional. Esa sequía no duraría mucho tiempo más.

Pero mientras la Tercera de Don Miguel daba sus primeros pasos en 1963, la Primera, en medio de las serias limitaciones que Madero le señalaba a Mangano, intentaba aferrarse a la categoría: el panorama era complejo, entre los promedios y los problemas institucionales (el diario El Día reportaba hacia fines de temporada que el club tenía "importantes deudas contraídas con sus jugadores"). Pero el equipo de Ongaro mejoró la campaña anterior y terminó noveno, ganando 9 y perdiendo 11. Incluso jugaban bien, recuerdan los que siguieron aquella campaña, y perdió varios partidos por la presión que imponían los promedios, por jugar con la soga al cuello y los músculos tensos. No alcanzaría, de todos modos, para la salvación: en 1963, el acumulado de puntos de los dos años anteriores provocó que Estudiantes perdiera la categoría incluso con un par de fechas de antelación.

Pero Estudiantes no descendió. Los promedios eran fuertemente cuestionados por los equipos chicos del fútbol argentino, y los elencos grandes intentaron aprovechar para negociar más votos a la hora de las decisiones: bajo el eufemismo de una "reestructuración", comenzaron a principios de 1964, apenas terminada la temporada, tres meses de reuniones en AFA para definir la forma que adoptaría el torneo desde ese año. Las reuniones se extendieron hasta fines de febrero: los grandes querían tener voto calificado en la toma de decisiones, los chicos estaban en rebeldía. Los grandes empezaron a organizar amistosos, hasta un torneo de pretemporada entre los clubes de capital, como una forma de presionar al resto a plegarse a su propuesta: podían existir sin ellos.

Estudiantes organizaba su futuro, mientras tanto, sin saber si jugaría en Primera o en la B. En medio de la áspera grieta entre chicos y grandes, se abstenía de participar, jugando su propia carta: le interesaba conseguir la supresión de su descenso. Los clubes chicos no estaban de acuerdo: querían el fin de los promedios para 1964, y luchaban por suspender un par de años la pérdida de categoría, ahogados económicamente, pero no querían una suspensión retroactiva.

La ayuda clave llegó desde Rosario: en medio del debate en AFA, Newell's comenzó a presionar para ascender a Primera. Había logrado el campeonato de la B en 1961, pero por un caso de incentivación no le permitieron subir. Aquel intercambio de dineros, sin embargo, nunca fue probado, y la Lepra quería su ascenso.

Una trama de intereses cruzados digna de un policial negro: aquel ascenso por escritorio de Newell's, que se sumaba al conseguido por Ferro en la cancha, implicaba que, de descender Estudiantes, el torneo quedaría conformado por 15 equipos: es decir, un equipo quedaría libre en cada fecha. Don Santiago Bianchetti, delegado de Estudiantes en AFA, vio una posibilidad.

Cuentan que Bianchetti sabía los cumpleaños de todas las mujeres de los dirigentes importantes de la casa madre del fútbol argentino, y enviaba regalos a cada una para congraciarse. Cuando había elecciones en Boca y River, ponía a disposición 20, 30 taxis para llevar a los socios oficialistas a votar; por las dudas, también prestaba unos 10 taxis a la oposición. Así construyó peso en AFA, y en aquel 1963, aprovechó el ascenso de Newell's para suspender el descenso de Estudiantes.

"En el 63 a Estudiantes lo salvaron porque era Estudiantes", afirma Campodónico. La reestructuración del fútbol argentino terminó con un acuerdo pisando marzo de 1964, que dejaba a los rosarinos y los platenses en Primera, y, por impulso de Valentín Suárez, presidente de Banfield (que había ascendido un año antes), al fútbol sin descensos hasta 1965 (finalmente, tampoco habría descendidos en 1966: se suspenderían a una fecha del final del torneo).

En ese momento, Don Miguel Ignomiriello olfateó una oportunidad histórica: se avecinaban dos temporadas que permitirían al club dejar de resolver lo inmediato, intentar salvarse del descenso, para pensar en el futuro. "Le hice ver a Don Mariano Mangano la posibilidad de hacer un trabajo de mediano plazo para que cuando aparezcan nuevamente los descensos, Estudiantes esté conformado por un plantel compuesto de ju-

veniles", recuerda Ignomiriello. "Don Mariano tenía una virtud: sabía escuchar. No es común. Escuchó, y comenzamos a trabajar en ese plan de mediano plazo".

Ese sería "el Big Bang del campeón del mundo", según define Enrique Lombardi, por entonces jugador de las inferiores del club y que ocuparía el cargo de presidente entre 2011 y 2014. "Y fue una de las grandes revoluciones del fútbol argentino": vendrían días de innovación permanente, de entrenamientos rigurosos, en doble turno, becas para que los jugadores no tengan que trabajar, de captación de talentos por todo el país, de complejos vitamínicos, de médicos y hasta un químico exclusivo para las inferiores. Don Miguel contrató incluso a un socializador, que preparaba a los jugadores para enfrentar a los medios y les enseñaba modales.

Un verdadero laboratorio con un científico loco al mando, que de alguna forma, en tiempos donde ningún club ponía un peso en inferiores, se las rebuscó para llevar adelante un ambicioso proyecto. Consiguió medias, pelotas, ropa: las inferiores dejaron de usar los descartes de otros años, y cada jugador pasó a tener su canastito, con sus toallas, sus vendas, sus implementos. Los jugadores tenían que cuidar el canasto, eran responsables de lo suyo: la revolución que proponía Don Miguel no era solo de materiales, sino también de la mentalidad.

Así, a medida que ganaba, la Tercera de Estudiantes dejaba de ser ese equipo simpaticón, y se convertía en un rival serio, que llegaba a todas las canchas vestido de traje, que se agrandaba desde el vestuario, orgulloso, y que en la cancha aplastaba físicamente a los rivales tras tantas jornadas de arduo entrenamiento en dos turnos. "Esas seis horas diarias de trabajo técnico, físico, de planteos técnicos, de lunes a viernes, se convertían en 30 horas semanales, 120 horas al mes. Sobre 11 meses de trabajo, son más de 1320 horas. Mis colegas seguían trabajando a lo sumo dos horas y media por día, dos o tres días por semana, trabajaban 10 horas semanales, 40 horas al mes como mucho. Yo decía: 'Para que un colega me alcance, tienen que pasar más de tres años'", relata Ignomiriello.

Así fue que aquel Madero desencantado comenzó a recuperar la ilusión espiando a esa Tercera de Miguel. "Muchas veces me ponía en el túnel, con un buzo, para ver cómo jugaba la Tercera. Y me daba cuenta de que había algo muy bien hecho... Todo el movimiento del equipo, las actitudes que tenían, me gustaba mucho. Eran limpios, eran buenos. Tenía cualidades que me gustaban: al menos eso tenía proyección. Y evidentemente no era que yo tuviera la bola de adivinar: cuando las cosas se hacen bien, se nota", recordaba el campeón del mundo. Comprometido con el crecimiento de aquellas bases, alguna vez, contaba, le prestó el auto a Don Miguel para ir a Chascomús, donde concentraban: como desde el club no había demasiado dinero para destinar a esas concentraciones, inéditas para un equipo de juveniles, varias veces se viajaba en autos particulares.

Madero era uno de tantos seguidores de la Tercera de 1964, que ya comenzaba a congregar multitudes a las 11 de la mañana: ganaba y goleaba, y despertaba incluso más interés que la Primera de Carlos Aldabe (Ongaro se había ido tras el descenso) que terminaría aquel año 14° entre 16 equipos. La Tercera, en tanto, sería subcampeona, perdiendo solo 5 partidos de 30. Quedó en la puerta del título, fruto de una derrota frente a Rosario Central, todavía hoy discutida, pero la semilla de la mística estaba plantada, como dice hoy "Bambi" Flores, y como ya sabía por entonces Don Miguel: en mayo de 1965, le decía a El Día que "en 1968 Estudiantes tendrá un plantel hecho todo en el club".

Ese plantel sería, apenas un lustro más tarde, campeón del mundo: contra todo pronóstico, un equipo conformado por cuatro jugadores de más de 24 años (Bilardo, Madero, Togneri y Conigliaro) y los restantes siete, jóvenes de 23 o menos criados en casa (la mayor cantidad de integrantes de inferiores en un equipo campeón del mundo hasta la actualidad), el equipo de La Plata, una ciudad de 478 mil habitantes, derrotaba a la "sociedad anónima" de Manchester, localidad industrial pujante de 2,5 millones de personas; al equipo que alineaba a

tres integrantes de la Inglaterra campeona mundial de 1966, al máximo artillero de la selección escocesa de la historia, Denis Law, y también al "El Mejor", el norirlandés George Best. Y lo hizo en Inglaterra, en Old Trafford, la inexpugnable cancha del Manchester United, donde nunca nadie más ganó como visitante una final, ante el rugido de decenas de miles de hinchas hostiles que gritaban "animals" desde las gradas.









En estas imágenes, Don Miguel rugbier, sus primeros días de entrenador, la Abuela de Estudiantes y el cuadrito de Los Profesores

Don Miguel

1

Cuando Miguel Ignomiriello llegó a Estudiantes, sintió que lo miraban con sospecha: venía de Gimnasia. Y de un Lobo exitoso, para más recelo: en su último paso por el clásico del Pincha había ayudado a desarrollar a buena parte del Gimnasia de 1962, equipazo que peleó el torneo de Primera, que le jugó de igual a igual al Santos de Pelé y que dio al equipo su apodo, "Lobo".

Miguel había trabajado en Gimnasia desde adolescente. En aquellos años juveniles, Ignomiriello merodeaba el barrio donde estaba el viejo Mercado: era su lugar en el mundo, el de los amigos, donde su familia había vivido amuchada en una de las tantas casas apiladas en la esquina de las calles 49 y 4, alrededor de aquella zona donde hoy hay un playón de estacionamiento pero que por entonces era el centro del comercio platense. Allí se había instalado su abuelo, Pascual, pescador oriundo de Bari: había llegado con la primera tanda de los Ignomiriello que buscaron hacerse la América. Algunos se quedaron en La Boca, otros bajaron hasta La Plata, donde el Mercado ofrecía trabajo, oportunidades. Allí, Pascual encontró a su mujer: ella también era de Bari, pero tuvieron que viajar miles de kilómetros, hacinados en altamar, para conocerse.

Tuvieron 12 hijos. El padre de Miguel Ignomiriello, Don Miguel, era el mayor, y también pasó su juventud en aquel Mercado. De los 12, ninguno ingresó a la escuela secundaria: "Eran personas de trabajo", cuenta Ignomiriello. Todos se hicieron hinchas de Estudiantes, mandato familiar: junto con la abuela que llegó de Italia había viajado una prima, Graciana Moretti

de Salerno, otra inmigrante italiana que a principios de siglo se había mudado de Berazategui a El Dique, Ensenada, en busca de oportunidades, justo cuando el Pincha nacía: "La Abuela de Estudiantes" vio todo, desde la fundación hasta su muerte, en 1964. Cada vez que Estudiantes era local, allí estaban ella y su banderín, en la platea de calle 1.

En 1905, el año de la fundación, Don Miguel padre conoció a la madre de Ignomiriello, Luisa Lezcano, que se había mudado de Ranchos a La Plata junto a su familia luego de la muerte de su papá: juntos montaron un puesto de papas en la feria de frutas y verduras de diagonal 73 que sigue todavía hoy. Llevaban las papas en un carro de cuatro ruedas, decorado con el nombre de "El Piloto Olímpico", en honor a Manuel "Nolo" Ferreira, crack de Los Profesores y capitán de la Selección Argentina que fue subcampeona olímpica y del mundo.

Don Miguel era un futbolero febril que viajaba continuamente a Buenos Aires a ver partidos, y contagió la pasión futbolera a su primer hijo varón, Miguelito. En uno de esos viajes vio jugar al Ferencvaros en su gira por Argentina, y le dijo a su hijo que era "el equipo que mejor jugó fútbol en el Río de la Plata". "Me contaba cosas que me quedaban grabadas", recuerda Miguel, que desde entonces comenzó a leer sobre el fútbol y los entrenadores húngaros. Cuando en 1928 Nolo Ferreira y Saúl "Toro" Calandra, recién aterrizados de los Juegos Olímpicos de Amsterdam, llegaron en el tren que viaja de Buenos Aires a La Plata, la barra del Mercado que encabezaba su padre los fue a recibir y los llevó en andas hasta 7 y 50. Miguel Ignomiriello tenía por entonces un año.

A los 5 años, su papá ya lo llevaba a la cancha. La primera vez fue un Estudiantes-Boca "que vi desde la tribuna de 1: lo que me quedó grabado de ese partido era que había un avión que tiraba pelotas de fútbol con paracaídas", cuenta entre risas Don Miguel. "Cuando hay gente que me comenta que se acuerda cuando a los 5 años vio fútbol, me resulta un poco extraño. Los chicos no están pendientes del partido. Es algo que siempre discutía con Zuleik Campagnaro, el historiador del club. Él decía que el mejor

jugador que había visto jugar era Nolo Ferreira, y yo le decía que no lo podía haber visto, Nolo llegó en 1925 y Zuleik nació ese año. Quizás lo vio en el 31, el 32, con seis, siete años".

Don Miguel tiene hoy 98 años y la memoria de un pibe: en el quincho de su casa, el epicentro de animadas y asiduas reuniones de glorias del fútbol platense, donde cuelgan conmemoraciones, tapas de El Gráfico, fotos y camisetas hasta donde llega la mirada y más allá, Ignomiriello habla de todo. Recuerda formaciones de hace medio siglo, lanza la fecha de nacimiento de casi todos sus dirigidos, y guarda muchas grandes y pequeñas historias de la historia del fútbol. En ese quincho cuenta que su primer recuerdo de fútbol es recién a los 8 años: "La Reserva campeona de Estudiantes de 1935, que en ese entonces jugaba los jueves: yo faltaba al colegio, iba a la Escuela N°3, y agarraba de la mano a algún adulto, porque en esa época los chicos entraban con una persona mayor sin pagar. Y así vi a la Reserva campeona".

Para entonces, Miguel ya no vivía en una de las casas que había sobre el Mercado: tras el casamiento de sus padres, todos compartieron apretados la vida con los abuelos, cenando alrededor de un cuadro de Los Profesores hasta que Don Pascual, el abuelo, los mudó. Pero Ignomiriello quedó marcado por aquellos años: "Por mucho tiempo fui un hombre del Mercado, así decían de mí para menospreciarme, para menospreciar mi trabajo. Pero para mí era un orgullo", recuerda.

Don Miguel también había hecho allí, en el Mercado, amigos, esas amistades que quedan para toda la vida, un grupo grande de jóvenes, entre los diez y los quince años. Y con ellos "se nos dio por organizar un equipo de fútbol". Lo llamaron Wanderers, "vaya a saber por qué", porque en aquella era sin tevé, "yo no sabía que era el equipo fundador del primer torneo de fútbol, y el primer ganador". Aquel Wanderers de juventud, formado como tantos otros clubes en aquellos tiempos para patear una pelota, entrenaba en el Bosque, en 1 y 50, donde hoy está la Facultad de Odontología. Había, recuerda Don Miguel, árboles en las dos puntas del terreno: eran los arcos. Con el tiempo, localizaron

una cancha que tenía la Biblioteca Sarmiento, a cuadras del Mercado, y después otra en 6 y 35, un campo de deportes. Las alquilaban y desafiaban a otros equipos: ahí hacían de local.

Era otra época. Se vivía en la calle. Sin teléfono, la gente se encontraba en los bares: la bandita de Don Miguel paraba en El Rayo, en la esquina de la estación de trenes, a media cuadra del Hipódromo. Pero allí hablaban de timba y burros, no de fútbol, así que se mudaron tiempo después a El Parlamento, en 7 y 51, antes de ocupar una mesa en La París, tan concurrida entonces como hoy. Alguna vez, el grupo llegó para encontrar que no había dónde sentarse. Decidieron llamar por teléfono, recuerda Miguel entre risas, a una familia tradicional de la ciudad que ocupaba una mesa grande en la confitería: les dijeron que su negocio se estaba incendiando. Todos se levantaron, y la banda de Don Miguel no tardó en acomodarse.

Ya eran conocidos en la zona. Eran los muchachos que juntaban unas monedas y viajaban a Constitución para tomar Coca-Cola, prohibida en la provincia por no revelar su ingrediente secreto. Era la banda que iba al correo y convencía a los empleados para que les dijeran dónde se celebraban, el fin de semana, las fiestas de 15. Para colarse, claro. Miguel era primo de Lolo, que se volvería hincha caracterizado de Estudiantes y que por entonces ya solía meterse en líos. El hermano de Miguel llevaba aquella bandera que decía "Estudiantes no, profesores".

Y solo pensaban en fútbol. El Wanderers empezaba a competir con los juveniles de Estudiantes y Gimnasia, y recorría la ciudad buscando desafíos. Un día de 1943, el delegado de las inferiores del Lobo, Aníbal Díaz, vio a Ignomiriello por primera vez. Organizaba todo, indicaba, señalaba. Parecía conocer a todo el mundo. Entonces lo invitó a trabajar en Gimnasia, a cambio de un carnet para entrar libre a la cancha. Miguel tenía entonces 15, 16 años, y "para mí, ese carnet representaba una bolsa de libras esterlinas, tomando en cuenta el precario estado económico de mi familia y el mío. ¡Un carnet para entrar y salir de la cancha, era algo insólito!".

A Miguel le designaron la categoría 1930, apenas tres años menor que él. Su función sería visitar los barrios y armar un equipo de pibes de 12 y 13 años. "Tenés que ir, ver los chicos, invitarlos, hablar con la familia... Y en esa época había cierta resistencia en ir a jugar", recuerda Miguel. El profesionalismo recién comenzaba, y el fútbol no era visto como una posibilidad laboral. Tampoco como un trabajo respetable.

Así comenzó su camino en el fútbol: yendo a las plazas, a los potreros, buscando talento, convenciendo familias. Descubrió que seleccionar jugadores no era tarea fácil: "El olfato no es algo que se pueda adquirir en la farmacia, vos vas buscando, cuando sale mal vas cambiando, y así vas desarrollando el ojo para seleccionar jugadores para cada posición. Aprendés sin leer que el marcador de punta tiene que ser veloz, porque el puntero es veloz. Que el defensor central tiene que tener altura. Vas aprendiendo detalles que delatan si un jugador es apto para un puesto. ¿Y cómo se adquiere esa experiencia? Es una habilidad que vas ganando a través de muchos errores. Porque yo cuento las ganadas, las perdidas me las olvido...", se ríe.

"Pero ver un jugador no es lo más difícil: lo más difícil es la conducción. Hay que observar la evolución del jugador todo el tiempo, no solo técnicamente, sino también físicamente, mentalmente, si se va adaptando a las circunstancias, a la divisional, porque uno trabaja pensando en el futuro del jugador, pero es muy costoso un jugador de fútbol, no se puede perder tiempo porque mentalmente no te acompaña en el esfuerzo", dice Miguel.

Los casos que cita como emblemáticos sorprenden: Don Miguel dejó libre al "Trinche" Carlovich, aquel que decían que era mejor que Maradona. "Era un jugador hábil, pero hay muchos hábiles. Y mentalmente no estaba para el esfuerzo". En La Plata también encontró jugadores que no querían el sacrificio, "jugadores de clase media acomodada, que vivían bien, con buena calefacción, buen desayuno... No estaban para el esfuerzo".

Carlovich es uno de tantos talentos inconmensurables de nuestras latitudes que no llega. Trinche tocó Primera, jugó en

Central Córdoba, luego un puñado de partidos en Colón. Pero hasta allí. "Entonces cómo voy a hablar de Carlovich... Yo tengo que hablar de Aguirre Suárez, de Pachamé, que se mataban en la cancha. La gente lo iba a ver a Carlovich, claro, la bohemia... pero yo no quiero salir último. Quiero campeonar. Y armé la base de un equipo campeón del mundo luchando de esa forma", lanza Miguel. Luego, baja la voz, matiza: "Pero son puntos de vista, yo no tengo la razón: simplemente, yo quiero ganar, busco eso. Y aplico lo que me ha dado resultado, incluso en clubes extremadamente pobres".

Gimnasia era uno de esos clubes pobres: tenían que arreglarse con lo que había, que era poco. Menos en inferiores, más en aquellos días de la década del 40, de un fútbol profesional naciente. "Me llegaron a deber 7 meses", sonríe hoy Don Miguel. "Pero fue una gran experiencia, que luego me sirvió en mi carrera. Se trata siempre de aplicar lo aprendido antes".

En ese contexto hostil, Don Miguel aprendió a atar todo con alambre: sin plata, sin estructura, sin canchas, sin elementos, fue formando equipos importantes. Los chicos que juntó en 1943 fueron campeones de Séptima, en 1945, y luego en Cuarta, en 1948: la formaban jugadores como Ríos, Antonucci, De la Vega, más incorporaciones como "Pocho" Schadlein, a quien Don Miguel encontró jugando un día en frente de una cancha municipal de medidas reducidas del Bosque (esos arcos permanecieron ahí hasta hace pocos años). Había llegado de Porto Alegre, donde su padre era gerente de Swift, y terminaría siendo jugador de Selección.

Aquel grupo de muchachos, conducido por Ignomiriello, terminó siendo campeón de Tercera en 1950: entonces, el Doctor Carlos Insúa, presidente de Gimnasia, propuso poner a los pibes en la Primera, en 1951. "Me reuní con él, y le hice ver que era un error poner un grupo de juveniles y responsabilizarlos de una situación complicada como es una Primera. Está bien ir ascendiendo algunos jugadores, pero no es conveniente hacerlos subir masivamente. Pero ellos son los que mandan: resolvieron subirlos. Y yo di un paso al costado, renuncié". Así terminó su tiempo en Gimnasia.

Ya era para entonces profesor de Educación Física: había estudiado en uno de los primeros cursos del tema, organizado por la Provincia, en 1950, así que se puso a trabajar. Viajó a Magdalena, a Quilmes. Y trabajó en el Colegio Nacional de La Plata, donde coincidió con los hermanos Kistenmacher: Ernesto terminaría siendo atleta olímpico y tapa de El Gráfico; Jorge, su hermano, sería el preparador físico del Estudiantes de Osvaldo Zubeldía.

Con la plata que ganaba dando clases, hacía cursos de entrenador: más de cien, dice. Entonces, las clases eran por correo, informales, hasta que en 1953 se dictó el primer curso que habilitaba para ser director técnico. También compraba libros: leía todo, pedía al exterior, pasaba sus tardes en Buenos Aires revisando estanterías. Todavía recuerda el tomo del húngaro Franz Platko que compró en Chile: "Pagué 20 pesos el libro y 2 de traslado. Yo ganaba 20 pesos", se ríe. Jura que en algún lado de su casa todavía tiene un libro de Walter Winterbottom, técnico de la selección inglesa, y otro de Josef Harsady, "la Biblia del fútbol". Pagaba los libros con créditos y cuenta corriente en la Librería Atenea, histórica en la esquina de Diagonal 80 y 50. "De fútbol juvenil nunca hubo nada, porque ninguno de los hombres que se dedicó al fútbol juvenil escribió nada. Y tampoco era fácil dialogar y aprender de otra gente de fútbol, porque Dios está en todas partes, pero atiende en Buenos Aires: los torneos juveniles se desarrollaban en Buenos Aires, porque los equipos de Primera estaban en Buenos Aires", recuerda.

Así que leía lo que había cercano al tema: libros de educación para chicos. Había una serie: "El niño de 6 años", "El niño de 7 años"... Así, hasta los 14, recuerda. "Leyendo eso, me fui dando una idea de la diferencia que existe entre un chico de 6 y un chico de 8. Y eso es clave: si en una Novena pongo un hombre de 60 años, no está viendo a un educador, está viendo al abuelo". Miguel fue haciéndose de una certeza: "Los conductores tienen que ser docentes, por eso me sorprende que se designe al azar, sin previo estudio, a los conductores de juveniles de cualquier actividad deportiva: es un gravísimo error".

También empezó a leer sobre economía. Y terminó realizando un curso de Economía en el Colegio Alemán, "importante, trascendente: te clarificaba la forma de manejar el dinero. Porque cuando encontrás instituciones modestas, tenés que tratar de tener inquietudes para ver cómo conseguir el dinero para solventar lo que pensás".

Así fue organizando una forma de hacer las cosas. Así armó, en 1955, otra vez en Gimnasia, el primer torneo nocturno de fútbol de La Plata: "Se inscribieron 118 equipos, y con ese dinero pude vestir la totalidad de las divisiones inferiores, llevar agua caliente a los vestuarios, pagar los micros, la luz del estadio". En ese segundo paso por Gimnasia forjó la base del Lobo del 62, pero, por su espíritu emprendedor, susurraban que estaba loco.

Se desvinculó, y trabajó luego en el Arsenal de Lavallol que había construido su descubridor, Aníbal Díaz, un equipo formado para jugar en los Evita pero que llegó a fines de la década del 50 a la Primera C, cuando por allí andaba Miguel, buscando chicos para jugar a la pelota. Trabajó luego en San Lorenzo, e incluso volvió a Gimnasia. Pero estaba en su casa, sin vínculo con el fútbol, cuando a principios de 1963, golpearon a su puerta: era Estudiantes.

HOMBRES PARA RECORDAR.—

El destino llevó a Alberto Poletti al puesto que le ha dado el éxito

PARA los que no creen que el destino y la trayectoria humana puedan ser señalados por una serie de accidentes fortuitos, el "caso" de Alberto José Poletti, el joven arquero de la tercera división de Estudiantes, es de aquellos que ha de invitarlos sin duda a la recapitulación. Con sus recién cumplidos 18 años —nació el 20 de junio de 1945— asoma ya como una firme promesa en el aprendizaje de Amadeo Carrizo (su ídolo). Pero, lo importante, lo que obliga a la meditación no es eso, sino el fin de cuentas es un hecho común en la vida de un deportista. Tener 18 años y estar a un paso de la consagración definitiva, si bien es rarísimo es una excepción. Lo que obliga a la meditación en la trayectoria de Poletti es otro caso. El, como otros centenares de niños, llegó en 1958 a los torneos de baby fútbol que organizaba el Luna Park. Milagrosamente una 10ª división del club Atlanta, pero... ¡en la plaza de puntero derecho! Aquí viene el accidente que quizá cambió el destino de su vida. Las autoridades del certamen "bochaban" al arquero del conjunto porque excedía la altura autorizada y no había tiempo que ocupara esa plaza y debutó debajo de los tres palos. Su labor fue consagratoria y al término del concurso el entrenador Héctor Ramos lo invitó a ficharse por Sacachispas. Llegó rápidamente, al punto de que a los 13 años ya era suplente del guardameta de



"Los atajadores no cuentan"

primera y a los 15 quedó como titular en la difícil plaza. El 22 de abril último fue cedido a préstamo a Estudiantes y ya ha ganado la titularidad de la tercera división, con muchas posibilidades de llegar al cuadro superior a la brevedad. ("Todavía me falta aprender un poco más").

Conversar con Poletti es fácil. Chico porteño, nacido en Palermo (vive en Honduras 5844) de natural despierto, equilibrado en el aula y la calle (curso 4º año comercial, mecánico dental y electricista por su cuenta), rebosa ingenio y lucidez. No lo atemoriza el público ("Al contrario. Yo me acostumbré a jugar en un marco bullicioso y me siento más tranquilo cuando más gente hay en la cancha"). También admira a Errea (es "hincha" de Atlanta) y considera que este puede llegar a ser, incluso más que el gran Amadeo, "Carrizo aprendió solo y Errea tiene ejemplos en qué orientarse. Gatti también es buen arquero, pero todavía le falta madurez".

En moderno. Considera que el fútbol ha evolucionado y que es el puesto de guardavalla el que más permite notar el cambio. "Ahora el arquero juega —dice con autoridad— ta puede triunfar o no. Cita que la consagración vendrá después, porque debe madurar. Para mí los tres requisitos esenciales que se precisan para ese puesto son: reacción rápida, buenos reflejos y saber mucho, mucho, de fútbol. Estimo que la inteligencia y el conocimiento son más necesarios que la agilidad. Vi jugar a Yashin y me impresionó magníficamente, pero así y todo, tal vez por fanatismo argentino, sigo creyendo a Carrizo como lo mejor del mundo".

No le gusta quedarse en los palos. "El arquero moderno juega en el área grande y debe estar atento siempre para salir a "cortar" en cualquier sector del campo. Hay que dominar para eso las piernas y la cabeza. Cuando viene el avance contrario hay que estar parado en la puerta del área chica, para "achicar" el arco. Por eso ahora no se hacen tantos goles de media distancia. Además hay que jugar la pelota. El arquero debe ser un director técnico dentro del campo; tiene que aprovechar el privilegio de dominar el panorama mayor

Como joven, está con lo

Un joven Poletti en las páginas del diario El Día (25 de junio de 1965)

Alberto Poletti

“La final del mundo la jugaron 7 jugadores de inferiores: más es imposible”

“Era una noche indócil, llovía, hacía frío”, recuerda Alberto Poletti el 16 de octubre de 1968: así tiene que ser el marco, épico, hostil, en las jornadas destinadas a la historia, como aquella noche en que Estudiantes de La Plata empató ante Manchester United para consagrarse campeón del mundo.

Una hazaña que se empezó a gestar tiempo antes, cuenta el arquero de aquel equipo comandado por Osvaldo Zubeldía. Poletti llegó al club en 1964, para acoplarse a un proceso de inferiores que había comenzado un año atrás, con la llegada de Miguel Ignomiriello, quien organizó el fútbol juvenil y comenzó a traer jugadores de distintos puntos del país.

Poletti llegó proveniente de Sacachispas, muy joven pero ya con experiencia en Primera división, donde había atajado con apenas 15 años: fue “hacerse de golpe”.

El arquero recuerda incluso haber encontrado a un Manuel “Payo” Pelegrina todavía en actividad, con 44 años, en un partido ante Cambaceres, en tiempos donde “los jugadores no se retiraban, seguían jugando en el ascenso”. También cuando jugó contra Brown, y pateaba allí el histórico de Banfield Gustavo Albella: “Entré a jugar y el 10 era un canoso, ¿y esto como es?”, se ríe hoy Poletti.

Poletti firmó con Estudiantes a prueba, por un año, porque la

dirigencia opinaba que había demasiados arqueros. Ignomiriello disentía, y habló directamente con Mariano Mangano para que incorporaran al portero de Sacachispas. El tiempo le daría la razón: Poletti firmó a prueba por un año, terminó su contrato al terminar la temporada de la Tercera en el año 64, le renovaron y apenas en el segundo encuentro de 1965, con 18 años, fue llamado para atajar en la Primera por Osvaldo Zubeldía.

"Durante la pretemporada ya jugué algunos partidos en la Primera, jugamos incluso la Copa Pastor contra Gimnasia... y no me fue bien, tuve la culpa del segundo gol, me echaron la culpa de los dos goles", recuerda Poletti. Así, el primer partido de la temporada lo jugó, para la Primera, Oleinicky. Pero tuvo una lesión, o tal vez Osvaldo no lo vio bien, y al segundo partido lo llamaron a Poletti, que siguió, de todos modos, con algunas dudas.

"Los primeros partidos no fueron buenos, me pusieron 'Catrasca'", se ríe. "No me fue bien, perdimos 2 a 0 y me hice los dos goles yo. El martes me sacaron, el viernes me pusieron de vuelta: jugábamos con Newell's, ganábamos 1 a 0 y saqué una pelota, pifié y se la di al 9 rival. El 9 rival lo erró, Joao Cardoso. En la siguiente jugada, Cardoso viene con la pelota, le saco la pelota, pase mío y gol de Conigliaro".

Allí, dice, comenzó a asentarse. "Me llevó siete, ocho partidos adaptarme a la categoría. Pero me adapté, y tan mal no me fue: ese año terminé siendo un buen jugador de un equipo que salió quinto. De haber salido casi últimos (Estudiantes fue 14º de 16 equipos) pasamos a salir quintos, era un campañón", cuenta Poletti.

El arquero fue el comienzo de un proceso más amplio: Osvaldo Zubeldía comenzó a mezclar "jugadores grandes que había traído, con los chicos". Subieron a Primera Juan Ramón Verón, cuya temporada fue jaqueada por una lesión en la rodilla; también Eduardo "Bocha" Flores, que pasó a jugar de 10 con Osvaldo; Carlos Pachamé; hubo minutos para Malbernat, "que cuando se tranquilizó fue un gran lateral defensivo"; también para Manera, Aguirre Suárez, Bedogni. Se comenzaba a gestar el equipo de Manchester.

"Todo salió de la base de las divisiones inferiores", dice Poletti. "Los contratados eran tres o cuatro, la base de los campeones son los juveniles: esa Tercera fue la base del equipo campeón de América y del mundo, era la Tercera reforzada con Bilardo, con Madero, con Togneri, con Ribaudo".

- Algunos dicen que la del 64, la que integró usted, también Verón, Pachamé y Flores, fue la verdadera Tercera que Mata, que la del 65, que campeonó, tenía menos jugadores.

- No, la verdadera Tercera fue la del 65. En el 64, perdimos el campeonato contra Rosario Central, nos ganaron por un punto. Al año siguiente, empieza el campeonato de Tercera contra Central: le ganamos 5 a 1, ese fue el último partido que jugué en Tercera.

- En ese campeonato perdido contra Central, en el 64, hay un partido clave que se juega en Rosario, y donde todavía hay algunas sospechas...

- Sí. Nos anularon un gol. El gol de ellos fue un gol en contra, le pegó al "Negro" Aguirre y se me metió. Pero lo empatamos, con gol de corner, y el referí lo anuló... Con el tiempo me lo encontré y me dijo que le habían dado mil dólares para que ganara Central. Un referí que dirigió poco en Primera, lo dieron de baja, se dedicó a otra cosa...

- ¿Cómo ve hoy, con el paso del tiempo, aquel proceso que conformó Miguel Ignomiriello en inferiores?

- Yo le digo siempre a Miguel: la final del mundo la jugaron 7 jugadores de inferiores: yo atajé, jugaron Tato Medina, Aguirre Suárez, Malbernat, Pachamé, Verón, Echecopar... Y la ganaron. ¡Y no jugaron Manera, Bocha! Más es imposible: si otro consigue hacer eso que me llamen por teléfono, nunca más en la historia.

- Una de las actuaciones más recordadas de la noche de Manchester es la suya.

- En las finales, me tocó siempre atajar un poco mejor de lo normal. Eso es bueno, es de lo que se acuerda la gente. Yo esa final fui el mejor, lo hice bastante bien. Jugué infiltrado: la le-

sión que tenía en la cadera, a esa altura, se iba agrandando. Me infiltraron para sacarme el dolor, jugué sin dolor, y jugué bien.

- Esa lesión es la que lo persiguió toda la carrera...

Sí, hasta que largué, a los 28 años. Siempre fui un arquero pensante y técnico más que físico, analizaba mucho lo que hacía, y con el tiempo me convertí en un arquero importante. creo que si no hubiera tenido lesiones, hubiera tenido un recorrido más importante.

- Y a pesar de la lesión, como le decía, tuvo un partido extraordinario.

¿Viste cuando estás con todos los faroles prendidos? Cuando empezó el partido estaba muy bien, la verdad. En una de las primeras pelotas, me puntean una pelota en el área: la gente pensó que era gol, pero me tiré y la agarré. La gente gritó gol, yo me levanté con la pelota en la mano y se las mostré, la tengo yo, no es gol. Esas actitudes de los arqueros tranquilizan a tus compañeros, por eso digo que Martínez, en el Mundial, fue tanto o más importante que Messi. Un monstruo. Yo no vi un arquero en un Mundial argentino más importante, fue más importante que Fillol y eso que Fillol es gigante.

- Además de esa pelota, que es su intervención más famosa en el partido, hubo otras chances de gol que tapó.

- Le tapé una Denis Law, en el área chica, yo vengo corriendo de izquierda a derecha, el tipo va a definir y me tiro encima de él. La pelota me quedó enganchada en el cuerpo. El primer tiempo mío fue brillante, ellos atacaron mucho más en ese primer tiempo. Y era una noche indócil, llovía, hacía frío. Y con la ropa que usábamos nosotros... teníamos más agua en la camiseta que en los riñones. Raúl me decía "estoy congelado". ¿Y yo, que estaba parado? Pero el partido se los manejamos. Ellos tenían seis o siete jugadores campeones del mundo, pensaban que nos hacían cuatro goles, estaba la cancha llena, armaron un programa de televisión y nos decían que éramos animales, hicieron toda una parábola... Entonces eran todos adversarios, en contra de los argentinos. Nos amenazaron, incitaban a la violencia. Pero cuando pasaban los minutos se dieron cuenta de que la cosa no era tan fácil...

- ¿Cuánto del planteo de Osvaldo se terminó dando en la cancha?

- Todo. Osvaldo había mandado a Urriolabeitia a espiarlos, tenía una película de los tipos, y tenía una capacidad para analizar, para diagnosticar lo que iba a pasar... A Zubeldía le discutían que miraba a los contrarios, decían que no les importaba lo que hacían los contrarios. ¿Cómo no voy a saber lo que hace el otro, cómo no voy a contrarrestar por donde ellos atacan, cómo no voy a intentar atacarlos por donde tienen más deficiencias? 'El arco de enfrente', decían. Yo si soy dirigente los echo: se juega con los dos arcos. Cuando terminó la charla técnica en Manchester, anticipó el resultado, escribió que íbamos a ser campeones. Acertó hasta el resultado, más no se puede. Este país, a los tipos que hicieron algo en su profesión, los han echado. Zubeldía fue un hombre adelantado, y se tuvo que ir a dirigir a Colombia. En Colombia lo reconocen más que en Argentina. La ciudad de La Plata tiene un campeón del mundo y no le dan bola...





Arriba, la Tercera ensaya en noviembre de 1965; a la izquierda y debajo, la Tercera, ya campeona, durante la pretemporada, en 1966



Estudiantes de la Patria

2

Un día de marzo de 1963, Don Miguel estaba en su vieja casa de Ringuelet cuando golpearon la puerta: abrió y encontró un verdadero contingente. Encabezaba la fila Osvaldo Arteaga, un activo directivo del fútbol juvenil de Estudiantes. Lo acompañaban Carlos Fares y Fernando Urruchúa, administrativos. Y asomaba entre ellos, se sorprendió Ignomiriello, Don Mariano Mangano, presidente del club.

Venían a pedirle que se hiciera cargo de las juveniles. Estudiantes atravesaba un momento crítico. La Primera no andaba: en el 61 se había salvado del descenso por un gol, en el 62 la campaña había sido otra vez mediocre. En la tribuna sonaba habitualmente el "aquí están, estos son / los que sufren en el tablón".

Y "las divisiones inferiores funcionaban como la Primera", se ríe Don Miguel: "Es lógico. Era un momento de crisis en las juveniles, y esa crisis llevó a un decaimiento de la ubicación del equipo de Primera, a la incorporación permanente de jugadores, a la pobreza..." Un círculo vicioso. "Estudiantes siempre apoyó la formación de juveniles, no es algo que inventé yo. Desde Mateo Gutiérrez, un famoso técnico de juveniles en la década del 30, a un seleccionador con mucho prestigio, Alberto 'Mocho' Viola. Pero en ese momento, cuando me contratan, la situación de los juveniles estaba en crisis".

La Reserva venía de ser mitad de tabla en 1961, y décima (sobre 15 equipos) en 1962. Similar destino había atravesado la Tercera. El club no ganaba un campeonato de juveniles desde 1957. Como respuesta, Mangano proyectó una reestructuración para el área.

No era un momento fácil: Estudiantes sabía que la Primera atravesaría un año muy complicado en los Promedios, necesitando muchos puntos para salvarse del descenso, y en ese contexto, Mangano había sido reelegido en diciembre del 62 por 615 votos, en un clima caldeado que llegó a las manos en la sede del club. Lo habían apoyado en su campaña figuras históricas como Manuel "Nolo" Ferreira, Alberto Zozaya y Saúl Calandra, poniendo su nombre incluso en una circular publicada en Diario El Día. Tras la votación, Mangano fue a buscar a "Nolo" y su prestigio, y le ofreció encabezar la reestructuración de las juveniles.

Ferreira aceptó, y se incorporó ad honorem como director general de inferiores, aunque solo como interino: realizaría un diagnóstico y trabajaría para perfeccionar el área a la espera de que "se designe un técnico de carácter definitivo". El elegido, planteaba Ferreira, saldría de un curso que prestaría en el club el entrenador de la selección chilena Luis Alamo, invitado por "Nolo": a las clases acudirían glorias del club como "Payo" Pelegrina, Zozaya, "Pichón" Negri, y el más prometedor se quedaría con el cargo.

Alamo, sin embargo, postergó su visita: tenía tareas con la selección. Eran tiempos nerviosos para el club, y la subcomisión de fútbol amateur, conformada por Ruben Lachaise, Hermenegildo Sebastiani, Eladio Luchessi, el mencionado Arteaga, Jorge Reinoso y José Ibarra, se reunió e informó su preocupación a Mangano. Luego, intentó imponer a "Nolo" algunas condiciones de trabajo. Entonces Ferreira, el "Piloto Olímpico", renunció: no cumplió un mes en el cargo.

Dos días después, la subcomisión de fútbol tenía un nombre: "La sugerencia de Arteaga, influenciado por Fares y Urruchúa, fue que dialogaran conmigo", recuerda Ignomiriello. Así llegó Estudiantes a la casa de Don Miguel aquel día de marzo. Los presentes charlaron alrededor de la mesa del living comedor. Don Miguel exponía; Mangano observaba y analizaba. Conforme con lo escuchado, el presidente de Estudiantes invitó a Ignomiriello a hacerse cargo de las divisiones menores del club de manera total.

Don Miguel desembarcó esa misma semana. Pero la designación de este ex Gimnasia en lugar de un ídolo del club no convencía a la comisión directiva: su presentación a la mesa chica estuvo marcada por el recelo. Ignomiriello todavía recuerda cómo lo miraba de reojo el Profesor Amieva cuando le preguntó si iba a seguir en inferiores los mismos lineamientos del técnico que estaba en la Primera, que en ese año era Saúl Ongaro: "Yo le dije lo que para mi era correcto: no tenía ningún problema de hacer un planteo similar al entrenador de la Primera, si el club me aseguraba que a ese entrenador lo iba a sostener durante al menos tres años".

"Evidentemente, no estaba dentro de las posibilidades del club o el pensamiento de aquellos directivos", sigue Don Miguel. "Entonces, yo tengo que trabajar para preparar un futbolista que sepa marcar en zona, marcar hombre a hombre, que interprete distintos planteos tácticos, para que si mañana cambia el técnico y cambia el planteo, el jugador pueda adaptarse lo antes posible al planteo del nuevo entrenador. Eso ocurrió tal cual lo pensaba: Estudiantes terminó en el descenso ese año, y Saúl se fue".

Así llegó Ignomiriello a Estudiantes. Con alguna resistencia familiar: su pareja no tenía demasiados deseos de que volviera al fútbol, una tarea que lo consumía. Don Miguel era padre de tres, incluidos dos mellizos "que parecen surtirse de travesuras en el infierno", según contaba El Día. "Está bien, no te preocupes por los mellizos", solía chicanear su mujer. "Vos preocupate por los dientes de Avelino, por que no se lesione Flores". "Claro", se ríe hoy Don Miguel, "yo pasaba el día entero en el club".

"Tengo el recuerdo de la obsesión de mi viejo por el trabajo. Una obsesión que me la reconoció hace poco tiempo. A las siete de la mañana ya estaba tomando mate y a las ocho tenía que estar en el club. Tenía que estar una hora antes viendo el vestuario y como estaba el campo de juego", cuenta su hijo Miguel, y recuerda que "se quedaba 12 horas mirando jugadores".

***

Llegado al club, Ignomiriello encontró que tenía una tarea importante, según su primer diagnóstico: "En Estudiantes no encontré utilería, cuerpo médico regular, un preparador físico con título habilitante. No tenía vestuario para trabajar con los chicos. No tenía ropa adecuada para poder trabajar. El utilero era una persona mayor. Tampoco disponíamos de la cancha auxiliar", recuerda. "Y no tenía presupuesto. Ante todo eso, una persona con poca experiencia o endeble en su carácter hubiera dicho 'me voy a mi casa'. Yo opté por lo más complicado: comenzar a ordenar ese descalabro total".

Pero en medio del pantano, encontró a Eduardo Flores, Juan Ramón Verón, Carlos Pachamé y Oscar Malbernat: "Ellos fueron la base para conformar el trabajo posterior". Los cuatro eran categoría 1944: tenían entre 18 y 19 años, y en 5 años alcanzarían la gloria mundial. Por entonces, eran muchachines que pateaban en el club desde los 12, 13 años.

Oscar Miguel Malbernat era el que más tiempo llevaba en el club, aunque con idas y vueltas. Pero desde 1961 jugaba en inferiores, y para Don Miguel "eso significaba que tenía nivel". Cuando llegó al club, sin embargo, recuerda que "Cacho" jugaba de defensa central. "Yo consideraba que por su altura (Malbernat medía menos de 1,70) no podía ser defensa central en un tiempo donde jugaban Onis o 'El Tanque' Rojas, que le sacaban 20 centímetros", relata. "Y él me decía que podía saltar: y yo le decía que Onis medía 1,90 y saltaba también. Vos saltás 50, él 40, pero vos llegás a 2,20 y él a 2,30..."

"Pero tenía aptitudes. Y yo consideraba que el club tenía problemas defensivos, particularmente en los laterales. Así que le pedí a Cacho que jugara de lateral izquierdo. Y él era derecho. Yo le decía que le servía para hacer la cobertura hacia adentro", cuenta Don Miguel, aunque Malbernat recordaba otra historia: a él lo había cambiado de posición Urruchúa, decía.

La historia del capitán del equipo campeón del mundo en 1968 con Estudiantes comenzó cuando firmó para jugar a los 12 años, pero ya entonces enfrentaba el problema de su altura: "No era titular porque decían que era petiso para central, así que dejé de ir", contaba.

Pasó dos años sin jugar, mientras estudiaba como mandaban sus padres. Hasta que en un torneo barrial, Carlos Fares, que empezó a colaborar buscando jugadores en los campeonatos locales junto a Enrique Mónaco, lo vio jugar y lo fue a buscar a la casa: "Casi se muere cuando se enteró que tenía la firma registrada en el club". Volvió a Estudiantes, ahora con edad de Séptima. De nuevo, jugó un solo partido, contra Gimnasia, "y no fue más". Al año siguiente lo fueron a buscar otra vez, y fue la definitiva: jugó contra San Lorenzo y ganaron 2 a 0, con un gol de "Bocha" Flores, que vivió a la vuelta de su casa y fue compañero de travesuras hasta que se mudó a Ensenada. Esa tarde, dice, ya jugó de marcador de punta.

Malbernat fue parte de la Sexta que salió primera en su zona, en 1961, con Pachamé, Hugo Mercerat, "Bocha" Flores y Verón en el equipo, e incluso entrenó con la Primera durante la pretemporada de 1962: aquella Sexta de buen andar se transformó ese año en Quinta, y llegó a la final. "Cacho" recordaba que los buenos rendimientos de aquellos chicos llevaron a debutar en Primera, a fines de 1962, a Flores y Verón.

Los dos tocaron Primera con 18 años el 16 de diciembre, en La Bombonera, nada menos. Y si bien sus intervenciones fueron descriptas por los medios locales como "promisorias", también fueron pocas: Boca machacó a Estudiantes por 4 a 0. El Pincha marchaba anteúltimo, era la fecha final del torneo: eran chicos haciéndose cargo de momentos de urgencia y confusión, como le pasó también al "Caudillo" Pachamé, que debutó un año más tarde, el 10 de noviembre de 1963, ante el Atlanta de Gatti y Griguol; Estudiantes cayó por 2 a 1 y, esa tarde, se quedó sin chances numéricas de mantener la categoría.

Don Miguel recuerda también a otros jugadores jóvenes que en aquellos primeros meses de trabajo mostraron sus aptitu-

des: estaban en el club un muy chiquito Gabriel "Bambi" Flores, Enrique "Tinga" Flores, Roberto Cicora, Hugo Mercerat, "sobresaliente" y a quien Don Osvaldo, dice Miguel, "no le dio oportunidades, y yo creo que Lavezzi o Ribaudo no eran más que él". "Zubeldía en un momento, cuando ya nos iba bien, cerró la puerta. Y dejó un montón de jugadores afuera de la Primera: Cremasco, Orife, Zuccarelli, Zibecchi, Álvarez", agregaba Urruchúa.

Con todos ellos en las inferiores, Ignomiriello encontraba posible consumar la misión que se había propuesto: formar "un equipo competitivo que llevara nuevamente la esperanza al hincha. Una división que trascendiera competitivamente". Pero había también otros jugadores, que Ignomiriello dudaba si podrían estar a la altura de ese objetivo. Se tomó la primera parte de 1963, su primer año en el club, para analizarlos: "Durante la primera ronda del torneo de Tercera, di lugar a jugadores que, al año siguiente, para que siguieran en el club, había que hacerles contrato. Ahí los pude observar, ver si consideraba que estaban en condiciones de dar el salto". En la segunda rueda, en cambio, el plan era "comenzar a conformar un equipo de Tercera que tuviera edad y condiciones técnicas para poder integrar la Tercera de 1964".

Cicora, parte de esa camada, recuerda aquel corte. Había comenzado las inferiores como 9, pero cuando pegó el estirón y se hizo más lento, pasó a jugar de 8. En el camino, lo operaron de los meniscos y "nunca me cuidé, para nada". En un partido en Cuarta, lo tocaron y la rodilla se le inflamó: pensó en dejar, "y justo llegó Miguel al club. Me preguntó por qué no jugaba más, le expliqué lo de la rodilla, me hizo revisar y me dijeron que lo único que tenía que hacer era recuperar el cuádriceps. Así que a partir de ahí empecé a trabajar: mañana, tarde, subir, bajar, ir a la gruta con uno a babucha...", cuenta.

Ignomiriello miraba las necesidades de la Primera, buscaba reforzar los puestos del plantel profesional, y Cicora fue a jugar de 5, donde "pegaba patadas como loco porque salía a destiempo: yo manejaba bien la pelota pero marcar no era lo mío",

se ríe. Pero sobrevivió al feroz corte que ocurrió en la Tercera tras esa primera rueda de 1963. "Cuando empieza la segunda rueda, quedamos de mi edad Gorostieta y yo. Ahí hizo el gran cambio Miguel", cuenta. La Tercera del 63 le sale de memoria a Ignomiriello, a los 98 años: "Garbarini, De Marta, Malbernat, Gorostieta, Cicora, Pachamé, Tinga, Mercerat, Bedogni, Lombardi, Flores y Verón", recita. Solo tres nacidos entre 1942 y 1943, Cicora, Garbarini y Gorostieta. El resto, categoría 1944.

La Tercera consiguió 21 puntos, y terminó décima: aunque 13 puntos habían sido cosechados en aquella segunda parte del año, no era una mejora en los números respecto a 1962, y así se lo harían saber a Don Miguel quienes lo miraban con sospecha. Mientras tanto, a la Primera tampoco le iba muy bien: el equipo conducido por Saúl Ongaro terminaba noveno en el campeonato pero último en los promedios, y se iba al descenso.

Estudiantes fue un equipo de segunda división durante un par de meses. Pero Santiago Bianchetti, representante del club en AFA, comenzó hacia fin de año a olfatear una oportunidad: los clubes chicos no querían más promedios, los grandes querían tener más peso a la hora de las decisiones, Newell's empujaba para ascender por decreto, luego de descender por una quita de puntos a causa de una supuesta incentivación nunca probada. Y Ferro se había ganado el ascenso en la cancha, por lo que si Estudiantes descendía, habría una cantidad impar de equipos en Primera. Bianchetti trabajó en silencio, y en marzo consiguió el triunfo en el escritorio: los descensos se suspendían por dos años (serían tres, finalmente) y Estudiantes era el primer beneficiado de la medida.

Don Miguel consideraba que en ese contexto era una oportunidad. "Cuando se suspenden los descensos", una costumbre de AFA hasta la actualidad, "nadie trabaja, menos en juveniles, porque no pasa nada, no hay riesgo. Entonces, le dije a Don Mariano que era el momento de redoblar la apuesta en inferiores, de trabajar más que nadie: cuando volvieran los descensos, Estudiantes tendría un equipo de jugadores de la casa listos para la Primera".

Mangano "entendió rápidamente" los beneficios de preparar un equipo con dos años de antelación: no habría que ir a buscar demasiado al mercado de pases, no habría que gastar dinero en apuestas que rara vez funcionan. Don Mariano "entendió lo que proponíamos", cuenta Don Miguel.

Pero seguramente no imaginó Mangano lo que vendría: un aluvión de incorporaciones para las juveniles, que llegaron de todos los puntos del país y generaron importantes tensiones internas en la comisión directiva. Tormentas que Ignomiriello atravesó como pudo, con perseverancia, también con un poco de picardía.

Y con una ayuda de sus amigos: recién llegado, Ignomiriello analizó con un ojo lo que encontró en inferiores, pero con otro ya iba buscando refuerzos. En todo el país. Eran tiempos sin internet, sin celulares, de rutas y autos menos eficientes, de distancias más largas: el mundo quedaba más lejos. Pero Miguel había desplegado un sistema de contactos y fuentes confiables en sectores que consideraba claves: la Pampa húmeda, terreno fértil de potreros, un espacio sin explorar entonces por los clubes de la Capital Federal. En cada viaje que realizaba con el fútbol dejaba su tarjeta en todas las localidades. Cuando, más tarde, hacia 1965, la Tercera se volvió un fenómeno nacional, Don Miguel empezó a aprovechar las invitaciones al interior para reclutar jóvenes.

"Yo tenía un concuñado que era viajante de una casa de ramos generales de San Francisco, Córdoba", recordaba Ruben Koroch, un ex jugador que había llegado desde Sportivo Belgrano de Córdoba en 1957, y se quedó a vivir en la Ciudad y en Estudiantes. Tapa de El Gráfico, en 1962 se retiró, y pasó a cumplir funciones como dirigente del fútbol de Primera: trabajaría durante más de 40 años en la institución.

Lo cierto es que Koroch estaba de vacaciones en San Francisco con su señora, y su concuñado salía de viaje, "y me invitó a ir con él. Y había un pueblito en Santa Fe, donde había un almacén de ramos generales, diez casas y dos arcos con una cancha de fútbol. Nos pusimos a hablar de fútbol, y el hombre

me cuenta que hace unos meses había pasado un señor, había dejado una tarjeta, que si alguna vez veía un jugador de fútbol, que no deje de llamarlo, que él lo iba a probar: me muestra la tarjeta, y era la tarjeta de Miguel Ignomiriello. ¡En un pueblito de diez casas! Así trabajaba Miguel…"

Un trabajo de hormiga. "Localizar jugadores no era tarea fácil. Había que tener conocimiento del medio, invitar a hombres que manejaran clubes pequeños a probar sus jugadores", cuenta Ignomiriello. Primero, capturó a los jugadores de la zona. Estudiantes, dice en ese sentido, tenía una ubicación estratégica: "El club pudo nuclear jugadores tomando en cuenta la comodidad de la cancha de 1 y 55. Tiene esa ventaja. Un día aparecieron Lauri y Scopelli, uno de Berisso, el otro de 1 y 49, también Gagliardi, Ferreti, Ogando… No era extraño, es la comodidad para acercarse. El tema del traslado no es complicado hoy, pero el hijo del obrero no se podía trasladar en ese momento: el costo del boleto era más caro que la leche…"

Pero por esa misma razón es que Don Miguel sabía que no todos se iban a acercar. "Por eso cuando hacía pruebas de jugadores arrendaba canchas de distintos barrios", relata. Don Miguel buscaba pibes en las ligas locales y los potreros, y después alquilaba canchas en los barrios y armaba partiditos. En esos choques barriales jugaba Rubén "Pelusa" Bedogni, que sería el goleador de La Tercera que Mata dos años más tarde.

Captar jugadores de La Plata y alrededores era apenas el comienzo del plan de Ignomiriello. "Hizo un gran grupo de trabajo, y empezó, a partir de las relaciones que él tenía, a arrimar muchos jugadores al club, a hacer pruebas. Y además tenía un colaborador, Fernando Urruchúa, que salía al interior, iban a hacer pruebas, traía jugadores: empezaron a venir muchos jugadores a prueba, él fue seleccionando y armando todas las divisiones", recordaba Koroch.

Urruchúa era administrativo del club, pero iba a buscar jugadores por el interior y ayudaba a Don Miguel en las divisiones más chicas, "todo ad honorem", contaba entre risas. Recordaba varios viajes, y todavía se acuerda de Fares transpirado, di-

ciéndole de todo porque lo había hecho viajar en enero a San Nicolás, a 60 kilómetros de Rosario, donde se suponía que no habría demasiado talento sin descubrir. Pero allí encontraron varios valores, y "no se trajo más jugadores porque Don Miguel decía que nos iban a pensar que estábamos metidos en algún negocio", relataba.

Urruchúa era solo el primer espía del aparato de Don Miguel, que tenía ojos en todo el país, aunque conseguir firmar a los jugadores que le acercaban no era tarea fácil: "Si tomamos en cuenta los resultados, la ubicación de la tabla, para un chico del interior venir a probar suerte en un equipo de campaña irregular con posibilidad de descenso no era atractivo. Ni para el jugador ni para la familia del jugador", dice Miguel. Así que había que convencerlos: "Llevaba mucho tiempo, había que explicarles que estábamos en una ciudad universitaria, que el chico iba a poder terminar el secundario y podía llegar ingresar a una carrera".

Así, empezaron a llegar. "Un periodista de Pergamino, Carlos Bonnet, me envió a Juan Miguel Echecopar, que se había probado en Vélez, pero lo habían mandado de vuelta", recuerda Ignomiriello. Juancito sería pieza clave del campeón del mundo de 1968 y autor de uno de los goles más recordados por los hinchas de Estudiantes: Metro 67, 1 y 55; el Pincha de Zubeldía igualaba sin goles con Boca, y era empate, porque se le escapaba el tiempo al reloj, que marcaba 89; en ese momento, Echecopar tomó la pelota cerca de la mitad de cancha, encaró hacia Marzolini y lo esquivó; lo cruzó Silveira y también a él lo dejó atrás; Minoian, el arquero xeneize, tuvo que salir, pero quedó en el camino; Marzolini volvía desesperado, e intentó un último cruce, pero Echecopar volvió a enganchar, dándole tiempo a Minoian a regresar al arco... para quedar otra vez en el camino. Echecopar, el arco ahora vacío, empujó al gol. "89 minutos aburridos, y en los últimos 60 segundos, el poema de Echecopar", tituló El Gráfico. Del golazo no quedan registros en video.

Pero antes de su poema, Echecopar era solo el 9 titular de la selección de Pergamino, un delantero buscando un equipo. Don Miguel lo probó como 9, pero también como puntero, por-

que “en la etapa de juveniles, el puesto no se sabe cuál es. Uno los ubica en distintos puestos, para que sepan desenvolverse, para que encuentren su lugar. Juan jugó en la Cuarta campeona de 1965 de puntero derecho, y cuando convierte ese famoso gol a Boca, jugaba por la banda”, recuerda Don Miguel.

Ignomiriello había dejado su tarjeta también en Tucumán, desde donde lo llamó uno de sus contactos, un tal Blanco. Un llamado debía tomarse en serio, recuerda, porque costaba mucho hablar por teléfono: para hacer el gasto, debía valer la pena. Y Blanco le dijo que había un central prometedor, que había venido a probarse a Huracán. Ignomiriello le pidió que lo enviara a Estudiantes.

Así llegó al club Ramón Aguirre Suárez, otro que se coronó en Old Trafford: un defensor a medida de Estudiantes, de una fortaleza física imponente y una capacidad de salto sobrehumana. “La prueba la realizó el entrenador de la Primera de entonces, Carlos ‘Cacho’ Aldabe. Pero lo hizo volver a Tucumán: no consideró que tenía aptitudes para lo que él quería armar en Primera. Pero como lo había visto en las prácticas, y tenía edad de Tercera, le informé a Mangano y me autorizó que viajara a Tucumán a intentar incorporarlo”, relata Don Miguel. No sobraba el dinero, así que Ignomiriello pactó comprar la ficha en 10 cuotas.

Lo primero que hizo el defensor tucumano al llegar a La Plata, con los pesos que cobró, fue comprarse una moto. Don Miguel lo llamó a un costado: “Tengo que prescindir de usted”, le dijo.

- ¿Cómo?

- Usted no puede estar en Estudiantes, yo lo lamento.

- ¿Pero por qué?

- Porque ningún jugador profesional, y usted quiere ser profesional, puede salir a andar en moto. ¿Qué pasa si se cae? El club invierte un montón de plata y usted anda en una moto, se rompe una pierna ¿y qué pasa?

Al otro día Aguirre Suárez fue a entrenar a pie: había vendido la moto.

"En Tucumán localicé, a través de la misma persona, a José Hugo Medina", sigue Ignomiriello. Así llegó entonces "Tato", para jugar de volante central, pero Don Miguel consideraba que en el puesto había, y lo llevó al lateral.

La historia de la llegada de Medina a Estudiantes la cuenta Carlos Martinaschi, hincha del club que siguió de cerca aquella campaña. Años después, charlando, "Tato" le contó a Martinaschi cómo arribó al club con su bolsito, desde Tucumán, preguntando por el Señor Ignomiriello. Cuando lo encontró, con timidez, se presentó: "Soy Medina. Bueno... me voy a cambiar", le dijo. Miguel lo frenó: "No, no: tenés que desayunar". Lo sentó y le trajo un tazón de café, un plato con frutas secas, jamón crudo: el desayuno balanceado que había elaborado junto a sus colaboradores. "Yo en Tucumán tomaba mate y desayunaba naranjas", contaba "Tato".

Después, Don Miguel lo mandó a darse un baño de inmersión. Le dejaron sales, perfumes. Ahí se tenía que quedar un rato. Después de la comilona, con el agua caliente, se durmió, y lo despertó Ignomiriello. Medina se sobresaltó, avergonzado, mientras Don Miguel le explicaba que estaba bien, que era lo que necesitaba, que se tenía que acostumbrar a desayunar, al cuidado personal.

Martinaschi trabajaba por aquellos años en el restorán de 44 y 1, mientras estudiaba para odontólogo. Allí, por la cercanía con la Estación de Trenes y la cancha, de vez en cuando paraban a comer algo los jugadores. Un día, recuerda, "recibo dos chicos en el restorán, uno de Laprida y otro de Pringles, que venían a probarse en Gimnasia. Hicieron sapo. El de Laprida dijo 'me vuelvo'. El otro cuenta que le dijeron que se vaya a probar a Estudiantes". Era Luis Carlos "Piojo" Zibecchi: otro refuerzo para la Tercera, que años más tarde le convertiría un gol olímpico al mismísimo Antonio Roma.

Durante tres temporadas, jugadores muy jovencitos siguieron arribando de todos los puntos del país al laboratorio de Ignomiriello. De 25 de Mayo, sus secuaces le enviaron a Juanchi Taverna. Desde Arrecifes llegaron el arquero Horacio Espinosa

y Horacio Rodríguez, líbero excepcional que terminó en River. Desde Mar del Plata vino Julio Santella, luego preparador físico de Carlos Bianchi y tres veces campeón del mundo; desde Trenque Lauquen llegó Raúl Forteis. Rodolfo Fucenecco llegó a probarse desde Monte Caseros, Misiones. Desde Gualeguaychú, el zurdo Ernesto "Cococho" Álvarez, parte del plantel campeón del mundo y gloria de Colón; de San Nicolás, las tierras que observó Fares, se acercaron Rubén Pagnanini, campeón del mundo con la selección argentina en 1978, también Antonio "El Gringo" Sacconi, los dos parte de un selectivo organizado por Manuel Baldarenas, hincha nicolense, en ocasión de una visita de Ignomiriello. En ese selectivo jugó también un chico de 12 años, Patricio Hernández, que años más tarde firmaría con el club.

"Tenía amistades con Sacachispas, el conductor era un profesor compañero mío de Educación Física, Emilio Clement", recuerda además Ignomiriello. Fructífera amistad: Clement acercó a Eduardo Luján Manera, a Alberto Poletti y a Rúffolo.

Manera, "uno de los más exquisitos laterales que vio el fútbol argentino", se había probado en Vélez, porque era vecino de la zona, y también en Racing, sin éxito. En Independiente y Quilmes quedó, pero no era titular. Entonces se lo acercaron a Don Miguel.

Pero Manera (campeón en Estudiantes como jugador y como entrenador) llegaba para ser 9, y de 9 Miguel tenía ya a Bedogni. "Me dice que puede jugar de 5, pero ya tenía también", cuenta Ignomiriello, que insistía con que a la Primera le faltaban laterales. "Así que le dije que lo iba a poner de lateral".

- ¡No! ¡De lateral, no!- le respondió Manera.

- ¿Usted viene a charlar conmigo, o a jugar en Primera? - retrucó Ignomiriello.

- A jugar en Primera.

- Si quiere jugar en Primera, juegue de 4.

Manera aceptó el lateral y al poco tiempo llegó a la Primera. "Y desde mi punto de vista, el mejor 4 del fútbol argentino se llama Eduardo Luján Manera", dice Miguel.

"Muchos dicen que juegan donde juegan porque sí, porque ahí los puso el padre... Pero un formador tiene que ver si un jugador tiene aptitudes para esa posición o para otra", opina. Aunque acepta: "Eduardo era un fenómeno. Lo puse de 4, pero si lo ponía de 5 hubiera jugado, de 9 también... pero esos puestos los teníamos cubiertos; donde el club estaba pobre era el lateral". En la Tercera de 1965, campeona, Manera, como marcador de punta, hizo 9 goles.

"Pero cuando fui a hablar con Don Mariano para incorporarlo, me dijo que ya había incorporado mucho. Siempre decía primero que no, Mangano", recuerda Ignomiriello. Se las tuvo que ingeniar. "Como no podía perder el jugador, lo fui a ver a Mario César Martínez, el secretario general, hombre de confianza de Mariano. Lo fui a buscar a la Cervecería Modelo, pero no lo encontré. Le gustaba tomar cerveza a la nochecita, así que lo fui a buscar a la Cervecería Alemana, unas cuadras más allá, y ahí estaba: le expliqué el caso, Martínez convenció a Don Mariano y lo incorporamos".

Pero no fue la única resistencia que le plantearon. "Siempre existen divergencias al observar jugadores", dice, diplomático, Ignomiriello. Pero después suelta: "Hay gente que está acostumbrada a perder, y le da lo mismo perder o ganar. Cuando pierde es lo mismo, mala suerte. O es culpa de factores externos. Antes, y también en la actualidad, se atribuye una derrota a la trampa del rival o al mal arbitraje. En el fútbol sigue esa costumbre, de adjudicar las derrotas a factores externos".

Ignomiriello dice que su objetivo era transformar esa cultura, desechar las excusas, el pensamiento mágico, trabajar metódicamente. "Yo decía que si hemos llegado al descenso en el 63, había que cambiar para no volver a irnos al descenso. Apliqué lo que consideraba que se debía hacer, lo que estudiaba en los libros y lo que veía que hacían algunos rivales". Pero Don Miguel no era hombre del club, y su despliegue era visto con sospecha por un grupo de dirigentes que lo miraba de reojo y que se reunía en un reconocido café de la ciudad para hablar de fútbol y tramar.

Estudiantes era un equipo de billetera chica, y entre las miradas puestas en su labor y los pocos recursos, no había margen para el error al traer un jugador. "El secreto", dice sobre el arte de mirar potreros y divisar talento, "está en no mirar solo lo técnico y lo físico, lo mental es clave: si viene con deseo de triunfo, de esfuerzo, de sacrificio. Porque para el jugador del interior abandonar el hogar, las costumbres, la familia, el medio, no es fácil. Uno les daba comodidades, pero el jugador extraña. Tiene que tener un espíritu muy especial para venir del interior a competir, quedarse y triunfar".

Por ejemplo, dice, "Aguirre Suárez venía de Tucumán, donde trabajaba en los ingenios azucareros: ¿cómo iba a fracasar?". Y Juancito Echecopar "se jugaba la vida, venía acá a triunfar, no quería fracasar"; Don Miguel todavía recuerda cuando la final del torneo de Cuarta de 1965 se postergó hasta principios del 66, y el conductor avisó a los juveniles que se podían tomar licencia para las Fiestas. Pero Echecopar dijo que no se iba a ningún lado, que se quedaba a entrenar. "Yo vine a jugar y a triunfar", le dijo. Ignomiriello lo envió a pasar la Navidad con la familia de un dirigente.

Echecopar podría haber quedado libre de Estudiantes. Miguel consiguió incorporarlo en 1964, pero, por la resistencia de los dirigentes, vino a préstamo, por un año. Y cuando se venció el contrato, desde la cúpula del fútbol amateur le dijeron que Juan había tenido una pobre campaña. "Tuve que viajar a Pergamino para pedir un nuevo préstamo de un año", cuenta Ignomiriello.

El grupo de dirigentes que sospechaban de Miguel tampoco quería a Alberto Poletti: se probó en Estudiantes en 1964, pero cuando Ignomiriello pidió su incorporación, le dijeron que había muchos arqueros. Cuatro años más tarde, Poletti sería figura en Old Trafford para que Estudiantes fuera campeón intercontinental. Los hinchas se acuerdan del primer tiro al arco, esquinado: parecía gol, algunos ingleses lo gritaron, pero en aquella noche de lluvia manchuriana atajó Poletti, y mostró luego la pelota a la tribuna local. Menos se recuerda que tuvo otras tres intervenciones clave en aquella final.

Poletti llegó desde Sacachispas, acercado por Clement. Vino muy joven, pero ya con experiencia en Primera. En Estudiantes tuvo que pasar dos o tres pruebas. Cuando vino a La Plata para la Primera, era temprano, y por las dudas atravesaron el Bosque y fueron a golpear la puerta de Gimnasia. Ahí les dijeron que arquero ya había.

Así que Poletti esperó el primer examen en Estudiantes, de varios: Poletti recuerda haber sido probado en un partido de la Tercera contra la Reserva, un 25 de marzo, preliminar de un partido amistoso que la Primera jugó, en preparación para el torneo, contra el brasileño Jabaquara, una noche sepultada en el tiempo y la memoria. Luego volvieron a probarlo en un amistoso, contra Cambaceres o San Telmo. Poletti ya los había enfrentado como arquero de la Primera de Sacachispas, con apenas 15 años. "Yo venía de jugar en Primera C, la Tercera me era fácil por el roce físico: en Primera C te chocaban, te empujaban, te tiraban. Yo debuté en Primera con 69 kilos, era flaquito: me fueron engordando, Miguel me daba vitaminas, fijadores de alimentos", recuerda Poletti.

Don Miguel dice que el partido fue con Telmo (o quizás fueron tres las pruebas), un encuentro donde la Primera se preparaba para comenzar el año, y en el preliminar "aprovechamos para probar jugadores".

"Vi el primer tiempo del preliminar, sentado en la platea, con un viejo dirigente de San Telmo. Y cuando vi a Poletti dije: 'Encontré el sucesor de Ogando'", recuerda, aunque en realidad es el recuerdo de otro. "Yo digo muchas cosas, después te olvidás. Me lo hizo acordar tiempo después un dirigente de San Telmo que estaba sentado conmigo mirando ese partido". Gabriel Ogando, campeón con Estudiantes de la Copa Escobar de 1944 y la Copa de la República del año siguiente, es considerado todavía hoy como uno de los mejores arqueros de la historia del club.

Ante esa visión del pasado, Ignomiriello pidió que saquen en el entretiempo del partido a Poletti. La razón oficial era que al otro día los juveniles entrenaban con Quilmes y quería que

Poletti estuviera listo. Pero en realidad, Don Miguel no quería correr el riesgo de que lo vieran otros. "Gimnasia tenía poder, venían de la etapa del 'Lobo del 62', de muy buenas campañas, y te podía sacar un jugador".

En el club, sin embargo, no compartían el entusiasmo: no querían que Don Miguel trajera más arqueros. "Decían que en el club había", dice Ignomiriello. Estaban en la Primera, recuerda, Oleinicky, Tarnasky, Chacón y Toledo, alguno más. Don Miguel intentó ser diplomático: "Yo no les podía decir que no consideraba que tuvieran nivel: les dije que estaba de acuerdo, pero que consideraba que para Primera uno busca siempre algo de mayor nivel, y les dije que Poletti era distinto".

Los dirigentes no cedían. Insistían con que "había cinco, seis, siete arqueros. Pero Estudiantes era el equipo más vencido (en 1963, el año del descenso, le convirtieron 48 goles en 26 partidos), ¿dónde estaban los arqueros, entonces? Y sin arquero no se puede trabajar: siempre fue así, que digan lo que quieran. Arquero y diez más". Así que Ignomiriello fue a charlar directo con Mangano: "Le expliqué que quería incorporar un arquero que era distinto".

- ¿Y cuál es el problema?-, preguntó Don Mariano.
- Los directivos me dicen que hay siete arqueros.
- ¿Y usted qué dice?
- Que este es mejor.
- Incorporelo.

Poletti firmó con Estudiantes. Pero a prueba, por un año, porque la dirigencia se mostraba recelosa. Terminó su contrato al finalizar la temporada de la Tercera en el año 64, le renovaron y apenas en el segundo encuentro de 1965, con 18 años, fue llamado para atajar en la Primera por Osvaldo Zubeldía.

Al arquero no lo habían querido ni en Racing ni en Independiente: estuvo a prueba en La Academia, y con el Rojo hasta salió de gira, un mes, pero no quedó. Y lo mismo le ocurrió a Manera: "Fue a Vélez, Quilmes, Racing, nadie lo quiso. No jugaba en Quilmes y me lo traen a mi. Te dicen 'ya tengo'", explica Miguel.

Lo mismo les ocurrió a los dos, Poletti y Manera, en Estudiantes, donde algunos dirigentes no los querían. "Está bien, son criterios", admite Ignomiriello, que, dice, ha pasado una vida peleándose con dirigentes. "Es que cada dirigente piensa que sabe de fútbol, y en el momento en que le dan el carnet de dirigente ya se piensan que son entrenadores".

¿Y entonces? "Uno tiene que dialogar", explica Miguel. "Ellos tienen sus argumentos, pero muchas veces el argumento está relacionado al amor propio: que ellos trajeron un jugador al club en ese puesto, que ese jugador les gusta... Pero sin pensar en el futuro. Y en fútbol, como en todo en la vida, todo tiene un valor relativo a medida que pasa el tiempo. Compro un auto y dentro de cinco años no tiene el mismo valor: en fútbol es igual, subirá de valor si hace goles, bajará si no los hace... Lamentablemente el futbolista profesional vale en tanto y en cuanto tenga posibilidad de reventa, que es lo que hay que explicar a los directivos: entre un jugador juvenil con posibilidad de venta y bajo sueldo, y un jugador profesional de bajo valor de reventa, hay que elegir al primero. Además, el bajo costo de un primer contrato permite sostener al juvenil, mientras se va preparando para reemplazar al titular. Y de ese primer contrato, uno tiene dos o tres años para ir encontrando el nuevo reemplazante, en caso de una nueva venta".

"Los que estamos en el tema lo vemos de una forma un poco más fría que el hincha, que es hincha. Y en cada club hay dirigentes así, que son hinchas", sigue Miguel. "Pero yo intentaba explicar que cuando pedí buscar a Juan Miguel Echecopar, es porque veía un hombre con un temperamento y un deseo de triunfo que sumado a sus condiciones técnicas y físicas, sabía que iba a rendir".

"Y no me equivoqué", dice. No solo por el gol de Echecopar a Boca, que "le querían hacer un monumento", por las atajadas de Poletti o el talento de Manera. No solo porque fueron campeones de América, del mundo. También, lanza Miguel, porque "el club incorporó a muchos de esos jugadores a Primera, pero también fue transfiriendo otros jugadores incorporados en esa

etapa. Fue muy positivo. Y no vendieron más, porque intervinieron los empresarios, trajeron jugadores profesionales que taparon a los que venían de abajo. 'Cococho' Alvarez fue uno de los jugadores más excepcionales que jugó en Colombia. Se fue libre. ¡Es inexplicable!".

Pero antes de que los jugadores llegaran a Primera, antes de que se vieran los frutos del trabajo, era difícil convencer a dirigentes que miraban desde el día uno su trabajo de soslayo. "Cuesta explicar con hechos cuando uno habla del futuro", dice Miguel. Además, Ignomiriello venía a reemplazar a gente muy querida en el club, con un pasado de gloria, que trabajaba antes en juveniles. Y venía de Gimnasia. "Hasta ese momento habían trabajado en juveniles ex jugadores del club o personas que querían mostrar que eran simpatizantes acérrimos. Como no había argumentos en contra de mi conducta o de mi capacidad, todo se tenía que utilizar para impedir el desenvolvimiento mío en el club", se ríe.

Pero la resistencia le generaba más de un dolor de cabeza. "¡Tenía que estar explicando en cada caso el porqué, minuciosamente!", exclama. "Criticaban, entre otras cosas, que incorporaba jugadores del interior. Yo decía: Si quiero poner una fábrica de tabaco, ¿dónde voy, a Bariloche o a Salta? Tengo que ir a Salta. Si quiero traer jugadores, tengo que traer de la Pampa húmeda".

"Son excepciones Tato Medina y Aguirre Suárez, que son tucumanos. Y cuando uno analiza la Selección nacional campeona en el 78 y el 86, se encuentra una proporción elevada de jugadores de la Pampa húmeda. Sigo pensando lo mismo: considero que en zonas de Argentina como la Pampa húmeda, por razones naturales del clima, de migración y de alimentación, porque esta zona es de buena alimentación, es fácil localizar jóvenes que se dediquen al deporte, algunos de ellos sobresalientes, como observamos no solo en fútbol", dice.

Ignomiriello argumentaba, pero a veces se imponía el "no". Había dirigentes aliados, y también, a veces, tenía la oreja de Mangano. Pero estaban los otros y, como le discutían los costos, Don Miguel se las tenía que ingeniar para pagar los pases.

Encontró también la forma de incorporar sin gastar: firmaba a la mayoría de los jugadores hacia el fin de la temporada, tras verlos una temporada entera, a préstamo. Los jugadores llegaban al club a prueba, aunque, recuerda, "en algunos casos los clubes eran más exigentes, pedían un pago mensual. En esa etapa los pagos se hacían después del partido que enfrentábamos a River o Boca como locales: eran las fechas donde ingresaba más dinero. Pero uno ya había visto al futbolista, y tenía que dialogar con los directivos para hacerles ver que las incorporaciones que se habían hecho eran valiosas, mientras que había jugadores en la Primera con muchos años en el club, muy costosos, que no justificaban el gasto en algo que no era redituable".

"Si un jugador servía, hablaban con el club que tenía el pase y le daban tres juegos de camiseta", recuerda esa época Poletti, uno de los que llegó a préstamo por un año. Se suma Santella: recuerda que Ignomiriello lo probó en uno de los torneos que improvisaba en los barrios y que decidió traerlo. "El pase mío, el club en el que jugaba, Unión de Mar del Plata, se reservaba el derecho de decir 'si sirve, te lo dejo, pero me das botines, pelotas, por dos o tres años de préstamo que se renovaba automáticamente'. Y si el jugador hacía contrato, eran 5 sueldos".

También le discutían a Ignomiriello que incorporaba jugadores grandes: Santella, de hecho, llegó con 18 años. Pero Don Miguel les decía que no hay que descartar a un jugador juvenil por tener 18 años: "Te dicen que son grandes, pero quizás en el interior se formaron mejor, jugaron con jugadores más grandes". Bedogni, Manera, Poletti, Aguirre Suárez, Echecopar, todos llegaron alrededor de esa edad. También Hugo Mateos, figura de La Tecera que Mata, que de chico se había acostumbrado a jugar contra jugadores más grandes en la canchita de La Malatería. "Hay que verlos, ver cómo juegan y también cómo son, qué piensan: Kempes se fue a probar a Boca, a River, a Nacional, lo vieron de Independiente, de Gimnasia. Ningún técnico de inferiores lo quiso".

***

Don Miguel vio arquero de jerarquía en Poletti, hambre en Echecopar y Aguirre Suárez. Encontró en el club talentos evidentes, como Flores, Malbernat, Verón y Pachamé, que "eran jugadores que ya pintaban sobresalientes". De "Pacha", el 5 en Old Trafford, recuerda: "Ya tenía temperamento. No jugaba por circunstancias fortuitas: había jugadores que llevaban años jugando en el club y que muchos de los colegas que dirigieron no se animaban a reemplazar. Pero cuando Pacha sobresale en la Tercera del 64, entra a Primera y evidentemente tenía otro nivel. Zubeldía hizo un cambio totalmente positivo: tiró a Madero atrás (era volante central) y entró Pacha de titular. Y estando Madero, jugador de una técnica sobresaliente, con experiencia, la dupla con Aguirre Suárez terminó siendo también totalmente positiva".

A sus costados, Zubeldía colocaba a dos marcadores de punta de la fábrica de Ignomiriello: Manera y Malbernat. Pero para la cita en Old Trafford, Manera estaba lesionado. Lo reemplazó otro jugador de las inferiores: el lateral, dice Don Miguel, "es más simple que reemplazar arquero o gol: el gol nace gol, el lateral uno lo puede habituar a esa posición. Me resulta inexplicable que un técnico compre un lateral. Un buen entrenador no compra laterales".

Cuando llegó, Ignomiriello vio que "la Primera tenía deficiencia en los laterales. Cuando uno toma un club tiene que ir mirando qué es lo que pasa en la Primera división, para ir reemplazando a los jugadores con juveniles del club que son menos costosos, y quizás mejores que los que están jugando", explica Ignomiriello. Así es que, dice, por eso pasó al lateral a Malbernat y Manera.

"Cacho fue titular desde el primer momento como lateral. Cuando llegué, era defensa central, pero el club necesitaba un lateral izquierdo. Pero mi acierto mayor", dice, "debe ser el de Eduardo Luján Manera. Para mí, el más grande lateral del fútbol

argentino. No tuvo la trascendencia que debió tener porque estaba en Estudiantes. Tenía habilidad, manejo del balón, se proyectaba con una fuerza enorme, iba muy bien arriba, pateaba muy bien los tiros libres. Hizo goles importantes para el club".

Manera, sin embargo, se lesionó durante la Copa Libertadores. Zubeldía optó por reemplazarlo con Hugo Medina, a quien varios testimonios señalan como el creador del apodo "León" para Estudiantes: a "Tato" no le gustaba la trascendencia que estaban ganando los vecinos, apodados en el 62, gracias a una extraordinaria campaña y a su residencia en el Bosque, el "Lobo"; juntó a los muchachos y lanzó su propuesta: contra el Lobo, el León, el rey del asunto (la otra versión, más extendida, es que el apodo se lo dio un hincha, Julio Campante, durante la campaña del subcampeonato de 1975).

El tucumano llegó al club casi por casualidad: a Urruchúa le contó un tal Blanco que había en Tucumán un dueño de una agencia de loterías, muy hincha de Estudiantes, que le habló de Carlos Caballero, arquero que luego sería campeón nacional con Vélez. Con él vino Medina. Urruchúa le advirtió que iba a jugar en otro puesto, y "Tato" renegó, pero terminó accediendo. Llegó como volante central, pero Don Miguel lo pasó al lateral cuando Malbernat subió a Primera.

En la final intercontinental, le tocó bailar con George Best, a pesar de que no había tenido mucha participación en el plantel superior. Zubeldía diría en la charla previa que para ser campeones del mundo lo único que había que hacer era evitar los centros de Manchester: los marcadores de punta eran clave. Quizás, entonces, sea cierta la leyenda que cuenta que, en la madrugada de la final, Medina, que tenía pegado a George Best en el espejo del baño para odiarlo hasta la obsesión, se encontró con otro desvelado: Zubeldía. "¿Usted tampoco puede dormir?", le preguntó "Tato" al técnico. "Y, si tuviera a Marzolini estaría más tranquilo, pero lo tengo a usted", le habría dicho, un poco en broma, un poco en serio, Don Osvaldo.

"Pero Tato estaba preparado por haber ganado tanto", dice Ignomiriello: Medina había sido parte de un equipo que desde

inferiores se había deshecho del complejo de inferioridad de los clubes chicos y se había acostumbrado a la victoria. Era parte del plan: "Yo quiero equipos ganadores: eso de que no interesa el resultado en juveniles... No. Si vos no preparás jugadores para ganar en inferiores, van a perder en Primera. Yo quiero equipos que ganen, que sepan ganar, que sepan cómo son las presiones de ganar".



Un pequeño Lombardi, con Recabarren y Disipio en Novena División

Enrique Lombardi

“La Tercera que Mata fue el Big Bang del campeón del mundo”

Enrique Lombardi pasó toda la vida junto a Estudiantes. Llegó al club para jugar al fútbol, en infantiles, en el equipo de Pre Novena llamado en aquel momento Peñarol, que manejaba Leopoldo Magariño, y de ahí pasó a la Novena. En 1968, fue parte de la Sexta campeona y, recuerda, “hice el gol del triunfo en el partido final”.

En paralelo, comenzaba a estudiar, y su carrera de Arquitecto lo alejaría finalmente del fútbol profesional, pero volvería como dirigente, bajo la presidencia de Néstor Oltolina, haciendo obras en el estadio para que Estudiantes participe en la Supercopa, y siguió ligado en ese sentido al club durante los años de Cicchetti y Alegre, donando su trabajo. Finalmente, realizó el proyecto del Estadio UNO. “De chico, dibujaba siempre la cancha de Estudiantes, desde los 10 años. El tiempo generó que terminara haciendo la cancha de Estudiantes, algo medio loco, medio premonitorio”, se ríe quien, más tarde, se transformó en presidente del club.

Fue como “un círculo que se cierra”: Lombardi cuenta que renunció a un decanato para volver a Estudiantes, como presidente, luego de que la arquitectura marcara su retiro del fútbol. Y luego, también, de que Don Miguel Ignomiriello lo mandara a estudiar. “No me olvido más una tarde que sen-

tado en la vieja pileta, atrás de la cancha, en la que Miguel me dijo: 'Usted, Lombardi, nunca deje de estudiar'", relata. Le hizo caso.

El círculo también se cerraría para Miguel que en la presidencia de Lombardi se acercó al club como asesor y presidió la comisión que hizo de jurado en el concurso para determinar el proyecto que se haría cargo de las divisiones inferiores. Lombardi lo eligió por una razón sencilla: "Lo admiro. Cuando yo llegué al club, en inferiores no había nada. Hasta Miguel Ignomiriello".

Lombardi recuerda cómo "de secarnos con la camiseta, pasamos a tener, cada jugador, fuera de la división que fuera, nuestros canastos con zapatillas, botines, vendas, camisetas, toallas..." Además, "había un podólogo, vitaminas que nos daban los jueves, te entrenabas de una manera especial, cuando el resto de los equipos entrenaba así nomás... Te sentías un jugador de Primera siendo un chico, eras tratado como tal. Y eso implicaba también que teníamos muchas responsabilidades".

La disciplina era total: mientras la mayoría de los equipos entrenaba, de forma ligera, dos o tres veces por semana, Don Miguel imponía doble turno, todos los días. Lombardi recuerda incluso un día en que "un partido que se suspendió, con Gimnasia, de la Tercera, por la lluvia. Cuando se suspendió, Miguel los hizo entrenar igual, en el barro, en la cancha de La Líder, bajo la lluvia".

Así se forjó la Tercera que Mata, el equipo de Tercera de 1965 de Estudiantes que para un Lombardi joven, como para tantos, era una cita imperdible. "No faltaba. Eran nuestros compañeros, aunque éramos más chicos entrenaban ahí, en la misma cancha. Y era una fiesta. La gente iba a ver la Tercera, se iba a comer con la Reserva y volvía para la Primera", recuerda.

Y cuenta que "para los más chicos, ver esa Tercera era un ejemplo. Estudiantes era un club sin grandes logros por entonces. Verlos entrenar era un placer, fue algo inolvidable. Haber vivido a esa Tercera tan de cerca es uno de los grandes

recuerdos de mi vida. Había grandes jugadores, jugadores que no tenían lugar en la Primera iban a otros clubes y eran grandes jugadores".

- ¿Esa Tercera que le ganaba a todos marcó un click, un cambio de mentalidad puertas adentro?

- Por supuesto. Se empezó a cambiar la cabeza, a mi criterio, pensándolo hoy, por la organización de Miguel, con los canastos, las vitaminas, el orden... Además se trajeron futbolistas de muchos lugares, se los alojó, se los alimentó bien: eso forjó una superación en las inferiores que llegó a su máximo nivel en esa Tercera que Mata. Había jugadores con una mentalidad muy ganadora desde inferiores: te exigían, y queríamos ganar. No había esa resignación perdedora. Al contrario. Creo que la mística arranca ahí. En esa Tercera que Mata. Y eso cambió la imagen del club: yo me acuerdo de pensar que si la Tercera pudo salir campeona, podíamos todos. Y cuando esos muchachos empiezan a subir progresivamente a Primera, ahí empieza a verse reflejada toda esa preparación de años, que hizo eclosión con el campeonato del mundo.

- Usted después fue dirigente, y más tarde presidente de Estudiantes. ¿Cómo ve todos esos cambios que hizo Don Miguel, que en su momento fueron resistidos, desde el presente?

- Estoy convencido de que lo de Miguel fue una revolución. Y sigue siendo moderno. Si Miguel estuviera hoy, seguramente sería un adelantado por esas cosas que hizo antes. Pero además, su cabeza sigue funcionando a mil, seguro incorporaría cosas novedosas como aquellos, quizás estaría pensando en la inteligencia artificial, trabajaría con lo cognitivo... No me cabe duda. Por eso, cuando fui presidente, hice un concurso para las divisiones inferiores, el tribunal lo presidía Miguel. De ahí salió una camada que además de pelear campeonatos, nos dio muchos millones de dólares. Por eso también le quise poner a la concentración del Country "La Tercera que Mata", para reconocer algo que generó una mística. Nunca más hubo una Tercera que Mata, para darle valor a nivel de Estudiantes, pero también

a nivel del fútbol nacional e incluso internacional. ¿Cuántos clubes en el mundo trabajaban en ese momento de esa manera? Miguel estuvo sorprendentemente adelantado, todavía hoy, eso sigue siendo moderno. Miguel fue una gran innovación. Y la Tercera arrancó de antes: incluso en Sexta, nos daban inyecciones de vitamina, éramos los que más entrenábamos, en el segundo tiempo los otros se cansaban y nosotros seguíamos, llegábamos todos prolijos, pelo corto, traje desde Octava, Séptima... tenías tu canasto, con tu ropa, te sentías un jugador de Primera. Todo eso fue armando una mística, te hacía sentir importante, y tenías un reflejo para ir mirando: la Tercera que Mata fue una de las grandes revoluciones del fútbol argentino, el Big Bang del campeón del mundo.

- Después de toda aquella etapa, usted llegó a jugar como profesional, y lo tuvo a Osvaldo Zubeldía de entrenador.

- Sí. Yo jugaba en Quinta, y necesitaba un central para la Reserva. Zubeldía dirigía la Reserva, daba las charlas técnicas, salía con la Reserva. Pidió un central para un clásico, ya Miguel no estaba. Me mandaron a mí, y me acuerdo que estaba engripado, pero iba a entrenar igual porque no me quería perder esa posibilidad: volvía a casa y vomitaba todo. Pero al otro día volvía a ir a entrenar. Jugué bien, y Zubeldía me empezó a pedir, jugué varios partidos, estando en Quinta y Cuarta, en la Reserva que dirigía Osvaldo. Y jugué un partido en Primera, en el 71, Miguel dirigía la Primera. Ese fue el último año que jugué, ya estudiaba Arquitectura, había empezado estudiando Ingeniería, que cursaba menos, pero en Arquitectura había más cursadas, así que ese año 71 ya estaba complicado de tiempos por la facultad. Y tomé la decisión de dejar el fútbol. Fue una decisión difícil, era chico, soñaba con el fútbol, pero siempre lo tomé como un deporte, más que como un sueño de ser profesional, me veía más arquitecto que futbolista: me gustaba jugar, entrenar, la adrenalina. Pero nunca sentí ese deseo de dedicarme a eso. De todos modos, durante un par de años soñaba que me tenía que levantar para ir a entrenar...



LA GRAN PASION DE MIGUEL IGNOMINIELLO

"EN 1968 ESTUDIANTES TENDRA UN PLANTEL HECHO TODO EN EL CLUB"

AMPLIAMENTE conocido como tenaz y muy propenso a la disciplina. Podrían llenarse muchas páginas relatando su fervorosa pasión por el orden, y la conducta. Sus discípulos lo admiran y tienen la certeza de hallarse ante el padre deportivo, del hombre que los protege frente al dirigente, pero que en el mano a mano habitual suele ser duro, árido... hasta injusto.

Miguel Ignominiello, 37 años, tres hijos (un par de mellizos que parecen surtirse de travesuras en el infierno) habla locuazmente de su pasión: el fútbol. Fervoroso defensor de su verdad, con el tema del balompié las horas no parecen transcurrir cuando en una mesa de café atestigua sobre una discusión del problema. Planes para jugar, orden físico, conducta moral, situación individual, ambientación, familia, en fin, todos los aspectos que hacen al normal desenvolvimiento de un joven que se halla en un proceso de formación futbolística son el rico material de conversación con este hombre quien detrás del "Miguel" co Que suelen llamarlos sus dir gidos y amigos, esconde a u tesonero trabajador anónim áspero en los enfrentamient y relacionado ampliamente todo el ambiente deportivo país.

Esta nota, fruto de una sita realizada al técnico e reducto de 57 y 3, solamen pudo concretar cuando la quilidad del mediodía de espacio para la serenida descanso y entonces allí s baron los llamados telef las visitas inesperadas, denes para los pupilos. M esperábamos escuchamos tidos: "Miguel, teléfono Tucumán". "Miguel, delegado Pulano con la ción del rival) de mañ guel las sábanas para sión, las plateas para gadores de tercera..." tinuado repiquetear d pedidos y llamados q man la realidad de u que tiene sobre sí la bilidad de dirigir los menores de Estudia Plata.

Otro mundo

hasta un tanto inquisidoras, que nutren generalmente la pasión del hincha del tablón que no entiende de tácticas y quiere victorias. Rotundas e inapelables victorias.

"No soy afecto a las creaciones publicitarias. Profeso la particular religión del trabajo permanente y creo que solamente por esa senda se superan todas las circunstancias adversas. El fútbol es trabajo y más trabajo. Acá en Estudiantes, con un grupo generoso de colaboradores, estamos diariamente en la tarea de imponer ese clima que además significa lealtad en el trato y honestidad en los procedimientos. Nuestra materia prima, el futbolista, generalmente no está preparado para absorber correctamente la situación social que le suele provocar este deporte. Dinero, bienestar, relaciones, es la otra faz de esta moneda cara que da el triunfo, pero que nos obliga a nosotros, los técnicos, a integrar a ese muchacho para que reciba sus ascensos sin traumas y pueda adaptarse sin problemas a ese nuevo ritmo de vida. Yo estoy convencido de eso y en virtud de

No es pose ni nada que se le parezca: es rigurosamente cierto. También el teléfono forma parte en la tarea de un entrenador activo como Miguel Ignominiello.

Entonces estos gastos no pasarán tantos y daremos un



Entre fotos de la Tercera en 1965 (arriba, corren Duarte, De Marta, Medina, Aguirre Suárez, Mateos y Manera) y del inicio de la pretemporada en enero de 1966 (izquierda) una nota profética de Don Miguel: en mayo de 1965 vaticinó que en tres años habría "un plantel hecho todo en el club"

Una revolución a pulmón

3

Todo era una negociación con los dirigentes, a los que Ignomiriello intentaba convencer, con éxito dispar, "con mucho diálogo, estando a la mañana y a la tarde en el club, haciéndoles ver que no tenía sentido que me contrataran si después no había medios". En esa tarea lo ayudaba un grupo de colaboradores que se fueron subiendo al laboratorio: Don Miguel sumó voluntades a su plan, convenció gente para ayudar, armó equipo dentro de la cancha y también afuera.

Algunos ya estaban ahí cuando llegó: Carlos Fares, Osvaldo Artega y Fernando Urruchúa, "personas que vivían con intensidad el fútbol amateur", estaban presentes en la primera reunión entre Ignomiriello y Mangano. Fares, que llevaba en el club más de una década, colaboró, entre tareas varias, como ayudante de campo y entrenador; Urruchúa era secretario administrativo y se convirtió en seleccionador. "Yo ya tenía estado público", cuenta Don Miguel, "y cuando vos vas a buscar un jugador, siendo alguien que tiene relevancia, te piden mucho más... Entonces, iba él al interior, como quien va de visita al club". También iba, a veces, Hermenegildo Sebastiani, que dedicaba su tiempo libre a colaborar con el fútbol infantil y juvenil. "Hombres que trabajaron con intensidad, a cambio de nada, y son ilustres desconocidos. Se fueron del club sin comprarse una bicicleta".

Urruchúa también espiaba a los rivales: todos hacían de todo un poco, como se enteraría otro dirigente que colaboró con las juveniles, Eduardo Bernasconi. Ignomiriello sumó también a

los esfuerzos a Rubén Lachaise, que llegó a Estudiantes "con un equipo de danza o de gimnasia" de Club El Dique, y que Don Miguel empezó a llevar a AFA y a ocupar con tareas de inferiores. Más tarde fue secretario de fútbol y viajó a Manchester. También su hermano, Raúl Lachaise, ayudaba: eran otros tiempos, la gente joven vivía en los clubes y en la calle, levantaba los clubes con sus propias manos.

Con ellos, Don Miguel armó su mesa chica. Pero necesitaba más: personas especializadas, para trabajar en áreas específicas. Empezó, de a poco, a conformar el grupo de trabajo más grande que había visto, hasta ese momento, el fútbol juvenil argentino: llevaría a las inferiores un pedicuro, un químico, un cuerpo médico que incluía un odontólogo, y hasta un socializador.

Pero lo primero que precisaba era un preparador físico. En el club había: el hijo de Calvin Respress, boxeador mítico radicado en la ciudad de La Plata tras ser sparring de Jack Dempsey y pelear contra Luis Ángel Firpo en dos oportunidades (en un combate venció y en otro fue derrotado por el Toro Salvaje de las Pampas). Pero Don Miguel quería alguien con título, quería dejar de trabajar "con gente de buena voluntad en la preparación física". Quería un trabajo serio para las inferiores: y "teniendo en cuenta que, en La Plata, desde esa época, existe la carrera para profesores de Educación Física, no me era difícil encontrar". Así convocó a Luis Mendoza Pintos, personaje clave en la preparación de atletas de la ciudad, que había trabajado junto a Jorge Kistenmacher hasta que éste, en 1961, desembarcó en el club junto a Roberto Sbarra.

En fútbol, particularmente en inferiores, se trabajaba poco el físico: Julio Santella, llegado de Mar del Plata a esas inferiores, cuenta que en ese momento, "no había una extraordinaria dedicación en el fútbol juvenil: era la pasión que le podía meter cada tipo". Roberto Cicora, parte de aquellos equipos de divisiones menores, recuerda ejercicios generalizados, unas vueltitas alrededor de la cancha, estirar un poco, todos el mismo trabajo. Zuccarelli ya estaba en el club cuando llegó Don Miguel, y cuenta que "entrenábamos muy poquito en inferiores, todo era muy

precario, muy desorganizado. Practicábamos dos veces por semana, y jugábamos los domingos a la mañana. Y había equipos que incluso entrenaban menos que Estudiantes en inferiores".

Ignomiriello es más tajante: "Dominaba la bohemia".

Y Don Miguel quería otra cosa: más rigor en la preparación, mayor seguimiento del hombre. Entendía que los preparadores de atletas "tenían una ventaja" en ese sentido: "Trabajan con el hombre, aprenden bien a manejar ese físico, y trabajan con marcas, con progresiones, con métodos más científicos". Podían, estimaba, generar una evolución en la forma de preparar al jugador de fútbol.

Mendoza Pintos no duró: tras un año, decidió volver al atletismo, en ese entonces una actividad más prestigiosa que embarrarse en el mundo del fútbol. Como ayudante de Mendoza Pintos había llegado al club Carlos Cancela, que quedó a cargo: fue el hombre que preparó a la Tercera que Mata.

Ignomiriello había conocido a Cancela en sus días de Gimnasia. "Lo que más hacía era hablar", se ríe. Todavía un chico, acompañaba a un amigo a los partidos de la Novena gimnasista de 1954, y, desde el costado de la cancha, hablaba y hablaba. Se reencontraron cuando Cancela ya era profesor de Educación Física y llegó al club: el fútbol, cuenta, era todo para él, y había pasado los últimos años viajando a ver los entrenamientos de Atlanta, donde preparaba al equipo Adolfo Mogilevsky.

"Carlitos fue un gran preparador físico. Más joven que Mendoza Pintos, que era un buen profe pero más serio, con otra rigidez, más exigente, no le gustaban las bromas", recuerda Cicora. Algunos cuentan que acompañaba a los jugadores al colegio para que terminaran de estudiar.

Los equipos de inferiores trabajaban en aquellos días tres jornadas por semana, "un ratito de fútbol, no mucho más", cuenta Cicora. Ignomiriello y Cancela olfatearon allí una oportunidad, y dispusieron que los muchachos entrenaran en doble turno, todos los días. Nadie hacía doble turno en inferiores, en Primera casi nadie: apenas se entraba en calor y se tiraba a los jugadores a la cancha. Los jugadores recuerdan incluso entrenadores

de juveniles que, aprovechando la cercanía de la cancha con el Hipódromo, planteaban la tarea del día y se iban a los burros.

En ese marco es que calculó Don Miguel: "Seis horas diarias de trabajo físico, técnico y de planteos integrales, sobre cinco días, eran 30 horas semanales". Cinco días, uno de partido y uno de "descanso total, que también es descanso mental. Sobre cuatro semanas, eran 120 horas mensuales. Sobre once meses que trabajábamos con el futuro profesional, daba unas 1320 horas. Mis colegas seguían trabajando tres o cuatro días, con un promedio de dos horas y media diarias, trabajaban unas 10 horas semanales como mucho. Un tercio de lo que trabajábamos nosotros. Yo decía que para que un colega me alcance tenían que pasar más o menos tres años".

Comenzaron los entrenamientos doble turno. Exogentes: "Tinga" Flores recuerda subir y bajar por la tribuna del estadio con otro jugador subido a caballito, se acuerda de los trabajos con la soga, las pesas, el frontón, "pegarle de derecha, de izquierda, de punta, externo, interno, tac, tac, tac". También cuenta que "en pretemporada nos llevaba a la rotonda de 520 y 32, en micro, y desde ahí a Punta Lara al trote".

Así, se convirtieron en "un equipo que jugaba con gran velocidad, moviéndose todo el tiempo", contaba Zuleik Campagnaro, historiador del club. "¿Sabés qué pasa? Sabían de memoria cómo jugar, dónde iba a estar cada uno en la cancha".

La idea de la doble jornada, cuenta, la adoptó después de leer el libro del diputado socialista Alfredo Palacios, "La fatiga": "Palacios quería demostrar que no era conveniente el horario continuo de trabajo: las 8 horas de corrido. Y proponía que se cambiara, se dividiera en dos partes. Lo demuestra a través de unos estudios realizados en Avellaneda, donde hubo una serie de accidentes en la última hora y media o dos de trabajo: el obrero, cansado, semidormido, ponía mal el brazo y el balancín le amputaba una mano".

Don Miguel quería sumar horas de trabajo para sacar ventaja sobre el resto, pero tras leer a Palacios decidió dividir el trabajo en dos. Pero "¡no tenía dónde jugar!", se ríe: no había todavía

Country Club en City Bell, la cancha del estadio se cuidaba para los partidos y la histórica cancha auxiliar, que se encontraba donde hoy está el estacionamiento del nuevo estadio, era alquilada, para socios o a circos, como una manera de conseguir dinero para el cuidado del estadio y su césped.

Los equipos, incluida la Primera, entrenaban en el Bosque, aprovechando sus árboles y grutas, y a veces iban a la vieja cancha del Colegio Nacional. Ignomiriello recuerda también haber alquilado la cancha de La Líder para prácticas de La Tercera.

Las condiciones no eran ideales para planificar prácticas de fútbol. Y se sumaba un problema: "Los partidos oficiales de juveniles, de sábado, se jugaban en la cancha oficial. Eso traía una serie de inconvenientes, sobre todo cuando la Primera jugaba de local los domingos. Ante el atisbo de lluvia, se suspendían las juveniles... Gravísimo problema", cuenta Ignomiriello. Decidió entonces empezar a charlar con Mariano Mangano con una misión: tomar posesión de la cancha auxiliar de 1 y 55 para los entrenamientos, y habilitarla para que se pudieran jugar allí los partidos.

"Con la cancha auxiliar podíamos entrenar en los momentos que yo dispusiera", explica Don Miguel, y así expuso ante los dirigentes. "En esa cancha auxiliar había practicado la Línea", dice Ignomiriello, en referencia a Los Profesores. "También había practicado la Reserva campeona del 35: lo que pedía no era una anormalidad". Pero hubo oposición: querían seguir alquilando la cancha. "No entendían que el no tener cancha auxiliar lleva a no tener juveniles, y el no tener juveniles lleva a no tener Primera, y no poder vender jugadores".

Ganó Miguel, pero hubo que arremangarse. Algunos recuerdan alguna treta para ganarle el terreno al tranvía que pasaba por allí. La cancha, además, tenía las medidas mínimas, los arcos no eran los reglamentarios. Así que Ignomiriello promovió que se cambiaran los arcos de la cancha de Primera por unos de hierro, y trasladó los del estadio, de madera, a la cancha auxiliar. Y para lograr la habilitación de AFA para jugar allí partidos oficiales hacían falta vestuarios: "Logramos que AFA nos

diera un año de prórroga para tener vestuarios exclusivos de la cancha auxiliar: los planteles se cambiaban en los vestuarios debajo de las tribunas, los vestuarios para partidos de Primera", recuerda Ignomiriello.

Ese primer año para los vestuarios pasó rápido: pidieron prórroga, un año más. Y entonces Don Miguel tuvo que volver a hablar con la Comisión Directiva por el asunto. Más problemas: "El Ingeniero Cavaller estaba a cargo de la obra, era fanático de Estudiantes, y, por cuestión de costos quería construir los vestuarios con techo de chapa. Yo explicaba que esa losa serviría más adelante para hacer el hogar alojamiento de juveniles del interior, que en esa etapa estaban distribuidos en tres pensiones distintas. El Ingeniero me decía que no había presupuesto para la losa, o para el resto de la construcción. Le pedí dialogar con la Comisión Directiva para explicar el porqué de mi inquietud. Eso llevó a cierta tirantez con mi amigo el Ingeniero...", se ríe Don Miguel.

Otra vez la pulseada la ganó Ignomiriello, y se colocó losa sobre el techo de los nuevos vestuarios, donde los chicos disponían de agua caliente: Juan Abelardo Fariscoy, que campeonó con la Quinta en 1966, se bañó por primera vez con agua caliente en Estudiantes. Algunos años más tarde, en 1971, se terminaría de construir sobre los vestuarios el histórico pabellón del club para los jugadores del interior, que llevó el nombre del Doctor Dante Demo, hombre muy ligado al fútbol juvenil de Estudiantes por años, a tal punto de que se convirtió, sin desearlo, en el presidente de cada delegación del club que se presentaba de visitante en los campeonatos de AFA. Como la cancha auxiliar, el Demo, que albergó a generaciones de jugadores del interior hasta entrado este siglo, ya es parte del recuerdo.

Ignomiriello conformó para sus nuevos colaboradores una improvisada oficinita bajo la ochava del viejo estadio, al lado del mítico cartelito del baño que decía "Aquí es", donde el teléfono sonaba incesante, según cuenta El Día: "'Miguel, habla el delegado Fulano con la formación del rival para mañana', 'Miguel, las sábanas para la pensión', 'Miguel, las plateas para los

jugadores', un constante repiquetear de pedidos y llamados". También aprovechó la construcción de los vestuarios para armar ahí una utilería para las inferiores, a cargo de la cual incorporó al "excepcional" Ramón Mansilla: "El utilero que estaba era una persona mayor, pero cuando se trabaja con juveniles se busca gente que tenga relación por edad", explica Don Miguel. Pero no había demasiado para poner en esa "precaria" utilería: "Cuando llegué el club no tenía ropa adecuada para poder trabajar, mínima, un pantalón, unas zapatillas... Los jugadores usaban medias usadas, camisetas usadas, zapatos usados, les tenían que clavar los tapones y les hacía daño en los pies".

"Nos secábamos con la camiseta que habíamos usado", cuenta Enrique Lombardi. No había ropa, tampoco presupuesto para comprarla. "El menor presupuesto es para juveniles. Todo el mundo, cuando llega a una institución, publicita que van a hacer una buena campaña en el fútbol profesional. Para lograrla, se habla de traer un mínimo de seis refuerzos para el plantel profesional. El incorporar jugadores desnivela el presupuesto, y va quedando un mínimo de presupuesto para el manejo de juveniles", dice Ignomiriello. Por eso, "el que se encarga de los juveniles tiene que tener la inquietud de incorporar dinero extra a la Tesorería".

El arte de hacer con nada. Ignomiriello, lector empedernido, realizaba también múltiples cursos por correo, de fútbol y de otros asuntos, porque "el que sabe siempre tendrá trabajo. El que sabe por qué, será su jefe. Yo quería saber por qué, así que me dediqué a hacer cursos". Uno fue de administración, así que ante la falta de recursos no se amilanó, y empezó a pensar maneras de acercar plata a los esfuerzos. Decidió organizar amistosos, y con lo que ingresaba de entradas juntó un primer fondo para adquirir elementos. Se armaron rifas que se vendían en los partidos oficiales. Algunos simpatizantes con comercios sumaban aportes: el marplatense Alejandro Güiscardo, ingeniero y hermano del subcampeón mundial de aguas abiertas Syder Güiscardo, se convirtió en una especie de padrino para aquella Tercera. Frente a los vestuarios, Ignomiriello hizo colocar un azulejo con los nombres de los que ayudaban a la causa.

"La gente colaboraba porque veía la forma en que se manejaba", dice Koroch. Recuerda la donación de pelotas Pinter: las juveniles dejaron de trabajar con pelotas reventadas que llegaban tras soportar los cañonazos de los grandotes de la Primera. Koroch se acuerda también de la amistad que tejió Ignomiriello con Pepe Peña, periodista de El Gráfico. Peña se entusiasmó tanto que realizó una crónica de importante despliegue para la Sport, la revista mensual de El Gráfico, durante el auge de la Tercera, dedicando varias páginas a hablar de un equipo juvenil. Peña era además uno de los gerentes de Adidas en aquellos días. "Consiguió a través de él mucha indumentaria, vinieron cajas y cajas de zapatos, de segunda calidad, y Miguel agarraba todo".

Pero lo que verdaderamente engrosó el presupuesto de las juveniles y le permitió ganar previsibilidad al trabajo fue una idea de Osvaldo Arteaga, dirigente del fútbol juvenil, que acercó el ofrecimiento de un empresario para poner carteles estáticos de publicidad alrededor de la cancha. Al Profesor Amieva, que miraba de reojo a Ignomiriello, no le gustó. Eran tiempos donde todavía se debatía si el deporte debía entregarse a la mercantilización o sostener su espíritu amateur, y Amieva "consideraba que Estudiantes no era un club para tener publicidad", recuerda Miguel. "Expliqué que ese dinero iba a ser utilizado para la compra de pelotas, sogas, los elementos necesarios para la preparación, y conseguí que la Comisión Directiva aprobara la sugerencia. Fue importante: el ingreso de ese dinero mensual nos permitió uniformar el grupo de Tercera división, darles botines, toallas, vendas, suspensores, un bolso para el transporte de los implementos deportivos de cada futbolista". Ese dinero fue el punto de partida.

Los jugadores todavía recuerdan "el canasto": un cajoncito que les entregaba el utilero, que tenía todo lo que necesitaban para la práctica. "Don Miguel colgaba una planilla de los jugadores, cada uno con un número: nos explicó que con ese número, pedíamos un canasto en la utilería, que venía con vendas, medias, camisetas, toallón, jabón, todo nuevo. Todo lo dejamos en utilería, salvo los zapatos, que nos explicó que había que

llevarlos y traerlos, y cuidarlos", se acuerda Lombardi. Cada canasto estaba a cargo del jugador: eran sus materiales de trabajo, tenía que lavarlos y guardarlos, incluso los botines. "Nadie dejaba nada tirado en el suelo. Y si faltaba algo, una media, era responsabilidad del jugador. Yo había visto a muchos dejar el buzo del club tirado, olvidado, y pensaba 'nunca vi que se olvidaran una camisa propia'", dice Ignomiriello.

El dinero de la publicidad, más algunos aportes de los hinchas, permitió también comprar uniformes: cada jugador lucía, para viajar, un traje gris, sin solapa, bolsillo plaqué, con camisa celeste y corbata con el escudo del club, y calzado de vestir color negro. Así entraba la Tercera de Estudiantes a cada partido: nunca nadie había visto a un equipo de inferiores vestido de traje. "Nada de entrar corriendo", decía Don Miguel. "Vamos a entrar caminando. Y que salga primero el contrario".

"Para que nos vieran. Para que nos esperen. Generaba expectativa: '¿Quiénes son estos que tienen tanto misterio?'", se ríe Enrique "Tinga" Flores, parte de la Tercera del 65 y la Reserva del 66, ambas campeonas. "Parecíamos la Primera. Y salíamos a la cancha con el pecho inflado: 'Qué nos van a ganar'".

El equipo de Miguel impresionaba. Y no solo por la pinta: los muchachos también tenían una distinguida manera de comportarse, hablar y comer, gracias al tiempo que pasaba el plantel con César Abraham, socializador. Sin dudas el más difícil de justificar de los colaboradores incorporados por Ignomiriello, era parte de un plan por educar de manera integral al futbolista para el futuro.

"Te iban preparando para algo importante", afirma Santella. "Jugar en Primera era importante, pero esto era algo más: en un momento, llamaron al director del Cervantes, César Abraham, y nos daba clases de modales, lecciones sobre cómo comer, qué cubiertos y copas usar en distintas comidas, porque Don Miguel pensaba que ese jugador iba a ir a Primera, iba a comer en un hotel importante, iba a jugar cosas importantes, y se iba a enfrentar a restoranes con tres tenedores, dos copas. Estaba pensado que el tipo evolucione: eso no existía".

“Entiendo que la preparación integral de un deportista, sea fútbol, básquet o vóley, incluye que el individuo sepa desenvolverse”, explica Don Miguel. Por eso las clases de Abraham, "pequeños grandes detalles que hacen a la preparación”.

El rol del socializador iba más allá. Hablaba de teatro, de cine, con los chicos. Y mantenía charlas que registraba con grabadores, una estrategia para que el jugador le perdiera temor a las entrevistas. También había conversaciones con profesionales de distintas áreas: una vez, recordaba Madero, Ignomiriello lo llevó a charlar con los muchachos. “Eran chiquitos, Malbernat, Pachamé... Yo era prácticamente médico, y él me pidió que le transmita cómo hay que comer, cómo es la educación social, por qué el entrenamiento, la comida, la nutrición, por qué no tanta pizza ni tanto alcohol... Yo en esa época ya tenía en mente la docencia, así que tomaba un tema, nutrición por ejemplo, y le preguntaba a ellos, para que participaran, porque ellos eran los protagonistas”. También Cancela dio algunas clases de anatomía, y cuenta que “una vez, en la cancha de Racing, Medina chocó con un contrario. Cayó cerca del banco y me dijo: ‘Me parece que me pegué en la acromio-clavicular”.

El plan de formación también incluía el empuje de Don Miguel para que sus futbolistas terminaran el colegio, se interesaran por los oficios, “en tiempos donde los que estudiábamos estábamos mal vistos en el fútbol”, como recuerda Lombardi. A él, una tarde lo encontró sentado en la vieja pileta que estaba detrás de la cancha. Don Miguel le sugirió que no dejara de estudiar... Lombardi llegó a Primera, pero le hizo caso y siguió también con la arquitectura.

La misión de Ignomiriello era generar en el futbolista hábitos profesionales: el jugador aprendía a vestir, a comer, a charlar; estar a cargo de su propio canasto era hacerse cargo de sus responsabilidades. Don Miguel, que ante todo se define como un formador, quería preparar a la persona para la vida, dentro o fuera del fútbol. También, pensaba, así se criaban mejores jugadores: responsables, sólidos, sanos.

"Nuestra materia prima, el futbolista, generalmente no está preparado para absorber correctamente la situación social que le suele provocar el deporte. Dinero, bienestar, relaciones, es la otra faz de esta moneda cara que da el triunfo, pero que nos obliga a nosotros, los técnicos, a integrar a ese muchacho para que reciba sus ascensos sin traumas y pueda adaptarse sin problemas a ese nuevo ritmo de vida. Yo estoy convencido de eso y en virtud de ello, conjuntamente con mis colaboradores, intentamos constituir grupos humanos aptos, para que además de jugar buen fútbol sean, individualmente, hombres útiles a la sociedad. Rompemos de esa forma la imagen grotesca de lo que se supone es un jugador de fútbol", le decía Ignomiriello a El Día en 1965.

Hacerlos concentrar fue parte de esa misión por la profesionalización de la conducta del jugador: la Tercera concentraba un día antes de los partidos, en un momento donde "las divisiones inferiores no concentraban en ningún lado. Incluso, las concentraciones para muchos equipos de Primera eran relativas", recuerda Zuccarelli. Pero "había que habituar al jugador a no estar con su familia, con su mamá, con sus hermanos, para cuando subieran a Primera", explica Don Miguel.

Las concentraciones tenían lugar habitualmente en el Hotel Provincial de 8 y 50, y en el restorán Abraham aprovechaba para brindar sus lecciones sobre cómo comer y comportarse. Pero, en ocasiones especiales, Don Miguel los hacía concentrar en Chascomús, lejos del ruido y las distracciones. Y, preocupado, hablaba antes con los hoteles para que las habitaciones de los jugadores no estuvieran cerca del ascensor. "Los partidos eran a la mañana, y el jugador tiene que levantarse temprano", explica Don Miguel. No podían molestar los ruidos de los demás huéspedes llegando a la noche, "había que tener en cuenta también que no entraran las mucamas al piso, o la enceradora".

Para Chascomús tampoco había plata. Ignomiriello hacía de las suyas para conseguir los colectivos para los traslados. Incluso, recordaba Madero, "varias veces le terminé prestan-

do el auto para concentrar en Chascomús". Reunidos en una reconocida confitería cercana a la Plaza San Martín, un grupo de dirigentes veía el despliegue y se quejaba. "Había resistencia de alguna parte de la dirigencia, porque Miguel no escatimaba en gastos. Los tesoreros decían 'a este Miguel hay que frenarlo'. Lo que pasa es que es algo que no se había hecho hasta el momento", recuerda Koroch.

"El que resiste, no resiste el cambio, resiste cambiar él mismo", opina Miguel. "La resistencia es permanente cuando hay cambio, porque el cambio lleva a la inseguridad al que venía realizando su trabajo de una forma determinada. La duda que lo invade es si va a poder mantener el cargo. Es natural".

"Así que siempre se puso en discusión el trabajo. Me apuntaron desde el momento que llegué, porque no había jugado al fútbol, o porque venía de la institución vecina. Trabajaban en juveniles ex jugadores o personas que querían demostrar que eran hinchas acérrimos de Estudiantes, y entonces señalaban esa procedencia mía: como no había argumentos en contra de mi conducta, o de mi capacidad, utilizaban ese argumento para impedir mi desenvolvimiento en el club. Pero no podían decir 'Miguel no trabaja, es deshonesto', eran todos éxitos. Entonces empezó el argumento de que era costoso. Pero ¿y los resultados? Con el tiempo, quedó claro que no era real que fuera costoso", dice Miguel.

"Yo siempre trabajé con presupuestos autorizados por Comisión Directiva: jamás, en ninguna institución, tomé atribuciones que desbordaran mi rol", sigue Ignomiriello. "Pero hay algo más", agrega: "Yo tomo en cuenta, sobre 48 meses de trabajo, el presupuesto. Cuando dejé la institución, en dos jugadores que traen, gastan el equivalente a lo que gasté en 48 meses de trabajo, con la diferencia de que en mis 48 meses obtuvimos resultados, armamos equipos campeones. Y aún si hubo un desborde económico, cuando se vendieron los jugadores que formamos, Estudiantes ganó: Aguirre Suarez, Echecopar, Malbernat, Pachamé, Flores, Verón, Taberna, Pagnanini, Orife... es innumerable la lista de lo que se vendió".

***

El primer año fue organizarse, arremangarse, conseguir, construir. Para 1964, Estudiantes ya tenía su cancha auxiliar, y allí practicaban todas las divisionales, doble turno, "con la misma intensidad, los mismos entrenamientos, mismos tests que en la divisional superior". Ignomiriello, que manejaba sobre todo de Tercera a Quinta, incluso mezclaba planteles, alternaba los jugadores de las distintas divisionales, dándoles roce a los más chicos. Así, cuando llamaban jugadores a la Primera, subían los de Cuarta y Quinta, ya listos, y la Tercera no se resentía.

Pero el rigor implantado por el nuevo régimen complicaba la vida de muchos muchachos, que empezaban a esa edad a trabajar para ayudar en la casa. No podían hacer doble turno. Apareció entonces la idea de las becas.

"De todas las divisionales, la que debía tener prioridad era el grupo cercano a integrar el plantel profesional. Esa llegada a Primera se podía facilitar si le entregábamos a ese futuro futbolista una compensación que le permitiera abandonar su actividad diaria", explica Ignomiriello. Malbernat, que como todos los nacidos en 1944 cumplía 20 años y comenzaba a entrenar, a veces, con la Primera, había tomado un trabajo en el Hipódromo ante la muerte de su padre. No era el único: Poletti colocaba antenas de televisión, Pachamé era administrativo en un sindicato, Manera trabajaba, Orife ayudaba en un estudio de abogados, Bedogni alternaba en distintos trabajos.

La situación rondaba la cabeza de Ignomiriello cuando se presentó una oportunidad. Había en Estudiantes varios volantes centrales sobresalientes, Madero (todavía jugaba de volante), Pachamé, Mateos, y en el plantel profesional estaba Héctor Zapa, "buen jugador y muy buena persona". Había llegado al club en 1957, jugó casi 200 partidos, pero no tenía lugar: era uno de los jugadores "de nombre" que andaba por la Reserva, y era caro para el club. Don Miguel habló entonces con Mangano. Si el jugador se iba libre a un club menor, le dijo, llegando desde Estudiantes,

por su trayectoria, por el prestigio del club, iba cobrar más que en La Plata. Y el club conseguiría deshacerse de un sueldo elevado, unos 70 mil pesos según recuerda Ignomiriello.

Semanas más tarde, Don Mariano llamó a Don Miguel a su despacho.

- Le hice caso, dejé libre a Zapa-, le dijo.

- Lo felicito-, respondió Ignomiriello. - Y ahora deme los 70 mil.

El dinero ahorrado permitía, cada mes, pagar 14 becas de 5 mil pesos. "Becas, no sueldos", advierte, "porque las becas se ganan y se pierden de acuerdo al comportamiento". Las becas liberaron a algunos jugadores de sus obligaciones. Manera, por ejemplo, pasó su primer año en el club trabajando en Brassovora: de la fábrica corría a Constitución a tomar el tren y llegaba de noche a La Plata, donde lo esperaban Don Miguel y Cancela para entrenarlo a él solo. A veces, recuerda Cancela, "entrenaba con los jugadores de Los Tilos, que yo preparaba por entonces. Y a veces lo esperaba Hugo Mateos, que vivía en Hudson y se quedaba a compartir esos entrenamientos para que Manera no volviera solo en el tren de regreso. Un ejemplo de compañerismo".

"Esto se solucionó con las becas", dice Cancela: las becas permitieron concretar el plan del doble turno y los jugadores pudieron dedicarse de lleno a la actividad. Los obstáculos, sin embargo, seguían apareciendo: con todas las divisionales practicando dos veces por día, y a pesar de un régimen horario estricto para evitar solapamientos (que incluía mandar, cada tanto, a una división a hacer manejo de pelota entre los árboles del Bosque, o alquilar una cancha cercana), en invierno se acababan rápido las horas de luz. A las cinco ya se ponía oscuro, y había que contemplar que las divisiones más chicas, todavía en el colegio, solo podían hacer el segundo turno después de que sonara la campana en la escuela.

Miguel quería que estudiaran, así que comenzó a tejer otro proyecto: iluminar la cancha auxiliar. Una idea ciertamente absurda: de ninguna manera encontraría apoyo entre los dirigentes, mucho menos fondos. Bastante tenían en la sede con la

cancha auxiliar y el resto de las ideas de Ignomiriello. Habría que buscar la manera por fuera del club.

Lo que sigue es un relato aproximado de lo que pudo haber ocurrido para dar luz artificial a la cancha auxiliar, a partir de distintas versiones que se solapan y se contradicen. Los involucrados fueron dos, tal vez tres. El ingeniero Güiscardo, padrino de la Tercera, donó la estructura de las cuatro torres. Las torres en sí las habría aportado Bernasconi, así lo recuerda él mismo. Era secretario municipal; Mangano lo llamó en 1963 para ser parte del club y lo colocó, astuto, en la Comisión de Obras: desde su posición en el municipio, Bernasconi conseguía de todo, descartes de obra pública, algunos materiales, incluso, para el Demo. Allí aparecieron las torres de iluminación.

"Habían dejado de funcionar los tranvías, y había material en la Municipalidad, había columnas, hierros". Había un armado artesanal de las cosas, el club lo construían los socios, "colaborábamos en lo que podíamos, yo estaba todo el día en el club, haciendo lo que pudiera hacer para colaborar", relata Bernasconi, que luego pasaría a la subcomisión de fútbol amateur.

La iluminación de las torres, finalmente, quedó a cuenta de un tío de Malbernat, que tenía una empresa de electricidad. Y colaboraron a sacar las barandas de madera que delimitaban el terreno jugadores de Los Tilos que entrenaba Cancela.

***

"Sin Tercera que Mata no había Manchester", definen varios equipistas de aquel equipo sobre el arribo de Ignomiriello. "Antes de que llegara Miguel, las medias tenían unos agujeros gigantes, no había ropa de entrenamiento, no había zapatillas... Cuando vino Miguel llegamos a la cancha auxiliar, al vestuario del Demo, teníamos un canasto cada uno en la utilería con elementos para el trabajo", agrega Cicora. Ignomiriello daba. También exigía.

"Soy un poco dictador", confiesa. Algunos jugadores suyos, en cambio, dicen que era directamente "un poco cabrón". "Muy estricto, a lo mejor exageradamente", se ríe Zuccarelli. Y aunque luego corrige y dice que "no era arbitraria la disciplina: el que se portaba mal no jugaba porque no respetaba ese orden". Todavía recuerda un sábado en el que viajaban hacia Racing: "Cuando voy a subir al colectivo, Miguel me dice '¿dónde va, mi amigo?'. 'Y... a subir al micro', le respondo. '¿Y usted cree que va a salir con el pelo así, con esas patillas? Son 8.20, salimos 8.30, usted fíjese lo que va a hacer'". Eran los años donde el pelo comenzaba a ser una zona de exploración y toma de posición para los jóvenes. Pero Zuccarelli no dudó, y salió corriendo desde el estadio hacia la pensión: "Me metí en el primer baño que encontré, y no sé cómo me corté las patillas. 8.29 subí al colectivo. 'Ahora sí, ahora sí', me dijo Miguel. Pero le agradezco que haya sido así, me marcó. Llevé todo lo que me enseñó a toda mi vida".

El rigor no era solo con el corte de cabello, claro. Había castigos y multas de 5 mil pesos para los jugadores expulsados (pero también premios por triunfo). Y horarios estrictos para todo: los jugadores llegaban al club y desayunaban (tenían que cambiar un vale, una manera para Ignomiriello de asegurarse que comieran), y después arrancaba el primer turno. Y se entrenaba siempre, incluso si llovía, "sobre todo si llovía", dice "Tinga". "En inferiores, se suspendían los partidos por lluvia. 'Hay que cuidar la cancha', te decían". Pero si llueve, ¿usted come?", lanza Miguel.

Había que aclimatarse, prepararse para jugar en el barro, una circunstancia más de la vida deportiva profesional. Lombardi recuerda un día en que "un partido de la Tercera se suspendió, con Gimnasia, por la lluvia. Miguel nos hizo entrenar igual, alquiló una cancha en el Bosque y jugamos en el barro, bajo la lluvia".

A veces se entrenaba con agua incluso dentro de la pelota: "Las hundíamos en piletas, para que al día siguiente pesaran un poco más, llegaban a un poco más de medio kilo. Eso permitía entrenar las piernas para que, al momento de patear y trabar, tuvieran más potencia", sonríe hoy Don Miguel. Había

otras pelotas. Ignomiriello comenzaba los trabajos con pelotitas de tenis, que manipulaban descalzos. "Queríamos trabajar con la manualidad del pie". Luego venía una pelota de goma, que salta y es difícil de dominar, con zapatilla común: cuando ya se dominó la pelota de goma, se llegaba a la pelota de fútbol.

Ocupaba un lugar importante el trabajo físico, "pero esa preparación tiene que estar respaldada por la especialidad: la práctica de fútbol. La preparación del organismo del futbolista tiene que sumarse, para que el resultado sea positivo, a la práctica intensa de fútbol", afirma Ignomiriello. Así lo había determinado tras conversaciones con Los Profesores, con jugadores uruguayos campeones del Mundial de 1950, con algunos cracks de la época. "Todos, sin excepción, me hacían ver un detalle: hacían cantidad de prácticas de fútbol en la semana".

Jugaban a la pelota todo el tiempo. "Siempre le di importancia a la habilidad de los jugadores, trabajé muchísimo en mejorar la técnica individual y el manejo de balón, porque las conclusiones que yo sacaba sobre los grandes equipos era que en general eran equipos que venían con jugadores con muchísimo fútbol. Todas las grandes delanteras de esa etapa eran, sin excepción, jugadores que se incorporaban a los clubes viniendo del potrero. ¿Quién es el técnico del potrero? No existe. El potrero es donde el jugador desarrolla sus habilidades. Yo decía que había que llevar el potrero al club, hacer mucho fútbol, permanentemente", dice Don Miguel.

Ignomiriello explica que simplemente, aplicaba "lo que había leído y había dialogado: práctica intensa de fútbol. Fútbol, fútbol, fútbol. Hacíamos fútbol tres veces a la semana, 12 por mes: a fin de año superábamos los 120 partidos solo en las prácticas. ¿Por qué hago números? Porque en base a la cantidad y la calidad del trabajo es cuando se mejora". Los planteles, decía, debían tener unos 33 jugadores, para poder conformar tres equipos, A, B y C, en las prácticas: "Juegan A con B 45 minutos, A con C, y B con C, en la preparación. Todos juegan 90. Entonces cuando los necesites, ya los tenés habituados a jugar 90 minutos. No puede practicar 15 minutos un jugador".

Así que se jugaba al fútbol todo el tiempo. Además de los enfrentamientos internos, Ignomiriello organizaba partidos con equipos de Primera de otras categorías ("para que los jóvenes equipistas vayan experimentando la diferencia de contraste y peso con hombres más grandes y mañosos: eran chicos contra hombres", explica Cancela, que recuerda habituales cruces contra Nueva Chicago: como siempre ganaba la Tercera, los de Mataderos pedían revancha). Y, a medida que la Tercera fue causando sensación, comenzaron las invitaciones para jugar en el interior. La Tercera viajaba entre semana, jugaba y de esa manera generaba más recursos.

Más experimentos incluyeron una horca con una pelota, colgada para que los jugadores aprendieran a saltar y a dirigir el cabezazo, hoy común en cualquier trabajo con jóvenes futbolistas. Los muchachos de la Tercera recuerdan todos el frontón: Alberto Zozaya, "Don Padilla", el primer goleador de un campeonato de AFA, le había contado a Ignomiriello que había aprendido a patear y cabecear pegándole contra una pared, así que Ignomiriello mandó a construir un frontón al costado de la cancha auxiliar, rodeado de alambre arriba para que no se perdiera "preciado tiempo" para buscar la pelota. Los jugadores pasaban de dos a cinco minutos pateando, practicaban pegarle de derecha y de zurda. Recuerda José "El Ómnibus" Sagastume, otro elemento de las inferiores que sería goleador de la Quinta campeona de 1966, como, "fuera del horario, nos hacía trabajar con las dos piernas, frontón, con Pelusa Bedogni, nos hacía quedar a patear y patear". "Sin automatización del gesto no hay nada", explicaba Cancela.

Del otro lado del frontón colocó un cajón de arena, recordado por los arqueros, que trabajaban allí fuerza de piernas atajando y revolcándose sin correr riesgo de lesionarse. Donde iba el cajón había basura, y Don Miguel la mandó a correr, "generando despelote, como siempre". Y por allí también instaló Ignomiriello un quincho, para que los jugadores pudieran permanecer en el club después de los entrenamientos, "descansando y consolidando la idea de conjunto y equipo", recuerda Cancela.

Cuenta Santella: "A veces trabajábamos a la mañana, comíamos, y cuando volvíamos a la tarde, no trabajábamos. Hacíamos baño de inmersión y masaje, o nos daban charlas: era más tiempo que tenían al jugador dentro del club".

"Fue un trabajo integral", insiste Santella, y Cancela concuerda: "Un trabajo que comprendió tres valores fundamentales de la condición humana: físico, intelectual y moral. El desarrollo del joven debe efectuarse sin descuidar ninguno de los aspectos que hacen a su crecimiento".

"Cuando uno inicia un trabajo, tiene que ser integral", dice Ignomiriello. "Le dedicamos tiempo a la preparación física y a la práctica de fútbol, pero para poder exigir físicamente la jornada diaria de labor, tengo que tener la seguridad de que ese deportista ha descansado bien y se ha alimentado bien. Es fundamental: generalmente las lesiones deportivas llegan por hombres que trabajan sin conocer el tema en forma integral, sin tomar en cuenta lo global de la preparación".

Don Miguel recorría la ciudad para asegurarse de que le hicieran caso: "Controlaba todo, por ahí estabas un sábado en tu casa, y aparecía Miguel para preguntarte si estabas durmiendo", se ríe Cicora. El club tenía varias pensiones, e Ignomiriello, recuerda Santella, "cada dos por tres pasaba a mirar. Controlaba que cenábamos, las horas de sueño". La tía de Pachamé todavía se acuerda de Ignomiriello, cruzando en tranvía de La Plata a Ensenada para golpearle la puerta y preguntar por el joven Carlos. Las visitas le permitían al entrenador conocer, de paso, las condiciones de vida de sus pupilos: en algunos casos, encontraba casas hacinadas, pobreza. Era difícil que así el jugador comiera bien, durmiera bien: intentaba trasladarlos a otro hogar, los ayudaba con la beca, contrató a dos cocineras. En las vísperas de los partidos todos almorzaban y cenaban juntos, para asegurarse de que todos comieran bien: las concentraciones ayudaban en ese cuidado.

Los días de partido, la Tercera jugaba, en general, a las 11 de la mañana, por lo que muchas veces los equipos salían a la cancha sin comer nada, y almorzaban después. Inconcebible,

pensaba Ignomiriello: son futbolistas sin energía. Así que preparaba un menú, dos horas antes del partido, de unas dos mil calorías, "té o café, miel, jamón crudo, queso y dulce", recuerda Don Miguel. El doble turno colaboraba para que, durante la semana, los jugadores pudieran entrenar con el motor cargado: "Los equipos que trabajaban con mucha intensidad, de corrido hasta el mediodía, se lesionaban. Por eso también decidimos trabajar dos o tres horas, entre diálogo, planificación sobre el partido y actividad física/futbolística a la mañana, para luego dar un descanso, un almuerzo, y seguir otras dos o tres horas más por la tarde", explica. Sumaba horas de trabajo con jugadores enfocados, con energía, y menor riesgo.

El peso, la relación entre el cansancio, la pérdida de la potencia y el rendimiento se volvió una obsesión para Ignomiriello, que comenzó a llevar una balanza a los entrenamientos. "Pesaba a los jugadores cuando empezaba la actividad y cuando terminaba", cuenta. "Y llegué a pesarlos en los intervalos de un encuentro, para ver cuánto perdían los jugadores en 45 minutos de juego".

"Si al pesarlo nos encontrábamos con que un jugador no había recuperado el peso del día anterior, tampoco podíamos exigirle un trabajo intenso", dice Miguel. El tema era particularmente complejo, "no es fácil saber cuál era el peso que debía tener el futbolista": se guiaba por una tabla francesa de moda por entonces que emparejaba alturas y pesos ideales, pero "era solo una guía, imperfecta", recuerda. Lo que de verdad permitía determinar el peso ideal de un jugador era el pesaje permanente: "Los distintos pesos que se iban dando durante la temporada iban dando una noción del peso que tenía que tener el jugador, observando el rendimiento físico en el campo, en las prácticas o en los partidos oficiales".

"Me encontré con jugadores que, tras pesarlos en partidos oficiales, en las prácticas, de local, de visitante, contra distintos rivales, pesaban regularmente 72 kilos, por ejemplo. En ese peso, se encontraba en plenitud. Pero ocurre que si el peso al iniciar el partido era 72 kilos, ¿qué ocurría cuando ese futbolista, por en-

tregarse durante 45 minutos, o por la temperatura, perdía más de un kilo tras un tiempo? Si un jugador cuyo peso ideal era 72 terminaba el primer tiempo pesando 71 kilos, la potencia iba a ser menor en el segundo tiempo", comenta Don Miguel.

Veía cómo los partidos se daban vuelta completamente en los segundos tiempos y sufría. Había practicado boxeo, y pensaba en cómo, mientras más alta la categoría, más bajo el peso de los guantes: en boxeo se tenía en cuenta la relación entre peso y potencia, ¿por qué no en el fútbol? ¿Por qué se aceptaba el "está cansado" que ofrecía como sentido común el fútbol ante un jugador que pierde potencia? Así, "comenzamos a trabajar para que los atacantes netos se alimentaran para llegar al partido con un kilo más, y tuvieran en el segundo tiempo la misma eficiencia que en el primero".

Ignomiriello tomaba nota en una meticulosa tabla. Anotaba todo, no solo el peso: minutos de juego, rendimiento, los goles recibidos y convertidos en cada etapa, expulsiones, lesiones, hasta enfermedades que contraían sus jugadores. "En un partido oficial, en horas donde el sol picaba, porque las Terceras jugaban al mediodía, el sol fuerte del verano hacía que se perdiera más peso: era distinto a jugar a las 11 en invierno. Había que tomar en cuenta el invierno, el verano, y el rival, porque no es lo mismo jugar con un equipo competitivo que con un equipo que va en los últimos lugares", relata. Quedaba anotado, incluso, si la calefacción en el vestuario estaba alta, si el agua salía caliente o fría. Dialogaba con los jugadores para considerar hasta el desgaste sexual. Analizó qué medio de transporte se usaba, la duración de los viajes. Pesaba a los jugadores en los viajes, porque cuando paraban para comer algo, Don Miguel sospechaba que se comía de más. "La balanza me dio la razón: mostraba jugadores con sobrepeso". Todo quedaba consignado para el análisis porque "en un club como Estudiantes no hay margen para errarle".

Empezó a encontrar recurrencias, posibles explicaciones estadísticas a lo que se veía en la cancha, que le permitían analizar por qué el jugador estaba cansado, si había perdido el control de la pelota producto de la fatiga, si por eso lo habían echado, si el

jugador se había lesionado por el agotamiento o el calor. Encontró que el peso de la camiseta transpirada afectaba al cansancio, particularmente en verano y con aquellas camisetas de telas pesadas. "Entrar al segundo tiempo con esa vestimenta implicaba sostener un sobrepeso. El organismo lo va a sentir", explica. Así que introdujo el cambio de camiseta en el segundo tiempo, lo que, claro, no le gustó a la tesorería.

Ya tendrían oportunidad de enojarse aún más por las camisetas. En esa tabla Don Miguel se volvió evidente, objetiva, una sospecha: a las inferiores de Estudiantes le costaba contra los grandes, en particular de visitante. Mandó entonces a comprar camisetas de los rivales importantes, para entrenar la semana previa a los partidos y "que el jugador se acostumbre".

"Recibimos muchas críticas", se ríe Don Miguel. "Uno piensa 'qué pavada'. Pero no era una pavada: interiormente te preparaba para que fuera algo común jugar con River y Boca", agrega Cicora.

"Un día le pregunté a Don Miguel para qué compró esas camisetas: 'Para que se familiaricen, que les hagan 10 goles. Porque en realidad los equipos chicos se achican'", cuenta Santella. "Y tiene razón, yo trabajé en equipos chicos. Él quería prepararnos. Son visiones que creen en la preparación: creen que lo que se prepara, lo que se trabaja, va a dar resultado. En ese tiempo, era una visión nueva, el fútbol todavía tenía una cosa folclórica, muchos técnicos habían jugado en otro fútbol, década del 40".

En todas estas decisiones lo asesoraba un cuerpo médico dedicado a inferiores, más incorporaciones que Ignomiriello había hecho al club. Don Miguel quería un médico que pudiera estar con el plantel. Ante cualquier lesión, los jugadores visitaban la clínica Solari, del deportólogo Juan Solari, así que Ignomiriello comenzó a trabajar con él. El Doctor Solari solía viajar por Europa, y había visitado Milán, había visto las prácticas de Helenio Herrera, director técnico del Inter. Helenio era exigente, le contó a Ignomiriello, pero metódico: tenía un equipo de médicos especializados en la preparación y en el estudio del hombre, para rendir cada vez más físicamente.

H.H. había comenzado a desterrar el pensamiento mágico del fútbol. Pionero, el entrenador argentino fue criticado por ultradefensivo, aunque justo en aquellos primeros años de la década del 60 encontraba también sus primeros admiradores, mientras cosechaba éxitos internacionales: fue campeón de la Copa Intercontinental en 1964 y 1965, con el Inter, las dos veces ante Independiente. "Bambi" Flores recuerda que el partido de Primera, Reserva y Tercera entre Estudiantes e Independiente se postergó durante una de aquellas finales del mundo, y que Don Miguel llevó a sus muchachos a ver al equipo de Helenio.

"El trabajo de Helenio fue un cambio radical en la preparación del futbolista. Para mí, es antes de Helenio y después de Helenio", dice Don Miguel, que intentaba por entonces replicar lo que Solari le contaba que hacía en sus entrenamientos Herrera, como tantos entrenadores empezaron a hacer en aquellos días posteriores a la debacle que fue para Argentina el Mundial de 1958, al que llegó creyendo ser dueño de un fútbol superior y del que se fue rápido, en primera ronda, tras recibir 10 goles en contra, incluyendo una goleada por 6 a 1 ante Checoslovaquia.

Buscando emular el trabajo interdisciplinario de Helenio, Ignomiriello quería a Solari dentro del club, pero el médico tenía una clínica que atender. Allí, sin embargo, Don Miguel encontró a Héctor "Quito" Di María, que se convirtió en el médico del plantel. "Vino y me dijo: 'Quito, tenés que venir a trabajar conmigo'", recuerda Di María. "Pero no tenía tiempo: trabajaba en el hospital Gutiérrez, en la clínica". Ignomiriello lo convenció: "Me dijo que era un ratito: que después del hospital, yo salía a las 11, fuera para el estadio y lo ayudara a organizar el cuerpo médico". Desde ya, era menos que verdad: había mucho trabajo por hacer, "había un consultorio entre comillas, donde estaba el viejo pino en la cancha de 1 y 55, al lado de la intendencia. Ahí había una camilla y nada más. Empezamos a organizar las cosas. Cuando se hizo el Demo, donde se alojaban los chicos, ahí sí ya hicimos un consultorio bien hecho, teníamos fisioterapia, había dos consultorios".

Di María trabajó sin cobrar dos o tres años, y recuerda que después le pagaron un viático. Dejó el Gutiérrez. "Le dedicaba más tiempo al fútbol que a la actividad médica", se ríe.

Un médico abocado tiempo completo a un plantel de inferiores era por entonces algo inusitado, aunque fácil de entender, y tampoco costaba comprender por qué Ignomiriello había contratado para el plantel un kinesiólogo (Jorge Lorenzo), un masajista (Nicolás Más) y un enfermero (Diego Santucci). Más le costó a Don Miguel explicar a los dirigentes por qué incorporó a ese cuerpo médico un pedicuro (Agustín Visconti), un odontólogo (Eduardo Pereyra) y un bioquímico (Adolfo Cacciatore).

"No fue fácil llevar a cabo estas incorporaciones", dice Ignomiriello. "Tenía que estar justificando cada uno de los casos". Lo del pedicuro, por ejemplo, para él era obvio. "Si un pianista tiene un cuidado permanente de sus manos, de sus dedos, ¿cómo el futbolista no va a cuidar los pies? Era muy común entonces una infección en el pie por las medias rotas y la transpiración, una uña encarnada, cosas naturales en el hombre que trabaja con los pies. Había que cuidarlo".

Respecto al odontólogo, argumentaba: "Yo recibía una revista de la Universidad Católica de Chile que publicaba notas generales de deporte: en uno de esos artículos afirmaban que aumentaba la posibilidad del desgarro como consecuencia de la infección que representa una caries en el organismo".

Cacciatore, el químico, en tanto, era importante porque "cuando yo veía un bajón físico de un jugador, había que hacerle estudios. No es algo que yo inventé: había leído que Helenio, en Inter, tenía un químico en el cuerpo técnico. Había que hacer estudios del estado del futbolista, muy especialmente de su transpiración".

Por ejemplo, el sudor de Echecopar era motivo de preocupación para Ignomiriello: de gran entrega y largos recorridos, jugando en ese momento de volante derecho, llegaba a perder tres kilos por partido según la tablita. Le comentó esa preocupación a Solari. Y también le contó que había leído que el Mariscal Rommel, durante el sitio de Tobruk, durante la Segunda

Guerra Mundial, le daba sales a los soldados para retener líquidos. Solari prometió estudiarlo. Volvió al tiempo y le aconsejó comprar un producto que se vendía en la farmacia: Litrén, que tenía sales naturales. Así que a las infusiones de la mañana o la tarde empezaron a agregarle Litrén. Echecopar empezó a perder menos peso en los partidos. La bebida isotónica Gatorade, una idea similar, no fue concebida hasta septiembre de 1965.

Los jugadores también tomaban geles energéticos como glucomin. "Se vinculaba con laboratorios para conseguir muestras gratis. Todo se conseguía así, un favor por acá, un préstamo", se acuerda "Bambi". En la oficinita al lado del baño, los jugadores se inyectaban complejos vitamínicos, con las agujas de aquellos tiempos, hoy intimidantes. Muchos jugadores se quejaban. A veces, de la impresión, algunos miembros de la subcomisión de fútbol juvenil que allí paraban se escapaban. Don Miguel consiguió finalmente reemplazar las inyecciones por unos chocolates, pero la compra de los chocolatines sería una de las últimas cosas que haría en aquel paso por Estudiantes.

***

Así es que la Tercera mataba: mataba físicamente, se comía a los rivales, mataba también técnicamente, con más horas de entrenamiento con pelota que el resto, más rigor, con talentos provenientes de todo el país. Pero "el gran cambio fue la mentalidad, la parte psicológica", dice "Bambi" Flores.

"Estudiantes tenía en esa época una actividad importante, un club de fútbol con una intensa actividad social. Pero era un club que a nivel futbolístico estaba devastado: no es exagerado decirlo así. No funcionaba nada. Los vestuarios en malas condiciones, no había agua caliente, la indumentaria era precaria, el campo de juego también, nunca había césped, los arqueros jugaban con rodilleras... Se cumplía con lo que se podía, y Estudiantes navegaba en la intrascendencia. Era un club del in-

terior", dice Cicora. "Un club acostumbrado a la monotonía. No había expectativas de nada", agrega "Bambi".

"Estudiantes venía de una época muy pobre. Los jugadores no tenían orgullo de nada. No había resultados positivos. Jugar con un grande... '¡Uh, jugar con River!' Un drama", recuerda Don Miguel. Buscó cambiar esa cultura. "Jugábamos con Boca", cuenta, "en cancha de Boca, y salimos cada uno con una pelota nueva, marca Pinter, y con los sacos grises, emulando a Los Profesores y a algunos equipos europeos, a los que Cancela había visto vestidos de traje en las revistas. Los jugadores de Boca se dieron vuelta a ver el ingreso de la Tercera, pararon la entrada en calor para ver al equipo caminando en fila india. Nunca habían visto algo así: eso permitía que el jugador se sintiera orgulloso, y que así empezara a ganar desde el vestuario. Se fue preparando al campeón del mundo desde el orgullo".

Don Miguel cuenta que tuvo la idea al leer un libro de psicología donde hablaba del impacto del caminar, el rostro y la vestimenta del entrenador al entrar al vestuario. Por eso, explica Ignomiriello, "tomé en cuenta desde el comienzo la cuestión de la vestimenta: tiene que ser de la mejor calidad posible, planchada, en lo posible, para que el deportista se sintiera orgulloso de la institución a la que pertenecía".

"Un detalle, tal vez", se ríe, aunque las Terceras de 1964 y 1965 ganaron de visitantes en las canchas de San Lorenzo, Independiente y Racing, y golearon dos veces a Boca en casa. "Bambi" reconoce el impacto de la pinta de la Tercera: "Hacía al orgullo: sentís que le podés ganar a todos, te sentís orgulloso de lo tuyo, una forma de acabar con el complejo de inferioridad de los clubes no salidos de Capital Federal. Llegábamos vestidos y teníamos todo nuevo, y los rivales tenían la ropa atada así nomás... Y eso pesaba. ¡Llegábamos con saco! Y después, además, ganabas, eras contundente... Parecíamos de otro planeta para los rivales".

"Además, llegábamos de concentrar, cuando las concentraciones de Primera eran incluso todavía relativas... Ya te iban formando en la profesionalización, en la presencia, en el com-

portamiento, en la pertenencia al club. Y en los elementos: uno jugaba en las inferiores y jugaba con lo que quedaba, con la pelota gastada, hasta que Miguel empezó a hablar de la pulcritud, la presencia, la importancia de tener herramientas. Entonces aparecíamos con equipos nuevos, fútbol nuevo, y los rivales, que eran más improvisados, nos miraban como si llegara Boca, River, Barcelona. Eso dio una plusvalía. Y eso se fue reflejando en resultados y en promociones masivas", agrega "Bambi".

El trabajo obsesivo de Ignomiriello fue creando otra mentalidad. "Una revolución", la define Lombardi. "Se empezó a cambiar la cabeza". El jugador se sentía parte del proyecto. Llegaba a un club donde le enseñaban a alimentarse, a cuidar sus herramientas, a cuidar el físico. Concentraban, tenían charlas. Cada año llegaban decenas de jugadores, había una importante competencia interna, y a la vez muchos eran promocionados a Primera: Estudiantes dejó de comprar tanto, para nutrirse de las inferiores. Entonces, el jugador tenía la responsabilidad de estar a la altura de ese proceso. Quería estar a la altura.

"Marcaban una manera de vivir, para que no cometas desprolijidades que terminan perjudicándote a vos", dice Poletti. Así, recuerdan los integrantes de aquellas divisiones juveniles, se fue forjando un equipo de gente fuerte, "un laboratorio, sí, pero de hombres", como escribió Osvaldo Ardizzone del equipo campeón del mundo.

"A pesar de haber sido un giro de 180° en la conducta, a todos nos cayó bien el cambio. Nos interesó, nos atrapó. Y le pusimos una energía bárbara porque nos gustaba lo que nos pedía Miguel", explica Zuccarelli. "Jugar en un club como Estudiantes de esa manera organizada, sistemática, con todos los controles que fijaba Miguel, con ese sistema tan estricto, a la mayoría nos marcó. Si hablo por lo mío, en lo personal, tengo que decir que Estudiantes de La Plata y fundamentalmente Miguel Ignomiriello me educaron para toda la vida".

"Y cuando digo que nos educó, no hablo solo de lo deportivo", insiste. "Miguel nos educó para la vida, para tomarnos la vida de una manera seria, para ser honestos, para ser responsables,

para dedicarnos con pasión a lo que hacíamos. Nos educó con los horarios, nos educó en la seriedad que había que aplicar en cada entrenamiento".

Sagastume coincide: "Nos exigían estudiar, nos formaban como personas. Nos hizo personas. Había una dirigencia que cuidaba al hombre en la actividad deportiva, no solo era sacarle el jugo del gol o la buena jugada, cuidaba a la persona". Ese es el rol que para Ignomiriello tiene el deporte: "El deporte es fundamental para el futuro de los jóvenes. Trascendental. Si no hay una buena preparación del cuerpo y de la mente, el hombre se marchita: el deporte conforma física y moralmente a las personas".

"Don Miguel es un romántico. Un tipo de otro planeta. Era incomprendido. ¿Qué hace este tipo? El futbolero decía que no había jugado al fútbol", cuenta "Bambi" Flores. "Cuando llegó, hablaba de todo menos de fútbol: fue una lucha titánica, ante la falta de presupuesto, con los dirigentes. Estaba todo el día para persuadirlos... y no entendían, porque no hablaba de fútbol, hablaba de todo menos de fútbol. Hablaba de organización. Y no entendían: era lo que se pregona hoy, el cuidado del jugador, la salud, el rigor en los exámenes médicos. En esa época para jugar firmabas una ficha y listo. Al club le costaba entenderlo. Él luchó contra todo eso y logró jerarquizar al club. Yo me sentí jerarquizado; el jugador de Estudiantes empezó a ser reconocido".

"Miguel le hacía gastar plata al club", sigue Koroch. "Había vitaminas, concentraciones, teníamos que ir de saco y corbata los días de partido, teníamos kinesiólogo, médico permanente... A parte de la dirigencia no le gustaba. En aquel entonces, nadie lo hacía, lo consideraban innecesario. Pero con el tiempo uno se da cuenta que todo eso rinde sus frutos: uno analiza la recompensa que tuvo el club de ese gasto, entre comillas... Entre el año 64 y el 69 produjo unos 50 jugadores de Primera, quizás más, es el único club en producir tantos jugadores profesionales en tan poco tiempo".

Eso intentaba explicar Ignomiriello: su plan de juveniles no era para lograr resultados en inferiores, sino para transformar a la Primera. Cuando llegó, "era un momento de crisis en las juve-

niles, y esa crisis llevó a un decaimiento de la ubicación del equipo de Primera, a la incorporación permanente de jugadores, a la pobreza...". Pero desde que comenzó el trabajo, Estudiantes dejó de traer "aves de paso" y apuestas para nutrirse de sus inferiores. La promoción fue masiva, muchos fueron a otros equipos, contratados gracias a la fama que cobró aquel proceso de inferiores: eran juveniles "acostumbrados a ganar. La mística se empezó a gestar ahí, en esas inferiores", opina "Bambi". "Ese equipo ganador subió masivamente a Primera. Y la mística se terminó de cimentar con los resultados, con los logros".

Las grandes cosas se hacen en la sumatoria de las pequeñas. Y llevan su tiempo, claro. Y mientras tanto, el coro clamaba contra los estrafalarios gastos de Don Miguel. En los momentos más complicados, quien lo sostuvo fue Mariano Mangano.



Enrique "Tinga" Flores, en la redacción de La Gaceta junto a "Pelusa" Bedogni y Hugo Mateos

Enrique “Tinga” Flores

“Ignomiriello te llevaba para adelante: una potencia, una fuerza, un empuje”

Enrique “Tinga” Flores pasó casi toda la vida en Estudiantes: historia viva, trabaja hoy en las infantiles del club al que llegó en 1961. "Antes, las Infantiles eran el campito, la placita, el potrero. Hacíamos desafíos entre barrios, jugábamos el fin de semana”, se ríe “Tinga”, y recuerda que en esos campitos “me he cruzado muchas veces con Carlos Pachamé y el Bocha Flores".

Oriundo de Ensenada, Flores jugaba en la plaza del barrio con Pacha, y “ahí podías hacer lo que querías, nadie te insultaba. Eso te forma la personalidad, el temperamento. Jugás, te amigás con la pelota, con el juego. Jugás con jugadores más grandes. Los chicos ahora no tienen eso tanto: los padres quieren que salga campeón, les enseñan eso, los llenan de presión, que antes no había”, opina “Tinga” hoy, en su rol de formador.

Lo cierto es que en esas canchitas lo vieron y le sugirieron que se probara en el club: llegó en 1961, cuando estaba Juan José “Pichón” Negri, gloria del fútbol argentino, de entrenador. Negri le explicó que estaban en pleno campeonato, “no hay manera de ficharte”. Pero, le dijo, “seguí viniendo que el año que viene te quiero tener acá”.

Así que siguió: empezó a jugar en Séptima, y ya en Quinta, apareció en el club Don Miguel Ignomiriello. “Y a mitad de campeonato me puso en Tercera”, cuenta “Tinga”, titular en la Ter-

cera que mató en 1965. “Fui un bendecido porque me tocó una época de jugadores increíbles. Bueno, campeones del mundo”.

- ¿Cómo eran las cosas antes de la llegada de Don Miguel?

- En esa época, no muchos clubes trabajaban bien en las inferiores. Estudiantes estaba en el nivel que tenían los equipos de media para abajo: jugábamos con Boca, River, San Lorenzo, Vélez, y uno veía la diferencia en la vestimenta, la estructura, en qué llegaban. Estudiantes no tenía eso. El cambio de Don Miguel fue notable. Estudiantes no tenía estructura ordenada, no había vestimenta, no había elementos para trabajar, no había ropa. Todos los clubes eran así. Pero era Estudiantes, uno quería jugar: jugábamos con lo que nos daban. Cuando llegó Miguel tuvo visión: se necesitaban recursos, para viajar, para vestirse, para motivar. Y Miguel nos dio una beca, a algunos, a los que necesitaran. A otros les dio trabajo. Andaba atrás de Mangano, con Carlitos Cancela, para conseguir lo que necesitáramos. Se dio cuenta de que hacía falta generar recursos, para trabajar, para competir, para la vestimenta, los medicamentos, el médico: así que empezó a hacer partidos con equipos de Primera B. Y nosotros le metíamos 6, 7 goles a los equipos de la B. Jugábamos en los entrenamientos contra la Primera de Estudiantes, y Miguel nos incentivaba a jugar con todo, sin lastimar a nadie, desde ya, pero quería que jugáramos con todo. La cancha se llenaba, venían a ver la Tercera y se llenaba la parte de 55, la parte de 57. Entonces, Miguel cobraba entrada: le daría unos pesos a los que venían a jugar, y el resto era para tener recursos. Con eso incorporó médico, pedicuro, compró inyecciones, vitaminas, teníamos revisaciones médicas permanentes... Fue un adelantado, un visionario. Y Miguel te llevaba para adelante: una potencia, una fuerza, un empuje. Y tenía gente que colaboraba mucho. Un trabajador incansable. Nos marcó como jugadores y personas. Nos llevaba a comer al Hotel Provincial; para la época, para muchos sentarse en una mesa así... Y teníamos un socializador que nos enseñaba a usar los cubiertos, hablábamos de las novias, del diálogo con los periodista, de política, él nos indicaba el tono... Fue una educación.

- Don Miguel encontró además un grupo de jugadores especial.

- Sí, él también fue un bendecido, encontró un grupo de jugadores increíbles: Malbernat, Pachamé, Mercerat, "Bocha" Flores, Juan Ramón Verón. Y haciendo algunas incorporaciones, amalgamó un grupo humano sensacional: la amistad sigue hasta hoy. Estudiantes, en la Primera, no andaba bien, había jugadores que quizás no estaban al nivel. Y se conjugó entonces ese grupo de Primera que no andaba bien, y nosotros, que estábamos en línea ascendente, con hambre de éxito, de llegar a jugar. Pero Don Miguel también fue un gran descubridor de jugadores. Y tenía gente de todos lados que le acercaba chicos. Alguno se le escapó, pero los que trabajamos en esto estamos expuestos a eso.

- Muchos también recuerdan que aumentó mucho el volumen de los entrenamientos, de la mano del profe Cancela.

- Don Miguel trajo el doble turno, cuando antes se entrenaba poco, tres o cuatro veces por semana. Cuando empezó con el doble turno pensamos 'está loco este hombre'. Pasábamos el día en el club, a la mañana nos traía a desayunar nueces, jamón crudo, queso, banana, miel, café con leche, un desayuno balanceado, que había estudiado. Después hacíamos una hora de recreación y al Bosque, al primer turno. Después, nos hacía saltar la soga, pesas, llevar jugadores a caballito por la tribuna del estadio... Y el frontón: nos hacía pegarle de derecha, de izquierda, de punta, externo, interno, tac, tac, tac.

- Usted estuvo en las dos Terceras, la subcampeona del 64, con varios jugadores campeones del mundo, y la que campeonó en 1965. ¿Cuál fue la verdadera Tercera que mata?

- La del 64 fue la original, ya llevaba gente, y ganaba y ganaba, y se fue formando una confianza. Atrás mío estaba Pachamé, Aguirre Suárez, Poletti, ¿cómo nos iban a hacer goles? Y adelante estaba Verón, "Bocha". A "Pelusa" le dabas la pelota y que encare. Eso te generaba confianza, entregabas la pelota

con tranquilidad. Nos empezaron a invitar del interior a jugar, jugábamos con equipos de gente grande: antes por ahí era más redituable para el jugador grande, que había jugado en Estudiantes o en Gimnasia, irse a jugar a Tres Arroyos, a Bahía, a los pueblos que pagaban por partido. La Tercera iba para allá y de esa manera generaba recursos. Con esa plata Miguel compró ropa, entrábamos a la cancha con saco, una locura. "Nada de entrar corriendo", decía. "Vamos a entrar caminando. Y que salga primero el contrario". Para que nos vieran. Para que nos esperen. Generaba expectativa: "¿Quiénes son estos que tienen tanto misterio?" No ganamos en 1964 por ese partido con Central, para el que nos concentramos antes, y no sé si eso fue bueno. Y con lo que nos dijo en la charla, Miguel nos obligó a ganar, nos presionó. Yo entiendo que te quieren motivar con la arenga. Pero si uno no se prepara en la semana... Central, igual, tenía un equipazo.

- ¿Cómo fue la Tercera del 65?

- Se mantuvieron algunos jugadores clave. "Pacha" jugó bastante, Aguirre Suárez, teníamos a Bedogni, Manera jugó casi todo el año. Mantuvo una estructura, pero hubo incorporaciones, porque muchos iban pasando a Primera. Salimos campeones sin Verón, sin "Bocha". Pero teníamos a Mercerat, a Mateos, fue apareciendo Echecopar, se sumaron Orife, Cremasco, Zibecchi, De Marta, jugadores que fueron importantísimos. Y siguió esa forma de trabajo. La gente nos acompañaba a todos lados. Íbamos a jugar a San Lorenzo y parecíamos la Primera. Una vez fuimos a jugar a River, salíamos con traje. Nos concentramos en Chascomús, concentramos antes que la Primera. Fuimos a River, nos dijeron que entremos por un lugar, por el costado, pero Miguel discutió y nos hizo entrar por la confitería de River, por el hall principal. Había gente, todo. Y entramos a la cancha por ahí. Salimos con el pecho inflado: "Qué nos van a ganar". Tenía esos arranques Miguel, tenía personalidad.





Don Mariano con los terceristas: arriba, tras la consagración de 1965, junto a Rubén Lachaise; abajo, en la reanudación de los entrenamientos en 1966

Don Mariano

4

"Don Mariano tenía una virtud: sabía escuchar", repite una y otra vez Ignomiriello. "No es común en los presidentes del fútbol argentino escuchar. Generalmente toman determinaciones por influencias o por cuestiones personales, que hacen que todo lo que uno hable finalmente no se cumpla".

Pero "Don Mariano escuchaba". Había escuchado atentamente a Ignomiriello ya en aquella primera reunión, cuando lo fueron a buscar a su casa en 1963. Recordaba Fernando Urruchúa, presente aquel día: "Estudiantes era un quilombo bárbaro y Don Miguel enfocó el problema: dijo en esa reunión que esto se iba a hacer en tres años, que había que salir a buscar jugadores, descartar otros. Mangano entendió rápidamente, era un gran empresario, estaba acostumbrado a manejar mucha gente, a comprar, vender, y entendió lo que proponía rápidamente".

Y escuchó cuando Ignomiriello, en el verano de 1964, explicó su plan: había que aprovechar la suspensión de los descensos para invertir en las divisiones inferiores. Para la Primera no había riesgo, y cuando volvieran los descensos Estudiantes podría tener un equipo de chicos de la casa con roce profesional. Don Mariano accedió, y "comenzamos a trabajar en ese plan de mediano plazo".

Porteño de nacimiento pero radicado en La Plata desde los dos años, la vida de Don Mariano Mangano fue la construcción: su padre, siciliano, era un albañil. Legó a Don Mariano la cultura del esfuerzo, como tantos inmigrantes que llegaron al país

en busca de una vida mejor, y lo llevó a trabajar a las obras. Estudiaba de noche, y, a los 21 años, se recibió de maestro mayor de obras. Poco tiempo después pudo armar su propia empresa constructora que, más adelante, con nuevos socios, se convertiría en la empresa Cardini-Massi-Mangano, que le brindó a Don Mariano prestigio y bienestar económico.

Entre las distintas obras realizadas por la constructora de Don Mariano Mangano se encuentra la Casa Curutchet, diseñada por Le Corbusier, declarada patrimonio mundial cultural de la Unesco y única en América latina dibujada por el arquitecto suizo, uno de los tres padres de la arquitectura racionalista: una arquitectura fundamentada en la razón, basada en formas geométricas simples y materiales de orden industrial, que renunciaba a la ornamentación excesiva para favorecer un diseño sencillo y funcional. Una teoría que bien podría ser usada para describir la arquitectura futbolística del equipo campeón del mundo que presidió Mangano.

***

Mangano se hizo hincha de Estudiantes por un tal Rodríguez, amigo de la familia: la primera vez que fue a la cancha, pidió plata para ir al cine y en lugar de ver una película se acercó hasta el estadio de 1 y 55. Luego se haría socio, el 13 de junio de 1940, y comenzó lentamente a meterse en la vida institucional del club. Fue vocal en 1955 y tesorero en 1957, en la presidencia de César Ferri, y protesorero un año más tarde, en la presidencia de Víctor Sautel, camino a su primera candidatura como presidente; en 1960, Mangano fue elegido para tomar posesión del máximo cargo dirigencial del club, que ejerció hasta su muerte, el 9 de diciembre de 1970.

Mangano llevó su afán constructor al club, particularmente con una obra visionaria: el Country Club de City Bell. Cuando el equipo de Zubeldía ganaba y ganaba, Don Mariano comenzó

a planificar la creación de un predio para la preparación de los futbolistas, que incluyera un espacio habitacional para las concentraciones, además de lugar para que los asociados pudieran realizar múltiples actividades: un hábitat para el laboratorio de Don Osvaldo y para la recreación de la familia pincha, que permitiera un crecimiento deportivo y también social.

Primero, Mangano pensó en usar un terreno costero en la localidad de Punta Lara, tierras fiscales que Anselmo Marini, gobernador de entonces y socio vitalicio, le había donado al club. El predio fue alambrado e iluminado, e incluso lució en su entrada un cartel: "Estudiantes de La Plata. Futuro complejo deportivo y náutico". Pero los estudios técnicos fueron contundentes: eran terrenos muy bajos y el relleno significaba un gasto altísimo.

Entonces, apareció City Bell: un hincha, el escribano Néstor Gómez, invitó a Mario Martínez, tesorero del club y mano derecha de Mangano, al predio de aproximadamente 45 hectáreas conocidas como "el Ombú de los Larreta de City Bell". Un lugar que impactó primero a Martínez, y luego a Mangano.

La posibilidad de comprarlo era sin embargo prácticamente nula. Se reunieron con el resto de la Comisión Directiva y empezaron a elaborar alternativas financieras, pero ninguna estaba al alcance: el costo de los terrenos excedía largamente las posibilidades del club. Sin embargo, a Mangano la idea ya le había entrado y se había convertido en una obsesión. Consultó entonces a su amigo y presidente de Boca, Alberto J. Armando, cómo había construido la Ciudad Deportiva de Boca, y este le señaló a la empresa "Promociones Deportivas Sociales S.A.", presidida un búlgaro nacionalizado brasileño, Myrko Mayeroff, que lo convenció de la viabilidad del proyecto. Así, a fines de 1967, la empresa y Estudiantes firmaron un contrato para emitir y vender "títulos patrimoniales". El 6 de diciembre de ese año, la Comisión Directiva votó una resolución que disponía utilizar el 80% de los ingresos por la venta de títulos para la compra del predio y las obras; y el 20% restante a la administración y pago del canon a la empresa. La

idea fue un éxito en la ciudad. Estudiantes pasó a tener 73.000 socios: gracias a ese "socio patrimonial" se compró el predio.

Mangano fue por más. Decidió la adquisición de 40 hectáreas lindantes, para las que hipotecó su propio patrimonio, y comenzaron las obras: en el terreno donde solo estaba la casona que alojaría a los jugadores se construyeron canchas de diversos deportes, frontones, parrillas, y, claro, la pileta, gigante, en forma de "Y". Y, más adelante, un predio de golf: "Cuando decidieron hacer el golf, vino Roberto De Vicenzo y empezó a tirar pelotas. Estaban todos los directivos", recordaba Ruben Koroch.

Las obras siguieron: el año próximo, 1968, se lanzó un disco para promocionar al "socio patrimonial", en un intento por sumar más asociados y transformar también la sede social en el "Palacio de los Deportes". Piscinas de invierno, baños turcos, bowlings automáticos, judo, escuela de danzas, peluquerías, biblioteca, discotecas, salas de conferencias, cine, teatro, cursos de arte culinario, música y otros espacios de interés para jóvenes y adultos y también departamentos para viviendas, todo lo cual conformaría un verdadero y gigantesco escenario céntrico de las actividades sociales, culturales y deportivas de la institución.

El proyecto no se pudo concretar del todo, pero acompañaba la visión de Mangano: "Hemos edificado un cuadro campeón, ahora debemos seguir levantando un club entero", dijo por entonces. Esa misión de capitalizar a la institución lo llevó a ampliar su esfera de influencia más allá de la ciudad: los simpatizantes del equipo aumentaban a medida que Estudiantes ganaba, y Mangano, que viajaba habitualmente a Buenos Aires por cuestiones dirigenciales, pensó en instalar un espacio de atención pincha en la capital del país. Compró un coqueto departamento de dos pisos en el centro de la ciudad de Buenos Aires, que todavía hoy es la filial porteña de Estudiantes, ubicada en Paraguay 794, a cuadras del Teatro Colón. Cuando Mangano vio el departamento quedó encantado y dejó su auto, en el que había llegado desde La Plata, como seña para reservar el inmueble. Volvió a su casa en tren.

***

Quizás por ese afán de edificar sintió afinidad por Ignomiriello y sus ambiciosos planes para potenciar el fútbol de juveniles. Don Mariano se convirtió, en la cruzada por cambiar el club, "en su gran amigo, su gran aliado", recuerda Di María, médico del plantel de aquella Tercera.

"Mangano fue un tipo de enorme lucidez. En cualquier club, en esa época, un tipo como Miguel iba a pedir cosas para los jugadores de Tercera y te echaban. No es que no te daban nada, te echaban. Pero Mangano entendía. Fue un cambio genial", dice Osvaldo Papaleo, que siguió aquellos años de transformaciones de cerca, como periodista de El Día.

A veces decía que no. Pero casi siempre era sí: si Miguel pedía vitaminas, refuerzos, una cancha auxiliar, un químico, concentraciones para la Tercera, Don Mariano aprobaba ante la mirada atónita del resto de los dirigentes, que consideraban el experimento un despilfarro. Lo mismo con Zubeldía, que apenas llegó pidió 40 pelotas nuevas para entrenar.

"Hubo un presidente providencial que dijo que sí: el normal del dirigente no entendía eso. El fútbol venía muy atrasado, había pasado el Mundial del 58, el del 62, dos catástrofes... El fútbol argentino estaba fuera de época. Y en ese momento irrumpe esta generación con otra mentalidad también desde los dirigentes. La resistencia de Estudiantes fue la apelación a la inteligencia", recuerda Papaleo.

"Mangano confió mucho en Miguel", recuerda Koroch. Y señala una virtud de Don Mariano: "Sabía delegar, confiaba en los que lo rodeaban". Necesitaba un equipo para concretar su sueño: él sabía de construcción, de negocios, pero quería un club "con fútbol, no un club de fútbol, integralmente deportivo, social y cultural", y para construir esa visión precisaba colaboradores, conocedores de diversas áreas y actividades. Así, armó equipo: Mario Martínez fue su ladero, su segundo; Rubén Lachaise, que había llegado al club de la mano de Don Miguel, se convirtió lue-

go en secretario de fútbol y viajó a Manchester con el plantel. Aquellos hombres, recuerdan quienes los frecuentaron, dejaron todo por el club, "su novia era Estudiantes". Y había más nombres: Horacio Ringuelet, Ángel Nanfito, Héctor Croce.

Mario Martínez recordó en una entrevista al diario El Día: "Él quería a Estudiantes en lo más alto. En el período que fue presidente del club hubo cuarenta actividades deportivas y siempre fomentó la creación de nuevos dirigentes. Siempre tenía tiempo para hablar con los representantes de las distintas subcomisiones. Creo que si estuviera vivo seguiría siendo el presidente de Estudiantes".

***

Mangano fue un aglutinador. Abrió las puertas del club a quien quisiera colaborar y amplió la visión de la institución. El testimonio más claro de su éxito lo aporta un número: durante su presidencia, Estudiantes pasó de ser un club con unos 3 mil socios activos a una institución que superaba los 70 mil socios.

Pero todo estuvo a punto de no ocurrir: a fines de 1964, luego de otra campaña futbolística decepcionante (Estudiantes había terminado decimocuarto de 16 equipos, pero se habían anulado los descensos), hubo elecciones.

En los días previos a los comicios, Mangano rescataba de su gestión un superávit de casi 7 millones, logrado mientras en paralelo había hecho crecer al club, con obras por 14 millones que habían llevado la masa societaria a 23 mil socios.

Pero aunque Mangano destacaba los cambios en el fútbol juvenil, el presente del fútbol profesional le dolía. Del otro lado, aprovechando el torcido andar de la Primera desde el inicio de la presidencia de Mangano, el Ingeniero Néstor Eliggi, su contrincante en la contienda electoral, decía a los medios que el fútbol era la prioridad número 1 y que la jerarquía de Estudiantes "no se ha cuidado, el presente no hace honor a la tradición".

A Eliggi lo acompañaban en la campaña y en diversos anuncios publicados en la previa de la votación emblemas como "Nolo" Ferreira y Alberto Zozaya (que habían perdido su lugar en inferiores antes de la llegada de Ignomiriello), Gabriel Ogando, Jorge Calandra y más.

Finalmente, el 26 de diciembre de 1964, se impuso Don Mariano Mangano con 1456 votos contra 1330. ¿Cuántos de esos 126 votos de diferencia, claves en la historia de Estudiantes, los habrán aportado hinchas que, durante aquel año, habían empezado a poblar la tribuna los domingos a la mañana para ver a la Tercera comandada por Ignomiriello, que causaba sensación y goleaba donde jugaba?



Mario Gabriel "Bambi" Flores, a la izquierda, arquero en la Tercera de 1966. El equipo de la foto venció a Gimnasia por 5 a 2

Gabriel “Bambi” Flores

“Miguel Ignomiriello es el padre de la mística”

“Antes, poco. Después, todo”, suele decir del trabajo de Miguel Ignomiriello en Estudiantes Gabriel “Bambi” Flores, que llegó a Estudiantes “cuando nací”. “Mi familia”, cuenta el arquero que viajó a Old Trafford en 1968 y que fue suplente en la Tercera que Mata de 1965, “estaba ligada al club, iba a la Sede de chico, hicimos todas las disciplinas deportivas: natación, voley, tenis... Soy un hijo del club, de lo cual me siento orgulloso”.

El fútbol apareció de chico, pero jugó primero en clubes sociales, que “eran el centro del barrio”: de allí, clubes como Estudiantes reclutaban jugadores cuando llegaban a edad de juveniles. “Tuve un buen torneo en mi club y me llamaron de un equipo de barrio importante, que además estaba vinculado a Estudiantes. Jugar ahí te daba acceso a entrar a las juveniles de Estudiantes. Y así llegué”, cuenta.

Empezó en Novena, pero “ya en Séptima era suplente de la Tercera, en algunos partidos”, recuerda. “En Sexta me acomodé, y en Quinta, alternaba Quinta y Tercera, jugaba sábados y domingos. Al siguiente año fui al plantel profesional. A los 23 años, eran otras épocas, dejé. Me di por satisfecho: llegué a jugar 51 partidos. No jugué tanto porque, claro, estaba Poletti; había recorrido el mundo, pero entendí que la vida no era solamente eso, que me tenía que proyectar sobre otras cosas, y me retiré. Pero salir de Estudiantes me prestigió. Me sirvió para la vida, me dio un manejo que me permitió que me fuera muy bien”.

- Usted vivió el club antes y después de la llegada de Ignomiriello. ¿Cómo eran las cosas antes?

- El club tenía una actividad importante, un club de fútbol con una intensa actividad social. Pero a nivel futbolístico estaba devastado: no es exagerado decirlo así. No funcionaba nada. Los vestuarios en malas condiciones, no había agua caliente, la indumentaria era precaria, las medias eran de cartón de lo duras que estaban, el campo de juego también, nunca había césped, los arqueros jugaban con rodilleras... Las inferiores recibían el rezago de la Primera, todo roto, gastado. Se cumplía con lo que se podía, y Estudiantes navegaba en la intrascendencia. Era un club del interior. Cuando llegó Miguel había mucha desorganización. Tuvo que modificar todo. De a poco, con la poca comprensión que había... Porque todos se vanaglorian de las divisiones inferiores, incluso hoy, pero por ahí a los clubes les falta agua caliente, no hay plata para el sanguche... Y él, al llegar, hablaba de todo menos de fútbol: fue una lucha titánica, ante la falta de presupuesto, con los dirigentes. Estaba todo el día para persuadirlos... y no entendían, porque no hablaba de fútbol, hablaba de todo menos de fútbol. Hablaba de organización. Hablaba de nutrición. Trajo un psicólogo. Los de arriba decían 'qué está haciendo este hombre'. No entendían: era lo que se pregona hoy, el cuidado del jugador, la salud, la salud mental, el rigor en los exámenes médicos. Pero en esa época para jugar firmabas una ficha y listo. Hasta en San Lorenzo mandaban el fútbol roto de los partidos de Primera para los partidos de Tercera... En Estudiantes, con cómo le iba a la Primera, no había expectativas de nada. Era sobrevivir. Por eso hablo de refundación: Miguel Ignomiriello fue el refundador de Estudiantes.

- ¿Cuáles fueron los cambios más importantes que trajo Don Miguel?

- Todo, era un trabajo integral. Una cosa de avanzada. Cuando llegué a la Tercera, la Tercera concentraba, cuando las concentraciones de Primera eran incluso todavía relativas... Ya te iban formando en lo que hoy sería "a la europea": en la pro-

fesionalización, en la presencia, en el comportamiento, en la pertenencia al club. Trajo el doble turno. Y trajo elementos: uno jugaba en las inferiores y jugaba con lo que quedaba, con la pelota gastada, hasta que Miguel empezó a hablar de la pulcritud, la presencia, la importancia de tener herramientas. Entonces aparecíamos con equipos nuevos, fútbol nuevo, comprados con aportes de comerciantes, con gente allegada, como se podía, y los rivales, que eran más improvisados, nos miraban como si llegara Boca, River, Barcelona. Eso dio una plusvalía. Teníamos socializador, tomábamos vitaminas, nos hacía comer juntos para que todos comieran bien. Hoy la nutrición es un tema fundamental, pero en ese momento cada uno estaba acostumbrado a hacer lo que quería. Además, Miguel empezó a bregar para que los que llegaban además estudiaran, tuvieran otras inquietudes. Los que estudiábamos éramos resistidos en el mundo del fútbol, en los clubes te hacían elegir entre estudiar o jugar... Hoy se habla de que el que no estudia no juega: me parece bárbaro. Yo lo viví con Miguel Ignomiriello, hizo una tarea de jerarquización de la persona, de educación. Trajo muchos jugadores, además, con delegados en todo el país que recomendaban jugadores. Y cuando llegaba alguien del interior era alojado en pensiones, y pasaban el día en el club, entrenando. Los lazos afectivos eran muy importantes: un chico de 15 años llegaba a la ciudad con la carga de tener que llegar a Primera. Y para los jugadores locales se generó una competencia muy importante: cada fin de año llegaban decenas de jugadores. Así se fue gestando todo: en Estudiantes no había nada, nada trascendente, todo era monótono. El club tenía que apelar a la compra de jugadores cada año, pero el proceso se fue reflejando en resultados y en promociones masivas y Estudiantes dejó de comprar. Y sacar juveniles no es una incubadora, no salen 100 pollitos de cien huevos: la estadística dice que de cien, sale uno... Esas generaciones de juveniles nutrieron el equipo del primer campeonato Metropolitano que ganó Estudiantes. Fueron resultados que quedaron en la historia del club. La mística se empezó a gestar ahí, en esas inferiores. Ese equipo ganador

subió masivamente a Primera. Y la mística se terminó de cimentar con los resultados, con los logros. Miguel es el padre de la mística. Pero al club le costaba entenderlo. Él luchó contra todo eso, y logró jerarquizar al club. Yo me sentí jerarquizado, el jugador de Estudiantes empezó a ser reconocido... Y cuando empezaron los logros, cuando los jugadores empezaron a querer venir a Estudiantes, cambió todo. Porque a Miguel lo miraban con recelo. No había sido jugador de fútbol, y entonces había prejuicio... De hecho, el ciclo terminó porque se quejaban de una compra de unos chocolatines. "¿Cómo va a gastar plata en eso?", le decían. Para Miguel siempre había que comprar ropa, pintar, arreglar, pero así era que los jugadores del rival te miraban, y ya les habías ganado. Él quería esa presencia.

- ¿Qué huella dejó ese ciclo en el club?

- Miguel Ignomiriello fue el refundador de Estudiantes, a la luz de los hechos lo digo. Con unos conceptos que me sorprenden: 50 años después hablan de lo mismo que ese hombre. Hablar de esa época es hablar de hoy: todo lo que se instrumentó en ese entonces es lo que se hace hoy. Miguel Ignomiriello ha sido un adelantado en todos estos métodos que hoy se pregonan y se utilizan para la captación y formación de juveniles. Ha sido un adelantado, y adelantó a Estudiantes: Miguel trajo un método revolucionario, demostró que con la organización se gana. Es increíble la vigencia que tiene: lo que se hace hoy es lo mismo, buenos lugares, buenos equipamientos, la conciencia, la formación intelectual, la educación del jugador. Yo viví esa organización. Estudiantes no tenía nada, y Miguel Ignomiriello cambió todo. Es la historia de Estudiantes. Sin nada. Sin comprar jugadores, como en otros clubes.

- Generó además un "boom" con esa Tercera que Mata. ¿Cómo recuerda el furor que causó ese equipo?

- La Tercera era un acontecimiento: el programa del domingo empezaba con la Tercera, a las 11. Quizás a la hora de la Reserva la gente se iba a la casa, o a comer, y volvía para la Primera. Para nosotros fue bárbaro: iba mucho público, empezábamos a ser conocidos por los hinchas y te acostumbrabas al públi-

co, otro factor que era importante para ser profesional. Fue un equipo tan importante que hacía giras, y ahí reclutaban más jugadores. ¡La Tercera hacía giras! Yo conocí el avión cuando viajamos a Entre Ríos. La Tercera llegó a ser más importante que la Primera. Muchos veían la Tercera y se iban. ¿Cuándo ocurrió eso en la historia? Todo esto se amalgamó con la llegada de Osvaldo Zubeldía, un entrenador de avanzada.Terminó de romper esa chatura que tenía Estudiantes, que estaba más cerca del club social. Y tres años después, estábamos en Europa, nos codeábamos con el mundo. Una revolución.

La Tercera de 1964: Malbernat, Manera, Mateos, Aguirre Suárez, Pachamé, Poletti, "Tinga", Mercerat, Bedogni, "Bocha" y Verón







Celebra la Tercera de Rosario Central: acaba de derrotar a Estudiantes en el partido que definió el torneo

1964

5

En 1964, el primer partido de las Terceras divisiones de AFA se jugó recién el 26 de abril. El verano se había convertido en otoño y los dirigentes del fútbol argentino seguían discutiendo el formato que tendría el torneo: Newell's quería su ascenso, los equipos de Capital Federal querían más peso en la toma de decisiones, los chicos querían suspender los descensos. Todos amenazaban con no jugar: los grandes, incluso, decían que, de no llegar a un acuerdo, abrirían su propia liga. Nada es, al final, verdaderamente nuevo.

Lo cierto es que la pelea se alargó entre reclamos cruzados, asambleas sin quórum y frustraciones. Estudiantes, que había descendido a la segunda categoría tras no poder revertir dos malos años y quedar último en la tabla de los promedios, se enteró que jugaría en Primera en 1964 a fines de febrero. Y el 4 de marzo se oficializó su permanencia, la supresión de los descensos por dos años, el ascenso de Newell's y un supuesto nuevo orden de cosas que, desde ya, no fue tal.

Saúl Ongaro había dejado la dirección técnica de la Primera tras no poder evitar el descenso, y en enero se hizo cargo del equipo Carlos Aldabe; en esos primeros meses de debate, jugó algunos amistosos mientras los equipos esperaban que las cosas se solucionaran, sin gran éxito. "Un Estudiantes fantasmal", escribió, en letra grande, el diario El Día durante aquel verano, tras un cotejo de preparación. "Yo tuve de entrenador a Aldabe y Ongaro. Te daban una pelota, armaban un partido, 'vos más a la izquierda, más a la derecha'", se acuerda Cicora de aquella "época malísima de Estudiantes: era media tabla, o salvarte del descenso".

Bueno, de hecho, no se había salvado del descenso. Aldabe asumió con el equipo, oficialmente, en la segunda división, mientras en AFA Estudiantes jugaba sus cartas en medio del caos para suspender los descensos y quedar en Primera. El club tenía deudas con los jugadores y, hasta entonces, la década del 60 era la peor de su historia en el fútbol profesional: se había salvado de perder la categoría por un gol en 1961 y había finalizado 1963 en puesto de descenso.

No había gran expectativa, entonces, en el presente. Y tampoco demasiada en el porvenir: Ignomiriello se había dedicado en la primera mitad de 1963, su primera temporada en el club, a ordenar, organizar el equipo de trabajo, buscar fondos y herramientas, a probar a los jugadores más grandes. Recién en la segunda mitad, tras una depuración de jugadores y con la estructura más ensamblada, había acelerado la Tercera. Tuvo algunos resultados positivos (cosechó 13 de sus 21 puntos en esa segunda fase), pero la posición era parecida a la de 1962: por debajo de mitad de tabla.

Así, aunque algunos hinchas pedían a los pibes de la Tercera en la Primera (con el correr de los meses empezarían, de a poco, a subir), nadie madrugó ese domingo de abril a la mañana a ver la primera fecha de la Tercera en Parque Patricios frente a Huracán. Salieron a la cancha varios jugadores recién incorporados (Poletti, Santella, Echecopar), ya bastante aclimatados al club gracias a los meses de yapa: "En lugar de empezar a trabajar como el resto de los clubes, que comenzaba en marzo después del Carnaval, empecé a trabajar el 6 de enero. Los jugadores se quejaban, pero cuando llegamos al momento de los torneos, ya teníamos un equipo competitivo, preparado físicamente: sabíamos qué queríamos, cómo íbamos a jugar, en qué puesto se iba a desempeñar cada jugador", relata Don Miguel. Sin fútbol competitivo, organizaba partidos, constantemente. Y aprovechaba los viajes para captar jugadores: en Pergamino encontró a Juan Echecopar, y a fines de enero se jugó un encuentro entre la Tercera de Estudiantes y Tráfico Old Boys de la localidad bonaerense que fue, a la vez, prueba para "Juancito", de 17 años, y despedida de su equipo.

Echecopar estuvo en la primera formación que paró en el torneo de 1964 Ignomiriello, junto a Poletti, Santella, Aguirre Suárez, Mateos, "Ruso" Ferrin, recordado guardián del césped de 1 y 57, Pachamé, Mercerat, "Tinga" Flores, Orife y "Bocha" Flores. "Un equipo con porvenir", lo definiría más adelante Don Miguel. A los nuevos valores se sumaban jóvenes de inferiores como el fino tolosano Hugo Mercerat y Hugo Mateos, que viajaba todos los días desde Hudson: dos al lado de los que "juega un rengo", contaba por entonces Eduardo Cremasco, otro de los que fue parte del plantel de Tercera. Y todos, señalaba Don Miguel, "tienen edad para jugar el año que viene en Tercera, Poletti y Santella tienen edad de Quinta y Enrique Flores y Mateos pueden jugar en Cuarta".

Ante Huracán, en aquella primera fecha, fue victoria 2 a 0 (goles de "Bocha" y Orife), y el inicio de un arranque furioso. Siguieron un 4 a 2 a Ferro (Flores, Verón, doblete de Orife), un empate ante Newell's en Rosario, un 4 a 1 ante Independiente (Mercerat, Bedogni, Verón, Flores), un triunfo en el clásico, de visitantes, por 2 a 1 (Flores y Verón), un 3 a 0 a Boca (dos de Flores y uno de Bedogni), un triunfo ante Atlanta, 2 a 0 ("Tinga", Verón), un empate sin goles ante Chacarita, un 4 a 2 a San Lorenzo (tres de Flores, uno de Verón) y otro 4 a 2, a Vélez, de local (Flores por duplicado, Verón, Avelino).

Para entonces, ya escribían las crónicas que "tempranamente" (las Terceras jugaban a las 11 de la mañana del día del partido de Primera) "se empezaron a poblar los tablones de la cancha estudiantil": el equipo de Ignomiriello, que había empezado a concentrar, llevaba 10 partidos invicto, había convertido 26 goles y recibido solo 8, y era puntero, un punto por encima de River. Deslumbraba la voracidad, también el talento de varios elementos: lo de Flores era simplemente descomunal, y empezaba a entrenar habitualmente en la Primera. Y entre los de arriba, Avelino también entusiasmaba con goles. Le sobraba fútbol para la Tercera, y al parecer también le sobraban años: cuenta la leyenda que el misionero Andrés Avelino se anotó "a caballo", tarde, y que en el documento fi-

guraban un par de años menos que los que tenía. Avelino hizo goles de todos los colores en inferiores, pero luego no pudo trascender en la Primera.

La racha de victorias de la Tercera se cortó hacia fines de julio: Rosario Central, en Rosario, le ganó al equipo de Don Miguel por 1 a 0. Chau invicto. Hola a un impensado némesis: el River de Onega y el San Lorenzo donde jugaba alguno de los futuros Matadores parecían los rivales a vencer, pero el Canalla avisaba.

El equipo que se creía invulnerable era vulnerado, y la confianza flaqueó tras aquella derrota: desde allí hilvanó una seguidilla de cuatro partidos sin triunfos. Perdió 3 a 0, de local, con Racing, rescató un épico empate ante River (de 0-2, a 15 del final, a 2-2, en un partido que terminó con Aguirre Suárez expulsado, agresiones y la furia de un nutrido público por un penal no sancionado), y otro empate en 2, ante Banfield, aunque este después de ir arriba 2 a 0.

"Nos falta un poco de confianza. Adaptarnos a jugar como punteros. Somos tan candidatos al título como los mejores", decía Pachamé durante esa racha. De los golpes se aprende, y la Tercera rebotó con tres triunfos resonantes, ante Argentinos, Huracán y Ferro: 8 goles a favor, ninguno en contra.

Y eso que varios jugadores clave de la Tercera empezaban a subir a Primera, a entrenar en la semana con los profesionales. Malbernat tuvo sus primeras titularidades, a Poletti lo llamaban, a Pachamé, a Bedogni, a Verón también. Aldabe puso al espectacular "Bocha" Flores, que se floreaba en la Tercera, pero lo bajó enseguida. Y Don Miguel se enojó.

"Cuando me pidió a 'Bocha', aunque nosotros estábamos peleando el campeonato, le dije a Aldabe que no había problema: yo trabajo para la Primera. Pero le pedí que intentara no subir a los jugadores a Primera, y si el resultado no se daba, bajarlos de nuevo. Uno va motivando al jugador para debutar en Primera. Pero si el jugador debuta, con el nerviosismo de debutar, y además tiene que cambiar el resultado, no corresponde, después cuesta reconstruir la confianza del jugador. Cuando uno excluye a un jugador tras un resultado adverso, está culpando

al jugador de la derrota, y no a sí mismo. Y la culpa la tiene él: el técnico es como el capitán de un barco, si el barco se hunde el capitán se tiene que hundir con él", explica.

Pero Aldabe hizo justamente lo contrario, lo que llevó a Don Miguel a decirle que no le pida más jugadores, "porque vos no los aguantás: yo no te puedo dar un jugador que lo vengo trabajando con la esperanza de que suba a Primera, y a la primera de cambio vos lo excluís".

Recurrir a la Tercera, de todos modos, era lógico: la Primera ganaba uno y perdía dos, y merodeaba la parte baja de la tabla, otra vez. Madero y Juan Carlos Biagioli organizaban conferencias de prensa para desmentir "escenas de pugilato" en el vestuario. "Catástrofe que ya no sorprende", titulaba El Día ante una sonora derrota de local ante San Lorenzo. Ese día, la Tercera, ante una tribuna poblada de hinchas, a mediodía, despachaba 3 a 1 al equipo de Boedo y lo dejaba atrás en la tabla de posiciones: el equipo de Ignomiriello entusiasmaba tanto que cada vez más hinchas se daban cita los domingos a las 11 de la mañana, tempranísimo, para ver a la Tercera. Cicora, que ya jugaba en la Reserva, recuerda que quedó inaugurada una costumbre aquella temporada: "El público veía a la Tercera, se iba en la Reserva a la casa y volvía en la Primera. En Reserva no quedaba vacía la cancha pero... te dabas cuenta", se ríe.

En la tribuna estaba Humberto Zuccarelli, que ya era jugador en las juveniles de Ignomiriello. Tenía 16 años: de Séptima a Cuarta se jugaba los sábados, así que Zuccarelli tenía el domingo libre, y recuerda ir con su padre a la tribuna de 55, "del medio a la derecha", tempranito para ver a esa Tercera. "Después salíamos a comer o volvíamos a casa mientras jugaba la Reserva. Y volvíamos para la Primera. Eso lo hacíamos todos los hinchas de Estudiantes. Algunos por ahí no volvían directamente". El equipo de Aldabe, aquella penosa Primera, fue en aquel 1964 duodécimo en la tabla de recaudaciones, sobre 16 equipos.

Aquella Tercera que encendía la siempre peligrosa llama de la ilusión tampoco llenaba la cancha, no todavía, recuerda Félix Campodónico, hincha, que estuvo ahí. "No era un boom tan

grande, Estudiantes era muy chico, había tres mil socios. Y fue un proceso, fue creciendo, fue creciendo. Esa Tercera nos atrapó, eran virtuosos. Era un equipo extraordinario".

Jugaba sencillo, cuenta "Quito" Di María, el médico: 433 con "inside", nuestro interior, y wines, un sistema táctico simple, "que hacía hincapié sobre todo en los laterales. Laterales que iban y venían". La diferencia, abrumadora, recuerda "Bambi" Flores, la hacía "desde lo físico: te comía".

A menudo se complicaban los partidos (es fútbol, después de todo), pero al final siempre ganaba la Tercera, y en general hasta goleaba. El doble turno, la balanza, las vitaminas, las horas de entrenamiento de ventaja sobre sus rivales daban resultados, sobre todo en los voraces segundos tiempos de la Tercera: te mataba.

Así pensó el periodista de El Día Carlos María "Pinocho" Areta (también en los diarios empezaba a cobrar relevancia el fenómeno) cuando vio a Estudiantes golear 5 a 2 a Vélez, en noviembre. La Tercera venía de victorias ante Chacarita por 4 a 1, Atlanta por 6 a 0, y ante San Lorenzo, rival directo, e Independiente, ambos por 3 a 1. Ahora, eran 5 a Vélez: Areta se acercó a Don Miguel y le dijo: "Qué equipo suyo, mata". Luego, lo usó en el diario, por primera vez, y así quedó para siempre bautizado aquel equipo como "La Tercera que Mata".

Areta era uno de varios periodistas que empezaron a mirar la Tercera con asombro. Los jugadores comenzaron a salir en los diarios. Allí contaba un Manera todavía sin beca que se entrenaba de noche: salía del trabajo a las 17, en Liniers y viajaba hasta La Plata para preparar el cuerpo. Ya tenía 20 años y había dejado el fútbol un tiempo, por los estudios y la necesidad: Manera era uno de los jugadores que los dirigentes no querían que Miguel incorpore, era grande, descartado por varios equipos. Allí, en los diarios, contaba Poletti que de pibe comenzó como jugador de campo hasta que le tocó ser arquero por emergencia. Allí relataba Malbernat que estudiaba Odontología y que como marcador no se imponía por la violencia, "pero si me golpean a mí, cosa que a veces ocurre, devuelvo la caricia. Respeto y sé hacerme respetar, sin matonadas ni empujones".

El espectacular triunfo ante Vélez que bautizó al equipo dejó a la Tercera compartiendo la punta con Rosario Central: con 38 puntos cada uno, ya se habían cortado de River y San Lorenzo, que miraban desde abajo, a 4 puntos de distancia, con 10 por jugar. Sería mano a mano con los rosarinos. Y la fecha siguiente, Estudiantes recibía a Central.

***

El 8 de noviembre de 1964, salieron a la cancha Poletti, Malbernat, Aguirre Suárez, Mateos y Manera; Echecopar, Pachamé y Mercerat; Avelino, Flores y Verón. Un equipo joven: todos podían seguir en la Tercera al año siguiente. Central, conducido por José María Casullo, alineaba a Daniel Carnevali, que sería arquero de la selección en el Mundial 74; Miguel Ángel Raimondo (campeón del mundo con Independiente); Ricardo "El Gordo" Palma (que había debutado en Primera justamente ante Estudiantes y jugó luego en Gimnasia); el goleador, Héctor Pignani; y el emblemático Aldo Pedro Poy, campeón con el Canalla, en Primera, en 1971, gracias a su legendaria palomita.

Los equipos formaron y se observaron, cada uno a un lado de la cancha, con la mirada seria del que reconoce una cita con el destino: era el gran duelo, "el partido principal de la jornada", como dijo Mercurio, un ninguneo a la Primera de Aldabe. Por eso se acercó el público a 1 y 55 en gran número desde tempranito, con la vianda lista para permanecer en el estadio hasta la tarde.

Por eso también Ignomiriello había llevado a la Tercera a Chascomús, a concentrar, el miércoles. "Concentrábamos los viernes, pero como era un partido importante decidí concentrar desde el miércoles. Llamé al hotel, hice las reservas, preparé el viaje. Alguien le comentó a Don Mariano, así que le tuve que explicar. Él no estaba de acuerdo, pero el hotel ya estaba contratado. 'Si es por un tema económico me lo descuenta del sueldo', le dije", se ríe Don Miguel.

Luego se pone serio: "Evidentemente, al concentrar dos días antes terminé transmitiendo al plantel un nerviosismo que no estaban acostumbrados a recibir. Si durante todo el torneo concentrábamos los viernes, ¿por qué cambio yo? No confié en el proceso. Hasta allí, los resultados eran producto natural de la estricta, profunda preparación. Para ese partido, en cambio, el resultado dejó de ser el producto lógico, y se transformó en el objetivo, agregando nerviosismo a los jugadores".

"Ese cambio fue perjudicial: por inseguridad mía, transmití nerviosismo al plantel", sigue. "Uno intenta no transmitir a los conducidos inseguridad: trata de que todos los partidos sean normales. Pero se le escapa, y el jugador, que es observador al máximo, sabe si el técnico está asustado, nervioso. El jugador lo sabe perfectamente. En un libro muy interesante, un psicólogo analizaba la salida del técnico del vestuario: el paso, la vestimenta, el rostro del técnico, le daba seguridad o inseguridad al plantel".

Fue un partido parejo, de todas maneras. Estudiantes empezó atolondrado, pero se asentó, y llegó en algún pasaje del primer tiempo a abrumar a Carnevali, que aguantaba el cero en el arco canalla. Hasta que no aguantó: tras jugada de Verón, Avelino, figura del partido, convirtió un gol "dado por el juez, aceptado por los forasteros, festejado en casa", escribió Mercurio para El Día. Pero en el corner, el línea agitaba la banderita amarilla, acusando al "Negro" de posición adelantada. Anulado.

Los jugadores enloquecieron y corrieron a increpar al juez de línea. El público, también nervioso, manifestó su descontento lanzando una bomba de estruendo hacia el linesman.

Zuleik Campagnaro, historiador del club, recuerda que al gol anulado se sumó un penal no cobrado. Poletti cuenta que tiempo después encontró al juez, "y me dijo que le habían dado mil dólares para que ganara Central. '¿Ustedes qué me dieron?', me contestó cuando le pregunté por aquel partido".

El gol anulado determinó el rumbo del resto del partido y del campeonato. Estudiantes se enmarañó, jugó con "evidente nerviosismo", como escriben las crónicas de la época, y en la

última de la primera etapa, un remate que iba camino directo a las manos de Poletti se desvió en la inoportuna pierna de Aguirre Suárez. Gol en contra y un 1 a 0 que sería final, y que determinaría los dos puntos de distancia que le permitieron ser campeón a Central. Quizás de allí sacó Eduardo Luján Manera su recordada frase: "Un error es un gol, un gol es un partido y un partido es un campeonato".

Cuando el árbitro marcó el final, el público local aplaudió a los rosarinos. No estaban conformes con la Tercera, que en el segundo tiempo se hundió todavía más en la frustración y no pudo arrimar peligro: al equipo de Don Miguel lo despidieron vitoreando a Avelino, que esa tarde "corrió alucinado, puso pata ardor y vehemencia", pero sin aplausos para "la Tercera querida, culpable de una terrible desilusión". Habían sido, escribió Mercurio, "un eleven sin enjundia para muchos de los 5.000 hinchas que llevaron un sandwich y una esperanza".

La ilusión siempre es peligrosa: también el hincha tenía que aprender a transitar partidos definitorios. "La gente vive muy alborotada. Quiere todo. Y el otro también quiere todo. Hay que tener paciencia, hay que saber esperar", se reía al recordar aquella frustración colectiva Zuleik.

"No sé si fue bueno que nos concentrara antes. Con lo que nos dijo en la charla, nos obligó a ganar", recuerda "Tinga" Flores aquella final anticipada. Cuatro fechas más tarde, Central, que cerró el campeonato con una racha de 17 partidos invicto, sería el campeón, dos puntos arriba de Estudiantes: la Tercera hizo lo suyo, goleando a Racing, Banfield y Argentinos, perdiendo solo un punto en un empate sin goles con River. Pero el Canalla no le dio chances a ese equipo que "con lo que jugaba, era increíble que no fuera campeona", recuerda Lombardi del cuadro que tuvo al goleador del torneo en "Bocha" Flores (29 goles, 10 más que el canalla "Chirola" Pignani, que luego jugó en Gimnasia y se radicó en La Plata).

"Años después", recuerda Campodónico, "Don Miguel me dijo: 'Los presioné mucho. Ese partido lo perdimos porque estábamos muy presionados'. También había presión desde afuera,

de la gente, se había generado gran expectativa". Así también se hacen los campeones, claro, a los golpes: esa formación, subcampeona en 1964, se parecía bastante al que sería campeón del mundo cuatro años después.

***

Aquella Tercera se quedó en la puerta, pero, dice Ignomiriello, "fue la que fue concentrando cantidad masiva de gente: el simpatizante de Estudiantes volvía a creer en el fútbol de Estudiantes, y en el fútbol de juveniles, que siempre nutrió al club. El hincha venía desanimado, había abandonado la concurrencia. El club venía de años sin campañas competitivas. Y ahí comenzó a percibir ilusión, la esperanza de tener un equipo competitivo, que es lo que quería: volver a traer al estadio al hincha, y que vea que en un futuro no lejano iba a tener un equipo que iba a pelear".

Se estaba plantando una semilla de fe. La Primera había quedado anteúltima (los descensos se habían suspendido), también la Reserva, un resabio del plantel profesional, pero en la Tercera había material para creer.

También empezaban a creer los jugadores. "Había Terceras que eran increíbles, la de River, la de Central, la de San Lorenzo: se jugaban partidazos, eran campeonatos larguísimos... pero ganábamos. E iba mucho público, empezábamos a ser conocidos por los hinchas", recuerda "Bambi" Flores. Los chicos "se empezaban a acostumbrar al público, otro factor que era importante para ser profesional. La mística se empezó a gestar ahí, en esas inferiores: ese equipo ganador empezó a subir masivamente a Primera, y a lograr resultados".

"Ese campeonato, entonces, fue un logro", dice Lombardi. "Poder acceder a lo que parecía inaccesible, a pelear un título. Ahí hubo un cambio importante de mentalidad, que se fue trasladando a todas las inferiores, empezaron a salir campeo-

nas distintas categorías. El camino de Miguel quedó muy marcado: cualquier cosa que no fuera parecido a lo que hizo Miguel era imposible en el club".

Varias figuras de la Tercera subcampeona fueron promocionadas al plantel profesional al año siguiente; otras esperaban su turno y todavía con edad para la categoría, marcaban una fecha en el calendario: el debut de la Tercera sería ante Rosario Central. Los pibes de Estudiantes querían revancha, querían ganar. Con ese objetivo, Don Miguel diagramaba el siguiente año cuando lo llamó Mariano Mangano con una pregunta: ¿OZ o VS?

NOMBRES PARA RECORDAR

El marplatense Santella, otro hombre de números con la blusa del Alumni

Correcto y medido en sus modales, de palabra fácil y conceptos claros. Viste con pulcritud y todo en él revela al joven cultivado intelectualmente, que ha logrado equilibrar la pasión por el deporte con las necesidades del espíritu. Es el prototipo del futbolista de esta época, en la que cada día son menos los desaliñados melenudos y los que hablan comiéndose las eses ya casi han desaparecido.

El marplatense Julio Eduardo Santella, nacido el 4 de abril de 1936, flamante estudiante de Ciencias Económicas, es una de las esperanzas del futuro Estudiantes, ese con el que sueñan aquellos que peinan canas y que todavía viven añorando las maravillas de los "profesores" del treinta y tantos. Con sus prometedores 18 años ya es casi un triunfador y eso que todavía no ha podido jugar en el puesto en que dice sentirse más cómodo.

Hijo de un hogar bien equilibrado de la clase media ("Nunca nos faltó nada y todos pudimos estudiar"), no conoció el baldío y sus aficiones por el fútbol debieron siempre luchar contra la oposición paterna. ("Mis dos hermanos mayores jugaban en tercera y me llevaban a la cancha.

Uno de ellos —que estudia Arquitectura, también en La Plata— fue el que más me alentó. Como mis padres no me dejaban, aprovechábamos los domingos con el pretexto de la misa en el colegio religioso donde estudiaba, para darle a la pelota. Si tendré retos encima por la ropa sucia y los zapatos pelados...). De todas maneras, su pasión pudo más y ya a los 14 años empezó en la 5ª de Unión de Mar del Plata, como centromedio. En 1961 fue a 3ª y al final: jugó dos partidos en primera. Volvió a la preliminarista en 1962 durante la rueda inicial y después, otra vez a la categoría principal, ya en forma definitiva.

Al ¿cómo se vinculó a Estudiantes?. Santella no titubea. "A comienzos de este año vine a anotarme en la Facultad y por intermedio del ingeniero Cavallier, a quien conocí en Mar del Plata, logré que me sometieran a una prueba. Quedé a préstamo por un año y creo que no habrá problemas, si es que valgo, por mi pase definitivo. A Unión no le puede interesar un jugador que por mucho tiempo no podrá ser utilizado". Y aquí viene lo interesante, que habla de una ductilidad que puede resultar presagio de un magnífico futuro. Santella era centromedio. ("Me gusta jugar atrasado, pero allá no tenía problemas cuando debía tirarme adelante. Por lo general en el contraataque se abunda del pase lateral y uno no tiene inconvenientes para volver y llegar a tiempo. Acá es distinto"), pero por imperativos circunstanciales debió jugar en la tercera como marcador de punta derecho. Y que lo hizo bien lo dice el hecho de que cumplió tres partidos.



"Me gusta jugar defensivamente. Cuando me voy..."

Después vino Manera, que iba a ser el dueño de la plaza, y volvió a la 5ª, donde se lo ubica cómo 6. Le tocó reaparecer en tercera como entreala derecho, con el Nº 8 en la espalda pero con una misión casi defensiva.

Se tiene fe y sabe cual es su fuerte. ("Me siento más cómodo defensivamente, ya que creo que cuando voy al atsque me embarullo. A mí me gustaría ser más técnico, pero trato de compensar con fogosidad y despliegue físico"). Con sus 71 kilogramos de peso y su estatura de 1,72 se siente fuerte en el juego de alto. Considera que la tercera de Estudiantes será candidata al título y que tiene una defensa brillante ("quizá demasiado buena. Todos son grandes jugadores y con notable técnica, que sobran el partido y empujan demasiado a los delanteros, achicando la cancha. Muchos ya se pasaron..."). Admira a Elchecopar ("un jugador que tiene grandes aptitudes y que estoy seguro va a triunfar") y a Manera entre los jóvenes y a Orlando, entre los consagrados.

Le encanta la música moderna y se entusiasma con el tango de Julio Sosa. También es buen lector y el género de la novela, cuando tiene tiempo, le atrae especialmente.

Santella, en agosto de 1964 en las páginas de El Día, pocos meses después de llegar al club

Julio Santella

“La Tercera no fue una sola división buena, fue un proceso que tuvo continuidad en Primera”

Antes de ser el preparador físico del Vélez y del Boca de Carlos Bianchi, Julio Santella era un pibito correteando en el club Unión de Mar del Plata. Vino a La Plata a anotarse a la facultad, y el Ingeniero Cavaller lo acercó a Estudiantes. Era 1964: Santella tenía 18 años, una edad que muchos seleccionadores considerarían grande para llevar a un jugador a un club de Primera, pero para Ignomiriello la edad no importaba. Pensaba, incluso, que quizás en el interior esos muchachos habían llegado ya a la Primera, y habían competido un par de años con hombres grandes, más fuertes, se habían puesto a prueba.

Así que quedó en Estudiantes, a préstamo, según recuerda el propio Santella. “El club, Unión, se reservaba el derecho de decir ‘si sirve, te lo dejo, pero me das botines, pelotas’, por dos o tres años de préstamo que se renovaba automáticamente”.

Llegó como “5 metedor”, pero ante la sobrepoblación en el puesto lo fueron corriendo al lateral, aunque “yo era chico, quería jugar de 5”. Se encontró en el club con Ignomiriello, “una persona decisiva en la historia de nuestro fútbol, ya que estaba 30 años adelantado a su época, especialmente en la metodología de trabajo, que a mí me marcó muchísimo y fue un primer elemento de formación importante”.

Fue parte de la Tercera que Mata, y campeón de nuevo en Tercera en 1967, como capitán, y compartió plantel con los campeones del mundo. "El propio Zubeldía, que estaba en todos los detalles, sabiendo que me gustaba el tema de la preparación física y como no tenía chances de jugar, me recomendó que dejara el profesorado de La Plata y que vaya al de Buenos Aires. Él mismo hizo la gestión para que me fuera a préstamo a Deportivo Español, que estaba en Primera B. Me instalé en la Capital y ahí comenzó una nueva historia", recuerda Santella. Su camino se volvería a cruzar con Don Miguel: en 1972, lo llevó a trabajar en las inferiores de San Lorenzo.

- Usted fue parte de la Tercera del 64 y de la Tercera del 65. Algunos dicen que la que mató primero fue la del 64.

- La Tercera del 64 ya era La Que Mata. La que le dio el nombre fue esa Tercera, del 64, y la de 1965 es la que sale campeona. Pero el proceso era algo más que el de una división, el de una Tercera. Fue un proceso. Se adelantó mucho a los tiempos, en cuanto a la logística. Yo estuve en un equipo importante en Primera, diez años después, y el utilero tiraba los botines todos juntos. Nosotros teníamos una canasta cada uno: toda la logística que hace a la preparación del futbolistas ya la empezó a marcar Miguel, y siguió con Osvaldo, que también tenía mucha organización. Fue una continuidad. Se acertó con la continuidad de Don Miguel a Osvaldo, que era tácticamente un innovador: él se quedó con un montón de jugadores de la Tercera, la Cuarta, la Quinta. Empezó en 1965, donde de irse al descenso la Primera pasó a un quinto puesto, y en dos años, en 1967, cuando los chicos que iban subiendo ya tenían dos torneos en primera, salen campeones del Metropolitano. Y subcampeones invictos. Y de ahí van a la Copa Libertadores y a la Copa Intercontinental. Ese es el hilo. Fue un proceso que tuvo continuidad, más que un solo torneo. No fue una sola división buena, fue un proceso que tuvo continuidad en Primera. Que era lo que quería Miguel, porque sino se diluye tu trabajo.

- ¿Cuáles piensa, a la distancia, que fueron las claves de esa Tercera que mató y del proceso de inferiores?

- En ese momento, en divisiones inferiores no había una extraordinaria dedicación: era la pasión que le podía meter cada tipo. Había mucha improvisación. Pero Miguel tenía un médico detrás, buscaba información, estaba permanentemente pensando en sacarle el jugo a lo que había. Tenía cosas muy modernas. Teníamos las camisetas de Boca, River, Independiente, Racing: jugábamos en las prácticas con esas camisetas, se las ponía al equipo más débil, entonces la Tercera practicaba contra la camiseta de Boca. Un día le pregunté a Don Miguel para qué compró esas camisetas: "Para que se familiaricen, que les hagan 10 goles. Porque en realidad los equipos chicos se achican". Y tiene razón, yo trabajé en equipos chicos. Él quería prepararnos. Son visiones que creen en la preparación: creen que lo que se prepara, lo que se trabaja, va a dar resultado. En ese tiempo, era una visión nueva, el fútbol todavía tenía una cosa folclórica, muchos técnicos habían jugado en otro fútbol, década del 40: Don Miguel compraba chocolatines vitaminados, compraba camisetas, y entonces decían que gastaba, que esto, que aquello.

- ¿Cómo fue integrar ese equipo?

- Para el jugador juvenil, ya jugar en esa Tercera era un salto, similar a llegar a Primera. Por la organización, la logística: Miguel inauguró la idea de un plantel de Tercera, subía a los mejores de Quinta, de Sexta, a la Tercera. Todos querían jugar en la Tercera. Nosotros trabajábamos a la mañana, comíamos, y cuando volvíamos a la tarde, no trabajábamos, hacíamos baño de inmersión y masaje, o nos daban charlas: era más tiempo que tenían al jugador dentro del club. El club tenía dos o tres pensiones, y cada dos por tres pasaban a mirar, controlaban que cenáramos, las horas de sueño. Marcaban una manera de vivir, para que no cometas desprolijidades que terminan perjudicándote a vos. Te iban preparando para algo importante. Jugar en Primera era importante, pero esto era algo más: en un momento, llamaron un socializador que nos daba clases para comer, clases

de modales, porque Don Miguel pensaba que ese jugador iba a ir a Primera, iba a comer en un hotel importante, porque va a jugar cosas importantes. Estaba pensado que el tipo evolucione: eso no existía. Fue un trabajo integral. Y sacudió al club: veías la cancha llena de gente, las dos tribunas llenas.

- ¿Cómo jugaba la Tercera que Mata?

- Esa Tercera tenía mucho fútbol. En ese momento no se hablaba tanto de presionar, pero ya tenía un vértigo físico. Y tenía grandes jugadores. Pachamé tenía una potencia física, tenía un ida y vuelta brutal. Aguirre Suárez era muy fuerte, uno ha pasado por muchos equipos y no sé si vi un central más rápido en el fútbol argentino. De ese proceso, muy pocos no jugaron en Primera. Sacaron en dos o tres años una bandada, 50 jugadores. En ese momento había buenas terceras, San Lorenzo, Central, River, donde jugaba Onega. Entonces, que viniera un equipo grande y que le ganen, y que lo pasen por arriba, era muy importante para la gente. Por eso iban a ver esa Tercera.

- ¿Qué dejó como legado aquel equipo de Ignomiriello?

- Implicó un cambio de mentalidad, un cambio en las metodologías: por ejemplo, no existía el doble turno. En Argentina no existía, todavía hoy se pelean por el doble turno. Y para nosotros era natural, ese grupo hacía doble turno. Además, la vestimenta, el equipamiento, el seguimiento del jugador, cómo comía: fue todo un proceso. Había un plan de vitaminas que había que cumplir. Fue una historia nueva que se abrió, y que siguió con Zubeldía. Y fue el gran giro del fútbol argentino. Dejaron de ganar los grandes: Estudiantes le abrió la puerta a los chicos.

- ¿Cómo era Zubeldía como entrenador?

- El fútbol argentino sufre en 1958 el desastre del Mundial de Suecia. Y en los primeros años de los 60 aparecen entrenadores con otra visión, más táctica. "Toto" Lorenzo, aparece un equipo como Atlanta, con Moguilevsky y Zubeldía, y sale quinto... Empieza a haber un intento de superar la problemática que llevó a ese fracaso, aparecen otras visiones del fútbol. Zubeldía, cuando llegó, dijo, antes de firmar el contrato: "Ustedes me

tienen que asegurar que va a haber 30 pelotas, una pelota por jugador. Si no, no firmo". Estaba loco. Aparecía Zubeldía con una bolsa de red y veías las 20 pelotas, que en esa época era una locura. Pero tan loco no estaba, tan antifútbol no era: después, si el paladar tuyo se adecúa a otra cosa, es otra historia. Pero jugó Madero de central, un central que jugaba en puntitas de pie. Tenía un lateral como Manera, que atacaba. El equipo de Zubeldía hacía algo que para los demás era chino. Yo fui a ver un partido con Chacarita desde la tribuna, Estudiantes metió el primer gol, y setenta veces en offside quedaron cuando quisieron ir a empatar. En la tribuna se les reían, se lo tomaban en chiste.Muchos no creían en eso. El problema con Estudiantes fue que le mojó la oreja a los equipos grandes: salió tres veces campeón de América. No puede ser un equipo antifútbol y ser tres veces campeón de América.



Don Miguel Ignomiriello, junto a Don Osvaldo Zubeldía y Jorge Kistenmacher, en enero de 1965, tras el arribo del DT al club

1965: un verano bisagra

6

Don Mariano Mangano sabía después de 1964 que el fútbol profesional de Estudiantes necesitaba un profundo volantazo. Bajo las órdenes de Carlos Aldabe, la Primera pincharrata había terminado otra vez en el fondo de la tabla de posiciones, y a él casi lo habían sacado del club en las últimas elecciones: la institución crecía, y su visión de un club con fútbol comenzaba a materializarse, pero el fútbol no podía no funcionar.

Y para que un club de presupuesto modesto escapara a su destino de medianía, sabía Mangano que necesitaba un entrenador que pensara distinto, que esquivara la forma convencional de hacer las cosas, una manera que tenía siempre un mismo final: los clubes de la Capital Federal, con sus billeteras amplias y su peso, terminaban siendo los campeones. Por aquella época, se adjudicaba una frase a Albert Einstein (aunque en realidad parece haber pertenecido a la escritora Rita Mae Brown), que definía: "Locura es hacer las mismas cosas una y otra vez y esperar obtener resultados distintos". Mangano quería dejar de hacer las mismas cosas.

Se acercó a Don Miguel. El trabajo de Aldabe, un tipo de buena madera, estaba terminado. Don Mariano le ofreció a Ignomiriello la dirección técnica de la Primera: todavía no, respondió. Entonces, Mangano le pidió consejo: tenía dos nombres. Una tarde de fin de año, tal vez de principios de enero, en el viejo chalet del estadio, lo llamó a un costado. "¿VS u OZ?", le preguntó, famosamente, utilizando siglas secretas, al parecer, para confundir a las orejas que crecen en las paredes de los clubes. Ignomiriello respondió "OZ".

OZ era Osvaldo Zubeldía. Por entonces, era un entrenador incipiente, que había dado sus primeros pasos como director técnico en Atlanta, junto a Adolfo Mogilevsky, con quien, contó alguna vez Carlos Bilardo, fueron "revolución táctica y física" del fútbol argentino.

En aquel Atlanta empezó a aplicar sus ideas: doble turno, trabajo diario, presión, planificación táctica. En el club de Villa Crespo le fue bien (y en 1962, a cuatro fechas del final del torneo, goleó aquel recordado equipo del Lobo y ayudó a evitar el título del equipo mens sana, algo que seguramente recordaban con cariño en 1 y 57); pero luego, en 1964, tuvo un desembarco fugaz y poco feliz en Vélez Sarsfield. Tenía 37 años, apenas, muchas ideas novedosas sobre cómo jugar al fútbol, y ningún club que lo contratara.

VS, en cambio, era prestigioso y experimentado: era Victorio Spinetto, entrenador emblemático de Vélez y campeón a principios de la década del 60 de la Copa Suecia con un recordado equipo de Atlanta, club donde dirigió al Zubeldía jugador. Spinetto era muy cercano a Ignomiriello, que recuerda que le envió un telegrama cuando en 1959 se hizo cargo del seleccionado en el Sudamericano en el que Argentina se coronó campeón. "Pasado un tiempo", cuenta Don Miguel, "Spinetto me invitó a cenar: abrió un libro que tenía de recuerdos como jugador y como técnico y me enseñó el telegrama".

¿Por qué, entonces, Ignomiriello se inclinó por OZ? "Cuando Don Mariano me pregunta, yo tenía referencias de un muchacho mucho más joven que Victorio: José Maffei, técnico de juveniles que había salido campeón con la Tercera de San Lorenzo del 59, donde jugaba Bilardo, fue a Boca en el 60 y armó un equipo competitivo. En ese momento, Maffei venía a charlar habitualmente conmigo de fútbol", recuerda. "En una de las tardes en que vino a visitarme, José estaba sin trabajar y me contó que estaba reuniéndose una vez por semana con otros entrenadores jóvenes para charlar de planificación, trabajo táctico, físico, técnico".

Esa mesa de algún café bien porteño la componían Zubeldía, su ladero Argentino Geronazzo, Antonio Falduti y Maffei: con

una pizarra, o improvisando sobre papeles y servilletas, analizaban partidos, dibujaban soluciones tácticas, pensaban el fútbol.

"Siempre hay un líder, así que le pregunté a Maffei quién era el conductor. Era Zubeldía: eso me quedó grabado y cuando Don Mariano me preguntó, le respondí 'OZ'".

Lo que decía Ignomiriello se respetaba. Spinetto era la opción con más trayectoria y reconocimiento, pero Don Miguel torció el rumbo trazado. El 10 de enero, El Día publicaba que el reemplazante de Aldabe era Spinetto. Hubo una reunión con el entrenador, incluso, pero dos días después, ya aparecían dirigentes que impulsaban a Zubeldía. El 14 de enero, Osvaldo llegaba a un acuerdo con el club: firmó el 17.

Zubeldía comenzó a trabajar enseguida, al día siguiente, en canchas que alquilaron en el campo de deportes del Colegio Nacional. Miguel se sorprendió al verlo llevar unas quince pelotas en una bolsa, "algo que no era normal: generalmente, en las prácticas de fútbol había una, dos pelotas". Sería la primera de decenas de sorpresas: "Evidentemente, Osvaldo vino con unas ideas bastante distintas de las que se practicaban en ese momento en el fútbol".

Estudiantes "mejoró en todos los aspectos", recordaba Raúl Madero, que estaba en el club antes de Zubeldía. "El equipo pasó a entrenar con lluvia, con barro, y así se fue preparando para el rigor que vendría, para las batallas de América, para los partidos entre semana todas las semanas". Ascendido a Primera ese verano, Poletti se dio cuenta rápidamente en esos duros entrenamientos de que "si de acá no salimos buenos es que no servimos".

"Todavía me acuerdo de la primera práctica", cuenta Cicora. "Arrancamos del club al Colegio Nacional, y Osvaldo llevaba tres bolsas con fútbol, banderines, distintos elementos. Y de ahí, practicamos todas jugadas de partido, se la tiraban larga al lateral y centro, o pasaba el volante... Hasta el offside. Ahora es común, pero eso no se veía en esa época".

El bolso con pelotas había sido condición para firmar. "Zubeldía dijo, antes de firmar el contrato: 'Ustedes me tienen que asegurar que va a haber 30 pelotas, una pelota por jugador. Si no,

no firmo’”, cuenta Julio Santella. “Estaba loco. Aparecía Zubeldía con una bolsa de red y veías las 20 pelotas, que en esa época era una locura. Pero tan loco no estaba, tan antifútbol no era: después, si el paladar tuyo se adecúa a otra cosa, es otra historia. Pero jugó Madero de central, un central que jugaba en puntitas de pie. Tenía un lateral como Manera, que atacaba. Lo que predicaba era practicar. Vos tenés que tener repeticiones. Zubeldía te hacía repetir, repetir, repetir”.

“Era un entrenador de avanzada”, recuerda “Bambi” Flores. “Terminó de romper esa chatura que tenía Estudiantes, que estaba más cerca del club social. Y tres años después, estábamos en Europa, nos codeábamos con el mundo”.

“Una revolución” para un club en “una etapa muy decadente”, recuerda Osvaldo Papaleo. “Esto hay que decirlo, porque si no las cosas no tienen valor. No se construyó sobre una base rica. Fue providencial todo lo que ocurrió, la presencia de Don Miguel, el buen ojo para integrar un equipo competitivo, el rol de Mangano. Y a ellos se sumó Zubeldía, un director técnico perro verde. Los técnicos de la época eran una manguera volada. No entrenaban, los equipos eran muy precarios desde la planificación. Y aparecen estos perros verdes, Zubeldía y Geronazzo, que habían escrito un libro de fútbol cuando nadie escribía un libro de fútbol”.

Los dos venían de Atlanta, otro equipo chico de los que estaba intentando cambiar la desigualdad histórica entre los clubes ricos y los pobres. “Los grandes armaban el show, traían uruguayos, brasileños. Nos usaban de sparring”, sigue Papaleo. “Había que buscar algo que cambie lo que pasaba: el primero que rompió la hegemonía fue Estudiantes. El fútbol de AFA vivía en función del fútbol grande. La selección de los fracasos, la del Mundial 58, era integrada por jugadores de equipos grandes. Todo esto pasó en aquel momento” .

La revolución de Zubeldía tenía cimientos sencillos. Planificación de los partidos, repetición obsesiva en los entrenamientos, doble turno, concentraciones largas, mucho tiempo con pelota, y mucho trabajo físico, de la mano del preparador Jorge Kistenmacher.

Hombre surgido del atletismo, como su hermano, Ernesto, que llegó a ser cuarto en el decatlón de los Juegos Olímpicos de 1948, Kistenmacher llevó el rigor y el método de los entrenamientos de la pista atlética al fútbol. Estudioso, escribió varios libros sobre entrenamiento, y propuso desde su llegada al fútbol de Estudiantes, en 1961, un cambio radical en la manera de entrenar. Pero, como reconoció tiempo después, "el único que me escuchó fue Zubeldía".

Zubeldía y Kistenmacher convirtieron a Estudiantes en "el primer equipo intenso", dice Osvaldo Papaleo. "Ahora se habla mucho de intensidad pero en el 67, 68, nadie corría. Los entrenadores, sin dar nombres, en los entrenamientos tenían una manguera con agua en una mano, un pito en el otro, y dirigían un picado, no hacían nada más".

Después estaba la trampa del offside: Estudiantes comenzó a dejar en posición adelantada, de forma planificada y constante, a sus rivales, y a medida que el éxito de la táctica crecía, que Estudiantes ganaba y sus oponentes se frustraban, empezó a gestarse el mito del "antifútbol". Bilardo contaba que la utilización del fuera de juego la observó Zubeldía como jugador en un amistoso en La Bombonera ante el Norrköping sueco, y anotó el hallazgo. Años más tarde, Don Osvaldo dijo que "creo en la táctica del offside porque aplasta moralmente al adversario. El delantero que cae cinco veces en fuera de juego acaba teniendo miedo de ir al área".

El hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra, y Estudiantes se divertía viendo cómo sus rivales caían en la trampa una y otra vez, sin poder encontrar solución. Santella recuerda haber ido a ver un partido del Estudiantes de Zubeldía desde la tribuna y entender cómo, tras el primer gol de Estudiantes, la cosa estaba terminada: "Cuando quisieron ir a empatar, quedaron setenta veces en offside. En la tribuna se les reían, se lo tomaban en chiste".

"Cuando el que pateaba agachaba la cabeza, pac, dábamos un paso adelante y quedaban cinco tipos adelantados, se cagaban todos de risa. Usábamos palabras para decidir. Por ahí decíamos 'teléfono' y pum, nos adelantábamos todos, los rivales no enten-

día nada", le contó a El Gráfico Juan Ramón Verón, "el jugador más excepcional producido en ese proceso, debe ser la imagen del jugador de más talento que haya tenido Estudiantes", según Ignomiriello.

Juan Ramón empezaba en aquel verano bisagra del 65 a meterse en Primera: cuando se encendía era como si lo atravesara una electricidad misteriosa, tal vez divina. Pero parecía encenderse al azar, con lagunas, y al principio fue resistido tanto que Zubeldía lo cambiaba de punta en el entretiempo para que no quedara de cara a la voraz sección de plateístas de 115.

No resultaron tan azarosos, finalmente, los momentos en que Verón encendía el fuego sagrado: autor del gol más importante de la historia de Estudiantes, aquel cabezazo en Old Trafford que coronó al equipo de Zubeldía campeón del mundo, "La Bruja" estuvo presente en todos los momentos importantes de aquel quinquenio de oro. Marcó la noche mística contra Platense, en semis, y ante Racing, en la final del Metropolitano de 1967. A Racing le metió un mítico gol de chilena en las semifinales de la Libertadores de 1968, y ante Palmeiras, en la final, fue una exhibición: quedan pocas imágenes, pero nadie que la haya visto ha podido olvidar la descomunal apilada para empatar la primera final, que se perdía de locales, a falta de minutos para el cierre ("Bocha" puso el 2 a 1 final, en el minuto 87); Estudiantes perdió en Brasil, sin atenuantes, y en el tercer partido, en uno de los mejores encuentros de la era Zubeldía, Verón marcó el 2 a 0 que trajo la Copa Libertadores a La Plata.

***

El manejo magistral de la pelota parada también fue utilizado como argumento en contra de Estudiantes, al punto de que todavía hoy trabajar jugadas preparadas de pelota quieta es considerado un atentado contra la inspiración en ciertas alas radicales del fútbol. Había diversas jugadas tramadas, pero quizás la más re-

volucionaria fue el córner a pierna cambiada: los tiros de esquina los pateaba en el fútbol argentino el wing de la banda correspondiente, pero Zubeldía entendió que el efecto que le podía imprimir un zurdo a un córner desde la derecha podía favorecer al ataque.

Era tal el manejo de la pelota parada que cuenta la leyenda que los jugadores le avisaban a los hinchas, del otro lado del alambrado pero muy cerquita de la cancha, cuándo iba a ser gol. Madero ratificaba el mito: "Yo me paraba a tirar el tiro libre y de la tribuna me preguntaban: '¿Es gol este?' 'No, este no'. Porque cuando tirábamos el centro al segundo palo cabeceaban las torres del equipo que defendía. Entonces, tirábamos una vez, dos veces al segundo palo. Y al tercero cambiábamos. Y ahí le avisaba a los de la tribuna: 'Ahora sí. Ahora es gol'". El centro iba al primer palo, "Bocha" Flores peinaba, y dos cabezazos en el área, se sabe, es gol. "'Son unos hijos de puta', me gritaban desde la tribuna, 'hacen el gol cuando quieren'. Eso era Osvaldo".

"El equipo de Zubeldía hacía algo que para los demás era chino", se ríe Poletti. Y recuerda que Osvaldo no escondía nada de su laboratorio: "Venían los tipos, periodistas, otros entrenadores, y Zubeldía les explicaba lo que hacía, contaba todo".

Osvaldo también era el que llevaba árbitros para que les explicara el reglamentos (y sus grises), y el que conocía hasta cómo jugaban los equipos de Reserva, según recuerda Enrique Lombardi, convocado en una ocasión de muchas bajas a jugar un clásico de la categoría, conducida también por Zubeldía, y después empezó a jugar seguido en la Reserva. Ahí se dio cuenta de que "Osvaldo era espectacular: se anticipaba a todo, me decía todo de cómo jugaba el que me tocaba marcar ¡En la Reserva! Conocía a todos..."

Sin embargo, recuerda Poletti, justamente por estudiar al rival lo criticaban: "Decían que no les importaba lo que hacían los contrarios. ¿Cómo no voy a saber lo que hace el otro, cómo no voy a contrarrestar por donde ellos atacan, cómo no voy a intentar atacarlos por donde tienen más deficiencias? 'El arco de enfrente', decían. Yo si soy dirigente los echo: se juega con los dos arcos", lanza el arquero.

Fue "el triunfo de una nueva mentalidad", como dijo El Gráfico

cuando en 1967 Estudiantes se convirtió, con las recetas de Zubeldía, en el primer "chico" en salir campeón. Presente en la tribuna durante aquel ciclo de Zubeldía que comenzaba a cosechar gloria, Carlos Martinaschi intenta poner en contexto lo que fue aquel título: "Era imposible que un equipo chico saliera campeón. Por jugadores, por referatos, por lo que fuera, pero era imposible. A partir de ahí, Estudiantes fue muy demonizado: el antifútbol, los alfileres, todas las pelotudeces".

Fue una lucha: a la nueva mentalidad se enfrentaba la vieja bohemia, el romanticismo, "la nuestra". "Acá se decía 'hacemos la nuestra' y resulta que los europeos siempre nos boleteaban", dice al respecto Poletti. "Ese equipo sabía jugar cuando no tenía la pelota. Nuestros delanteros corrían a los rivales hasta nuestra área. Esa dinámica la impuso Osvaldo. Se adelantó a todo". Un "fútbol total", como alguna vez dijo el propio Rinus Michels, el padre de La Naranja Mecánica, según el mito.

Zubeldía, recuerda incluso Poletti, adelantó todo lo que iba a ocurrir en la final de la Copa Intercontinental. Hasta el resultado, el 1-1 final de aquella noche de octubre de 1968 en Inglaterra. "Osvaldo había mandado a Urriolabeitia (el sucesor de Ignomiriello en inferiores) a espiarlos, tenía una película de los tipos, y tenía una capacidad para analizar, para diagnosticar lo que iba a pasar... Cuando terminó la charla técnica, anticipó el resultado, escribió que íbamos a ser campeones. Acertó hasta el resultado, más no se puede", se ríe Poletti. "Este país, a los tipos que hicieron algo en su profesión, los han echado. Zubeldía fue un hombre adelantado, y se tuvo que ir a dirigir a Colombia. En Colombia lo reconocen más que en Argentina".

El fútbol parecía no tener secretos para él, así lo sentía: "Es imposible que yo me muera en una cancha", se reía Zubeldía. "Si cuando yo estoy en la cancha siempre sé lo que va a pasar. ¡Cómo me voy a morir ahí! ¿Sabe dónde me voy a morir yo? En un hipódromo. Con los burros nunca se sabe", dijo: vaticinó su propia muerte.

"A mi me cargan porque trabajo con el pizarrón y gasto mucha tiza", decía Don Osvaldo. "Pero a mí ya no me engaña nadie. El fút-

bol, en todo el mundo, ha cambiado y algún día se van a acordar de lo que dije e hice".

***

El cambio era profundo, tardó en construirse. "Dame tiempo y te daré una revolución", pedía Zubeldía cuando, durante aquel primer año al frente del equipo, en 1965, los resultados fluctuaban: se ganaba, se perdía, se empataba. De hecho, no arrancó bien, con dos derrotas, y el director de El Día, David Kraiselburd, llamó a su periodista Osvaldo Papaleo para ver cómo andaba el equipo puertas para adentro. La opinión del diario era capaz de desestabilizar o apuntalar cualquier ciclo, y Papaleo pidió paciencia: dijo que consideraba que se estaba trabajando bien, en comparación con Ongaro y Aldabe. Estudiantes terminó aquel torneo en la quinta posición, con 13 ganados y 11 perdidos, mejorando por diez puestos lo hecho el año anterior.

Aquel mal comienzo que llevó a dudar a Kraiselburd fue frenado con un gol a Platense de Eduardo "Bocha" Flores, ya importante en Primera en 1965. También fueron claves en aquella primera campaña de Zubeldía otros elementos juveniles: Juan Ramón Verón fue titular indiscutido siempre que estuvo sano; Malbernat jugaba habitualmente; Pachamé comenzó a meterse en el equipo; Poletti fue el arquero desde el segundo encuentro; Bedogni, Avelino, Manera sumaron minutos profesionales.

A Zubeldía le gustaban los pibes de Don Miguel. Apenas llegado, apareció en las prácticas de la Tercera, que comenzaba a trabajar en el verano, a la par de las Primeras (y a diferencia de la mayoría de los elencos juveniles). Don Osvaldo aprovechó la presencia de esos juveniles para enfrentarlos a la Primera varias veces en la pretemporada, una costumbre que continuó a lo largo del año: los dos, Ignomiriello y Zubeldía, querían trabajo con pelota y partidos, ante todo. Por eso, los dos exigieron pelotas a la comisión directiva, entre otros pedidos considerados derroche

para la época. Mangano les daba los gustos casi siempre.

Los dos sostuvieron una relación cordial pero independiente, aunque charlaban cada mañana: no había un vestuario para los técnicos, así que se cambiaban en el vestuario de árbitros, "y ahí intercambiábamos impresiones con Osvaldo". Y coincidían en el valor de aquellos muchachos, pero también en la necesidad de equilibrar juventud con experiencia, algo que le faltaba a aquel plantel que sufría a inicios de la temporada 1965 la partida de Juan Carlos Biagioli, Adolfo Bielli, José Yudica. Por eso, Zubeldía quería refuerzos: pidió a Hugo Spadaro, defensor de Sarmiento de Junín; y, clave para la historia de Estudiantes, a Marcos Conigliaro, delantero de Chacarita Juniors, que convirtió en la ida de la final del mundo ante Manchester. A Roberto Santiago (que luego jugaría en Gimnasia) consiguieron traerlo del Independiente campeón de América, una proeza teniendo en cuenta que llegaba a un equipo que había salido 14° en el anterior torneo. Zubeldía quería un acompañante para Santiago: pasó todo el mercado de pases buscando otro mediocampista, y en marzo casi consigue fichar a Martín Pando, veterano jugador de River. Estaba hecho, pero así es el fútbol: terminó en Lanús. Y ya empezaba el torneo.

Entonces empezaron las gestiones por Carlos Salvador Bilardo. "El Narigón" se volvería el lugarteniente de Zubeldía en la cancha, su mejor intérprete, el quinto elemento para aquel equipo que empezaba a armarse: durante los tres años de conquistas en América, fue el único jugador titular en todos los partidos. Pero antes de eso, en 1965, Bilardo era un jugador de 27 años que había pasado los últimos cuatro en la segunda división, con el Deportivo Español. Estaba dando sus últimas materias en Medicina, quizás pensando en la vida después del fútbol.

"Osvaldo me venía siguiendo. A mí, en Deportivo Español, también a Roberto Santiago, el 8 de Independiente. Zubeldía quería un mediocampo, mucho ida y vuelta, marca y juego. Santiago le pegaba mejor que yo a la pelota. Lo mío pasaba por detectar por dónde venía el armado rival. Encimar al estratega contrario", relató Bilardo alguna vez.

El primer encuentro, explicó el Doctor, fue tras un cuadrangu-

lar disputado a fines de 1964. Bilardo jugó bien, y Zubeldía, sin trabajo entonces, se le acercó y le dijo que apenas firmara con su nuevo equipo, lo iba a ir a buscar.

Cumplió. A Bilardo lo quería también Argentinos, pero pensó: "Argentinos Juniors, club del barrio, y Estudiantes están con promedio bajo y van a pelear el descenso. Me conviene ir a La Plata. Si los de La Paternal descienden, van a romper los vidrios de la mueblería de mi viejo (don Calógero), que la tiene impecable a ocho cuadras del estadio de Argentinos".

Así que decidió firmar con Estudiantes, en un traspaso que incluyó la salida de un elemento de las inferiores de Don Miguel: Roberto Cicora. "Tuve tres meses a Zubeldía", recuerda Cicora. "Habíamos jugado unos amistosos, y en ese momento se había quemado el brazo Miguel Ángel Lopez: me pusieron de segundo zaguero, y todavía tengo la voz de Osvaldo, que le dijo a Geronazzo 'nos largamos con este pibe'. Pero en eso piden a Bilardo. Español pidió una cantidad de plata, y Estudiantes ofreció una serie de jugadores en trueque. Yo no estaba en esa lista. Español hizo una contraoferta: una parte de plata y el pase mío. Como nos habíamos ido al descenso hace poco, ¿quién iba a pensar que iba a pasar lo que pasó después? Me fui. Como hincha, estoy orgulloso de haberme ido porque vino Bilardo y fue parte de lo que fue Estudiantes después. Pero como jugador, me hubiera quedado en Estudiantes toda la vida".

Y confirma la leyenda: Bilardo no estaba seguro de venir, pensaba que quizás el fútbol ya estaba, que tal vez era el tiempo de la medicina, y Cicora mismo ayudó a convencerlo.

Así que el 8 de abril, a 10 días del arranque de torneo, Bilardo se acercó a la sede para firmar. Pero no encontró al presidente; solo a Osvaldo Papaleo, periodista.

- ¿Qué hace, Bilardo?, le preguntó.
- Vine a hablar. Pero el presidente se fue al cine.
- ¿Al cine?
- Si, se fue a ver La Tercera que Mata.

"Le tuve que explicar", se ríe Papaleo hoy, "qué era esa Tercera, y por qué los dirigentes se habían ido a mirar".



"Pelusa" Bedogni, ya marcando para la Primera en 1967

Rubén "Pelusa" Bedogni

"La Tercera que Mata fue la mayor historia de amor del fútbol juvenil del club"

Para Rubén "Pelusa" Bedogni, la Tercera que Mata fue "el equipo de los sueños, el que quiere tener cualquier institución". "Combinaba todo", dice el goleador de aquel campeón de 1965. "Unidad grupal, trabajo intenso, egoísmo cero, disciplina, buen fútbol, inteligencia. Fue la mayor historia de amor del fútbol juvenil del club".

"Pelusa" llegó al club desde Everton, aunque antes había jugado en Gimnasia. Con Don Miguel Ignomiriello, de hecho, que lo dejó ir: no veía un muchacho disciplinado en el goleador. "Me costaba", se ríe Bedogni, que siguió pateando entonces en Everton, mientras trabajaba en una escribanía de Ringuelet para ayudar en su casa y atendía un kiosco a la noche. El fútbol era un pasatiempo, "me gustaba salir, fumar, joder", pero "un día entra un hombre a la escribanía, Carlos Bejarano, gerente de Gimnasia. Me conocía de las infantiles".

"¿Sabe lo bien que juega este?", le contó a Ringuelet, quien le dijo que fuera a probarse a Estudiantes. Bedogni cuenta que su primera prueba "fue brillante" y a los dos días fue en tren hasta AFA para firmar. "El sábado jugué en Cuarta, al otro sábado en Tercera, y al fin de semana siguiente debuté en Primera, con Vélez. Miguel armaba un equipo para practicar con la Primera y les gusté".

Fue el inicio de una historia con vaivenes: de Primera bajó a Tercera, y hasta estuvo a punto de irse del club, antes de ser parte del plantel campeón en 1967.

- ¿Qué fue esa Tercera que Mata?

- Fue el mejor grupo que integré en mi vida. Todos tirábamos para el mismo lado. Y con unidad grupal podés alcanzar cualquier hazaña en cualquier actividad, no sólo en el fútbol. En Estudiantes me recibieron con los brazos abiertos, me dieron de comer, me dieron trabajo. A todos nos ayudaron. Yo trabajaba, me entrenaba doble turno, llevaba un sueldito a casa... Eso te genera un sentido de pertenencia y cuando me enfrentaba a un rival lo quería pasar por arriba.

- Además del sentido de pertenencia, ¿por qué marcaba diferencia ese equipo?

- Por todo, era un equipo casi profesional. Entrenábamos doble turno, nos hacían entrenar en el Bosque velocidad, velocidad, velocidad, las dos piernas gigantes. Físicamente éramos imponentes, una presencia ganadora. E Ignomiriello nos fue jerarquizando, con pequeños detalles, el entrenamiento, la vestimenta. Uno aprendió que eran cosas importantes: Don Miguel nos pedía que nos hiciéramos baño de inmersión los viernes; una semana me subieron a Primera y no lo hice... y me desgarré. Por eso no jugué el último partido de la Tercera.

- ¿Qué fue Don Miguel para usted?

- Un líder, un maestro. Fue la persona más maravillosa que pasó por el fútbol argentino. De la nada, hacía todo. Trabajaba mañana y tarde en tres turnos. Me acuerdo que hasta ayudaba a lavar la ropa, porque en esa época no teníamos nada. Era la última época del romanticismo. Y se adelantó 20 años.

- Usted fue goleador, pero ese mismo año, 1965, casi se va del club.

- Don Miguel nos tenía cortitos, era muy estricto. Un día no fui al baño de inmersión y me dijo: "Usted es un indisciplinado, no viene, se porta mal, atrevido. Acá no juega más". Me daba el pase, me estaba por ir a probar a Almagro, pero me convencieron para que siguiera. Ahí, me desperté. Hice un montón de

goles en esa Tercera, fui goleador. Pero me costó madurar en el fútbol. Tuve muchos altibajos. A los 26 años, en Banfield, perdí el miedo escénico: si no reaccionaba estaba terminado.





"Filosofía estudiantil": arriba, La Tercera que Mata, formada para El Gráfico. Al costado, los terceristas ya campeones. Debajo, los jugadores celebran un triunfo clave ante San Lorenzo, 4 a 1 como visitantes, en noviembre, cerca del final del torneo de 1965



Mata, mata, mata

7

Cuando Bilardo llegó al club, en marzo de 1965, La Tercera ya era sensación por su campaña de 1964. Había jugado numerosos amistosos en los primeros dos meses del año, siempre con buen público en las tribunas, y también se acercó una pequeña multitud para el partido que abría la temporada y que olía a revancha: La Tercera comenzó jugando contra Rosario Central, su verdugo de 1964.

Fue baile y triunfo por 5 a 1, una goleada que auguraba cosas buenas. Y así fue: siguió una racha de 9 partidos invicto, con 8 victorias, donde convirtió 24 goles y solo le anotaron 4. Y eso que la Primera empezaba a llevarse cada vez más jugadores: cuando en diciembre el primer equipo, todavía con Aldabe, se fue de gira a Río Negro, viajaron Poletti, Pachamé y Verón. Y cuando llegó Zubeldía, a principios de año, siguió subiendo jóvenes: Poletti jugó solo 1 partido para la Tercera de aquel año, al igual que "Bocha" Flores; Malbernat jugó 4, Pachamé 8, Verón, ninguno.

"Eran jugadores evidentemente sobresalientes", dice Don Miguel. Zubeldía comenzó a ver su potencial en la pretemporada. Como siempre, Ignomiriello arrancó los trabajos bien temprano, en enero, a la par del flamante entrenador de la Primera: los equipos se enfrentaron en algunas oportunidades. El 22 de febrero, en un cruce amistoso entre Primera y Tercera que terminó 4 a 4, Poletti y Pachamé jugaron para Don Miguel, y Verón lo hizo para Don Osvaldo; tres días más tarde, cuando la Primera enfrentó a Gimnasia por la Copa Delovo-Pastor, los tres salieron a la cancha para su primer clásico en Primera.

La Copa Delovo-Pastor era un torneo amistoso, dos partidos, ida y vuelta, con el histórico rival. Poletti debutó con la Primera, pero fue debut y despedida: Estudiantes perdió por "las flaquezas de Poletti", según tituló, grande, El Día, durante aquel verano de 1965.

Así que Poletti bajó a la Tercera, donde arrancó el torneo de 1965. Pero Oleinicky se sacó solo (la Primera perdió 2 a 0 ante Central en el debut) y Zubeldía volvió a apostar por el "Flaco" en la segunda fecha.

El martes después del primer partido del campeonato, Zubeldía le dijo a Ignomiriello: "Tengo malas noticias para usted, le tengo que pedir a Poletti". "Bueno, Osvaldo", respondió Miguel, "yo trabajo para la Primera". Poletti ya no salió, incluso a pesar de que durante los primeros partidos, desde la tribuna, e incluso sus propios compañeros, le decían "Catrasca", apodo que arrastró durante varios encuentros y que alimentó con errores y poca fortuna.

Sin Poletti, el arco de la Tercera se lo repartieron Santiago Duarte, que llegó de Cazapá, Paraguay, y, en la segunda parte del torneo, tras algunas actuaciones con dudas del paraguayo, Horacio "Bebe" Espinosa, que desde las primeras divisiones infantiles viajaba todos los días de Quilmes a La Plata para entrenar. Espinosa, todo un personaje, había superado una dura enfermedad de chico que había reducido su movilidad, y había enfrentado en su juventud, en una historia famosa, a un grupo de ladrones, solo para después sentir lástima por sus circunstancias y conseguirles trabajo en una fábrica de la zona. Iba a retiros espirituales y tenía fama de mago: a Echecopar le curó la rodilla antes del clásico de 1964, aunque él decía que "le faltaba creer que no tenía nada y yo le infundí seguridad".

Poletti no fue el único en subir: Verón y Flores fueron titulares desde el comienzo del torneo; "Cacho" Malbernat llegó a ser convocado ese año a la Selección por su nivel en el equipo de Zubeldía. A Pachamé, que había debutado en Primera hacía ya tres años, le costó un poco más, y anduvo mucho por Reserva aquel año: de 5 jugaba Madero, hasta que Zubeldía tiró a Made-

ro atrás y entró Pacha como titular; Madero pasó a hacer dupla en la defensa con Aguirre Suárez.

Fue una promoción masiva: Bedogni, Avelino, Manera, Echecopar... todos empezaron a tener sus oportunidades aquella temporada. "Osvaldo llegó y la Tercera fue como un tsunami: quedamos dos o tres, los sacó a todos", se reía Madero. Y recordaba cómo, en uno de los primeros entrenamientos, Zubeldía planteó un ejercicio simple con su bolsa de flamantes pelotas: los jugadores tenían que tocar con Osvaldo, que parado en el borde del área devolvía la pelota, y desde ahí había que patear al arco. "Pasamos los veinte. Cuando terminó el ejercicio, nos reunimos en el medio y Geronazzo nos preguntó si éramos profesionales. Fue la cachetada más grande de mi vida". Madero, de hecho, levantó la voz.

- ¿Por qué dice eso?

- Porque de veinte jugadores que patearon con libertad, ninguno la metió al arco. No saben colocar el cuerpo, no saben agacharse, no saben poner el pie... Hay que empezar de cero, como si les diéramos la mamadera.

Era mucho trabajo, pero Zubeldía vio en cambio que la Tercera "tenía un montón de jugadores de primer nivel", recordaba Madero. Don Miguel colaboraba, "fue viendo qué hacía Osvaldo, qué pensaba, qué necesitaba".

La promoción de juveniles podría haber sido todavía más importante. La Primera venía de un lustro de malísimos resultados, hasta había estado a punto de descender, y los dirigentes, con Mangano a la cabeza, buscaban una revolución que rompiera con la costumbre de perder. El oficialismo había ganado en diciembre las elecciones por un puñado de votos y, quizás con algo de desesperación, vieron a la Tercera subcampeona en 1964 y tuvieron una idea: "Un grupo grande de directivos, incluido Don Mariano Mangano, pensaban poner esa Tercera en Primera", cuenta Don Miguel.

Ignomiriello sufría los ascensos prematuros de jugadores y ya había visto el resultado de una promoción masiva a Primera. Cuando estaba en el club vecino, comandó un grupo de jóvenes

que fue obteniendo resultados a lo largo de las distintas divisionales: en 1950 se coronó campeón de Tercera, y entonces "el Doctor Carlos Insúa, presidente de Gimnasia, comienza a pensar en poner la Tercera campeona en Primera en 1951. Me reúno con él, con apenas 23 años, y le hago ver que es un error poner un grupo de juveniles y responsabilizarlos de una situación complicada como es una Primera, que está bien ir ascendiendo algunos jugadores, pero que no es conveniente hacerlos subir masivamente. Pero ellos son los que mandan". No le hicieron caso: "Ellos resolvieron subirlos, y yo di un paso al costado, renuncié". Gimnasia, con valores jóvenes como Martín Rosales, Manuel Miranda, Enrique de la Vega, Ángel "Pocho" Schadlein, que llegó a la Selección, descendió en aquel 1951.

"Siempre hay que tratar de volcar la experiencia de lo realizado anteriormente", dice Ignomiriello. Por eso, cuando Mangano fue a charlar con él sobre el plan, "le hice ver que Gimnasia había hecho eso en 1951, y se fue al descenso. Don Mariano escuchó".

Entonces, en lugar de subir a la Tercera del 64 íntegra a Primera, Mangano apostó a una serie de refuerzos (llegaron Conigliaro, Barale, Spadaro, que cuando firmó tenía obligaciones en el servicio militar, y, claro, Bilardo) para Don Osvaldo Zubeldía, que en su primer partido oficial alineó a Oleynicky; Barale, Malbernat; Cheves, Lopez, Madero; Nardiello, Bilardo, Leeb, Flores y Verón.

"Estamos preparados y las ausencias obligadas las cubriremos", decía Ignomiriello en abril. "Se debe llegar al ideal de sacar mucha gente por año y cubrir las fisuras con nuevos elementos. Formar un bloque compacto, de manera que salga favorecido el club, no solo en el aspecto técnico sino también en los buenos dividendos de aquellos valiosos jugadores que venda".

Como la Tercera del 64 tenía jugadores con edad de Cuarta, había una base: el resto del equipo se armó con jugadores de la Sexta y la Quinta. Ganaron protagonismo Juan Echecopar (tan bueno que venía jugando en distintas divisionales), Hugo Mateos, Eduardo Cremasco (que luego se hizo amigo de Bilardo, se mudó a México y puso un restorán: el plantel argentino vi-

sitó “Mi Viejo” en la previa del debut y desde ahí, el local fue costumbre), Rodolfo Orife (fue campeón con Chacarita y luego jugó en el Betis español) y Omar Del Curto. Don Miguel ponía en marcha una segunda etapa de su plan: como en su Tercera aparecían habitualmente jugadores de Cuarta y Quinta, a medida que los juveniles más grandes subían a Primera, los más chicos iban ocupando su lugar sin que se resintiera el funcionamiento.

“Dicen que soy muy propenso a promover a un chico de Sexta a Tercera. Es verdad. No lo niego. Es más, creo que esa es la política correcta”, decía a principios de 1965 a El Día. “En Estudiantes hacen falta jugadores de Primera, y yo intento entregarlos gratis al club. ¿Cuánto costarían Malbernat, Flores, Verón, etc.? Allí está la salida económica de los clubes económicamente chicos. Por eso tengo en Tercera a Echecopar, que es joven para la división pero que justamente en ese medio se halla cómodo”.

Además de nutrirse de las divisiones más chicas, Don Miguel alimentó sus diezmadas filas con nuevas incorporaciones: de Pringles, Don Miguel trajo a Armando Lozano y a Carlos Luis “Piojo” Zibecchi; de Tucumán a Hugo “Tato” Medina, la pesadilla de George Best, que llegó de parte de la misma gente que acercó a Aguirre Suárez; de Junín le apuntaron a Hugo Cullerton, se sumaron también Raúl Forteis y Juan Carlos Maschio. Subieron a un equipo que venció a Boca, River y Racing, goleó a San Lorenzo de visitante, y le ganó con goleada dos veces a Independiente y Vélez. “La Tercera no tenía problemas por el rival, tenía un espíritu totalmente ganador”, cuenta Ignomiriello.

Un grupo de jugadores excepcionales, el trabajo a destajo, la formación de hábitos profesionales, nutrición y vitaminas, camisetas del rival para aclimatarse, el orgullo creciente de ser parte de un equipo ganador: todo hizo eclosión en aquel campeonato. Y nadie se lo quiso perder. Hace algunos años, a Ignomiriello lo reconocieron en una carnicería: un hombre le comentó que había visto todos los partidos de esa Tercera. Su padre era hincha fanático, pero de Gimnasia. “Pero quería que

su hijo viera buen fútbol, entonces lo llevaba a ver la Tercera de Estudiantes". Así se hizo hincha de Estudiantes.

Fue uno de miles que ya tenían su ritual: llegar a la cancha a las 11, muchos desde el viejo tranvía que frenaba en la esquina de la cancha, volver a sus casas para el almuerzo o bajar al histórico restorán (la Reserva, compuesta por jugadores profesionales que no estaban para esa Primera de magros resultados, no ofrecía gran cosa), y regresar a la cancha de 1 y 55 para ver al equipo de Don Osvaldo.

Félix Campodónico tenía entonces 17 años y, recuerda, "era la primera vez que disfrutaba de ver un equipo de Estudiantes. En materia futbolística, fue creer que se podía ganar". Allí también estaba Daniel Ridner, histórico dirigente del club, que iba con su sanguchito (no había dinero para el restorán) y recuerda que para aguantar los tres turnos muchos orinaban en un vasito y lo tiraban por debajo de los tablones: de lo llena que estaba la tribuna en algunos partidos, no se podía bajar al baño. "Algunos cruces tenían 15 mil personas en la tribuna, ¡15 mil personas para ver una Tercera!", recordaba Zuleik Campagnaro, historiador del club.

En la tribuna estaban todos: futuros presidentes del club como Edgardo Valente y Enrique Lombardi, que estaba en inferiores, jugadores de Primera como Madero, que miraba desde el túnel. Un día vino a La Plata Alejandro Scopelli, parte de los recordados Profesores y que por entonces era un prestigioso entrenador en el exterior, y lo invitaron al plan que ya era costumbre: ir a ver la Tercera, almorzar durante la Reserva y volver para la Primera. Scopelli no entendía demasiado por qué querían sus colegas que madrugara para ver una divisional menor, pero accedió. "Este equipo promete", cuentan que dijo cuando vio al elenco de Don Miguel. "Tiene una mezcla de disciplina y alegría, algo que ya no se ve".

La fiebre era total. La Tercera hasta tenía canción propia, que decía que "mata mata mata, La Tercera pincharrata". "Fue una revolución", dice Koroch. "La gente a veces iba de visitante, y muchas veces había tanta gente a las 11 como a las 15.30, para

la Primera. Esa Tercera no solo dio buenos jugadores, arrastró gente. Es que daba gusto verla jugar, era un acontecimiento".

"La Tercera llegó a ser más importante que la Primera. Muchos veían la Tercera y se iban. ¿Cuándo ocurrió eso en la historia?", se ríe "Bambi" Flores. Y Lombardi recuerda que la Tercera era "una fiesta total. Había un clima muy ganador, ganaban 5 a 0, 6 a 0, todos los partidos. Metían tres goles y la gente pedía más". El entusiasmo era contagioso: la Cuarta y la Sexta también se creían ganadoras, iban punteras y empezaban a tener su público, los sábados.

La Tercera recién perdió en junio su primer partido: un curioso 1-6 ante Newell's, en casa. La derrota sería bisagra, según contó ese mismo año Echecopar: "El equipo cambió fundamentalmente. Hasta ahí salíamos confiados, todos los defensores se iban arriba, nos engolosinábamos con la debilidad ajena. Como todos retrocedían no pasaba nada hasta que llegaron los rosarinos y se dio la lógica, nos golearon porque dejamos solo el medio campo, queríamos llevarlos por delante. Ahora no, se marca, cuidamos y vamos arriba. Como conclusión, ganamos igual y no corremos riesgos", relataba en una entrevista.

La derrota era también fruto del éxito del proceso: Zubeldía seguía echando mano de los juveniles para la Primera. Probaba a Manera, Bedogni, Avelino, ante varias lesiones (entre ellas, la de Verón, operado de meniscos). El arrollador paso de la Tercera encontraba su primer obstáculo en ese éxodo. En un momento crítico, encima: se venía el primer clásico del año.

El 13 de junio, entonces, la Tercera salió al partido con Gimnasia sin Poletti, Malbernat, Avelino, Flores (todos convocados por Don Osvaldo), Verón ni Pacha (lesionados). El Lobo llegaba bien, con dos derrotas en diez partidos: el choque era el acontecimiento del fin de semana en la ciudad. Y no defraudó: en partido caliente, echaron a tres de Gimnasia, a uno de Estudiantes (Bedogni, que se fue a las manos durante la primera expulsión tripera), y la lucha se suspendió a 34 minutos del final, con Gimnasia arriba 1-0, cuando el DT rival, que era nada menos que Ricardo "Beto" Infante, inventor de la rabona y gloria de Estudiantes, increpó al árbitro.

Apenas 3 días después del lío, con otra baja más (Bedogni, goleador del equipo, fue suspendido por tres fechas), la Tercera enfrentó a Chacarita en casa y volvió a su forma habitual: ganó 6 a 1, aunque siguió una derrota ante uno de los que peleaba el torneo, River, de visitante, con un "misterioso penal" para el Millonario, según las crónicas de la época (ganar en el Monumental, ganarle a los grandes, siempre tiene esas dificultades agregadas).

"En la Tercera estaban puestas las mayores esperanzas del domingo", contaba El Día, que narraba cómo una comitiva numerosa que incluía al recordado periodista y abogado de derechos humanos Sergio Karakachoff, partió aquella jornada en el tren de las 8.42 hacia Buenos Aires, e hizo que la Tercera fuera local en el Monumental. Pero fue caída, 2 a 1, y ese día, con un partido sin completar, Estudiantes perdió la punta que tomó San Lorenzo. Los de Boedo eran el siguiente rival, una semana después, y el partido terminó empatado. River, entonces, fue el que pasó a liderar el torneo de Tercera.

"Era una época de grandes equipos en Tercera", recuerda Lombardi: en el San Lorenzo de Juan Carlos Lorenzo aparecían algunos de los "Matadores", la Tercera de Racing aportaría algunos elementos al "Equipo de José" campeón del mundo. Todos pelearían el campeonato de Tercera de 1965, junto al River de Onega, dirigido por Carlos Peucelle y Renato Cesarini, "un hombre cien años adelantado", dice Don Miguel.

Siguiendo a los muchachos de Renato es que llegó Pepe Peña, periodista de El Gráfico, a aquel encuentro con la Tercera de Ignomiriello. Aunque Estudiantes perdió, Peña quedó asombrado por los muchachos de La Plata. Por el fútbol, pero también por la formación integral que mostraban los chicos de Don Miguel.

"Peña llegó al almuerzo y le pidió a Echecopar una nota. Cualquier chico hubiera accedido ansioso ante la oportunidad, pero Echecopar le explicó que mientras almorzaban no se podían levantar de la mesa, hasta que no terminara de comer el último compañero. Y le sugiere que hable conmigo", recuerda Ignomiriello. El periodista fue a hablar con el entrenador. "Le

expliqué los motivos. A Pepe eso le sorprendió. Desde ese momento se acercó al club y colaboró con nosotros".

Peña se convirtió en una especie de agente de prensa de la Tercera, que llegó incluso a ser invitada, gracias a Pepe, al programa que Pinky conducía en Canal 7 los domingos a la tardecita. "Amadeo Carrizo me regaló un par de guantes: fui de los primeros en usar guantes en Estudiantes, en esa época los guantes venían de Europa", se acuerda "Bambi".

Impresionado, Peña también firmó una extensa nota sobre el trabajo de inferiores de Estudiantes en El Gráfico Sport, la revista mensual de la tradicional publicación deportiva.

"En Estudiantes de La Plata se trabaja en serio. Para el club. Para el fútbol argentino. Para el futuro", escribió Peña en la publicación de septiembre de la revista. "El plan es sencillo. Jugar al fútbol y hablar de fútbol todos los días. Por la mañana y por la tarde. Trabajar, trabajar, trabajar. Pero trabajar sabiendo qué y para qué se hace. Con conocimientos técnicos y colaterales. Trabajar para lograr la identificación del jugador con una mística institucional".

***

La Tercera de Estudiantes se recuperó de la caída con River y el empate ante San Lorenzo con goleadas a Atlanta, Vélez e Independiente, y llegó metido en la pelea a agosto, cuando, por las Eliminatorias para el Mundial de 1966, el fútbol se detuvo por un mes.

Durante ese receso, la Primera de Zubeldía se fue de gira a Chile y se llevó a varios juveniles: Poletti, Malbernat, Flores, Verón, un jovencito Echecopar y Bedogni, que comenzaba a ser tenido en cuenta para el primer equipo. La Tercera también aprovechó: el equipo era una sensación que comenzaba a sonar fuera de La Plata, e Ignomiriello recibió invitaciones de todos lados para jugar. No descartó ni una: en esas vacaciones, la Tercera jugó

partidos en Magdalena, Orense, Arrecifes, General Pico, Tandil (donde la recaudación llegó a 196 mil pesos), Dolores, Las Flores, Capitán Sarmiento. Miguel vio una triple oportunidad: se jugaba al fútbol todo el tiempo, ingresaba dinero a las arcas de su causa y reclutaba jugadores por el interior del país. "Cuando fuimos a Entre Ríos, cruzamos por balsa, no estaba el puente", recordaba Di María, el médico. En uno de esos viajes, "Bambi" Flores, como muchos, realizó su primer vuelo en avión, "uno de esos aviones chiquitos que se movían mucho", hacia Gualeguaychú, para jugar un amistoso: allí encontraron a "Cococho" Álvarez. "¡Alguien pagó un avión para que fuera la Tercera! ¡La Tercera hacía giras!", se acuerda "Bambi".

El fútbol oficial volvió en septiembre: Estudiantes viajó a Rosario para perder con el Central de Poy el partido y también la punta, ahora en manos de Racing, pero retomó el liderazgo cuando en la siguiente fecha aplastó 5 a 1 a Banfield. Empezaba la recta final bien pisado, con un 3 a 0 a Platense, un empate en La Bombonera, producto de un gol del local sobre la hora con otro penal "que solo vio el árbitro", y un 4 a 0 a Huracán. Y, entonces sí, llegaba el momento de jugar los 34 minutos que quedaban pendientes del clásico.

El 12 de octubre, la Tercera de Gimnasia salió a la cancha del Bosque con 7 jugadores y Estudiantes con 10. Los dos habían marcado el partido en el calendario con fibrón rojo: los de Infante habían pasado el último mes y medio ensayando cómo moverse 7 contra 10, según ellos mismos contaban a los medios; en Estudiantes, la semana previa el equipo de Ignomiriello jugó contra un combinado de la Primera de Zubeldía, que alistó 7 jugadores. Además, decidieron tirar todo en la cancha: la Tercera puso a "Bocha" Flores, que hace rato jugaba en Primera. De hecho, el domingo anterior el goleador del torneo de Tercera del 64 había sido titular y marcado dos goles en el equipo de Zubeldía, en el que ya estaba tan establecido que se encargaba de patear los penales.

No alcanzó: Gimnasia aguantó el 1 a 0, una proeza que fue celebrada junto a algunos jugadores del equipo profesional que

miraban en el costado de la cancha. Los de Infante se pararon en la orilla de su área, demoraron cada pelota, sus utileros invadieron el campo, y así sostuvieron durante 34 minutos el resultado. Esa semana, la sede mens sana organizó un agasajo para los héroes.

Las Primeras también jugaron ese día un partido, de exhibición, que ganó Estudiantes por 3 a 0, con siete jugadores (Poletti, Manera, Malbernat, Pachamé, Bedogni, Flores -en doble función- y Verón) formados en la cantera. "La Plata se divierte, los chicos están de fiesta", cantaban en las tribunas, mientras en el diario El Día cronistas escudados tras seudónimos escribían que no se debía seguir postergando la promoción de los valores juveniles.

El apellido más requerido era el de Bedogni, que entrenaba con la Primera pero casi nunca era convocado como titular, mientras que en la Tercera llegaba a 20 goles tras el doblete a Argentinos en la victoria 4 a 1: era el goleador de la categoría. En el siguiente partido, con Independiente, Zubeldía lo puso de titular y comenzó a ser habitual en la formación de la Primera; en la recta final, Ignomiriello se quedaba sin su goleador.

Antes de llegar a Estudiantes, Rubén Bedogni jugaba en Everton, pero no se tomaba en serio el fútbol. "Me gustaba salir, fumar, joder", recuerda. Y cuando lo probó Ignomiriello, con 18 años era un jugador ya grande para llegar a un club de Primera. El fútbol no estaba en su horizonte: trabajaba para ayudar en su casa, "atendía un kiosco a la noche, y trabajaba en la escribanía de Horacio Ringuelet".

Pero allí ingresó un día un dirigente de Gimnasia, que lo conocía de su paso por infantiles por el Lobo. "¿Sabés lo bien que juega este?", le dijo a Ringuelet, que iba a ser parte de la comisión directiva de Mangano en Estudiantes, y lo instó a probarse en el club.

Así, "Pelusa" se encontró con Ignomiriello un miércoles. "La práctica fue brillante", se acuerda. Firmó el viernes, "fuimos en tren hasta AFA", y el sábado ya debutó en la Cuarta. "Al otro sábado en Tercera, y al fin de semana siguiente, por

una lesión, debuté en Primera, con Vélez. Miguel armaba un equipo para practicar con la Primera y les gusté".

Pero no pudo asentarse en Primera. "Tendrías que haber sido primera figura", le decía Urruchúa, y Bedogni, que peregrinó como profesional por varios clubes, explica: "Hice un montón de goles en Tercera, pero me costó madurar en el fútbol. Tuve muchos altibajos".

La disciplina, confiesa, siempre le costó. Por supuesto, eso llevó a cortocircuitos con Don Miguel, que "era muy estricto". Bedogni recuerda incluso cuando, después de varias infracciones, a comienzos de aquella temporada del 65 no fue a darse el baño de inmersión obligado, e Ignomiriello se cansó: "Usted es un indisciplinado, no viene, se porta mal, atrevido. Acá no juega más", le dijo. Y decidió darle el pase: era la segunda vez que echaba a Bedogni, a quien había tenido en su último paso por Gimnasia y a quien dejó ir en Octava por las mismas razones.

Tras el choque con Don Miguel, Bedogni llegó a irse a probar a Almagro y Cambaceres. Pero volvió, los compañeros le pidieron que vuelva. Y en junio le contaba a El Día que había hecho "mi gran cambio": regresó al club con 80 kilos, en febrero, pero Carlitos Cancela, "un fenómeno", le hizo marca personal hasta llegar a los 71.

"Me transformé. He madurado y dejé los caprichos por la disciplina. Era remiso en los entrenamientos. Nunca, desde que jugaba en Novena, cumplí con el técnico. Estaba equivocado", confesaba ese "otro Bedogni": para entonces, era el goleador de la divisional, y lo sería al terminar la temporada, con 23 tantos, a pesar de jugar solo 23 de los 34 partidos, cada vez más requerido por la Primera.

Cuando, en la recta final del torneo, Zubeldía pidió a Bedogni, Ignomiriello respondió lo que ya le había dicho sobre Poletti. Como le dijo al El Día, "para mi es satisfactorio que Bedogni pueda jugar en Primera. La Tercera tiene muchas posibilidades y su campaña es brillante, lo que lógicamente me satisface, pero por sobre todo mi misión, más que sacar

campeones, es formar jugadores para la división superior". Dos partidos más tarde, "Pelusa" marcaría su primer gol en Primera, frente a Lanús.

La promoción constante de jugadores le dio incertidumbre a la recta final del equipo de Ignomiriello: a la Tercera le costaba matar, y cuando Racing, escolta, vino a La Plata, salvó un empate en cero que le permitió conservar la punta. A Lanús le ganó 6 a 1, pero con Newell's arrancó 2 a 0 abajo antes de arañar un empate con uno de esos segundos tiempos feroces que eran habituales.

En ese momento tocó, otra vez, Gimnasia, un 13 de noviembre, un sábado en el que hubo cuatro clásicos. El día empezó con el choque de Sexta: Estudiantes y Gimnasia se encontraron en la cancha de Argentino de Quilmes, por la fase final del torneo de la categoría, y Estudiantes ganó 2 a 0, con un puñado de entusiastas y algunos dirigentes en la tribuna. A las 17, le tocó a la Tercera, en la cancha de 1 y 55, y con el sol de la tardecita consiguió tomar revancha de su clásico rival, aunque tuvo que trabajar para remontar un 1-2 y ganar finalmente 3 a 2. Luego, la Reserva empató, y, ya de noche, bajo las luces de una torre de iluminación recién inaugurada, la Primera ganó 3 a 1 con goles de Verón, Bedogni y Bilardo, el mismo día que se confirmó que Zubeldía sería DT de la selección nacional ("ambas tareas son compatibles", avisaba, aunque duraría poco en el doble rol).

El desgaste de la Tercera era brutal: había jugado 4 partidos en 14 días, y algunos jugadores incluso habían sumado minutos en un quinto partido (un amistoso de la Primera ante Peñarol del que fueron parte algunos terceristas, tres días después del clásico), cuando le tocó enfrentar a Chacarita por la siguiente fecha. La Tercera perdió sobre la hora. Aún así, se mantenía puntera del torneo, pero no en soledad: estaba empatado en 43 puntos con River, y el Millonario venía ahora a La Plata. El partido era de tal relevancia que Estudiantes quiso jugarlo como preliminar de la Primera. River no aceptó.

Quedaban cinco fechas: con una semana entera de recuperación antes del partido con los de Cesarini, el equipo tomó aire

y fijó la mirada en la línea de llegada. "No hay caso, ganamos o ganamos", decían desde el club a El Día en la víspera, confiados. Y vaticinaban: "Orife nos dará poder de gol".

Rodolfo Orife era un tipo curioso. Jugó alguna vez con la camiseta de otro equipo debajo, e incluso se lo contó, con desparpajo, al diario El Argentino, despertando la ira de Don Miguel: "Lo agarró al día siguiente. Dijo: 'No le paguen los premios a Orife'. ¿Por qué? 'Por pelotudo'", contaba Urruchúa. Había argumentos, no era solo una defensa fanática de los colores: si jugaba mal contra ese equipo, le decía Ignomiriello, los hinchas no iban a tardar en caerle. Orife lo hacía por desafiante, pero también porque era un tipo de costumbres: "Un día le toqué el zapato en el vestuario, e hizo tres goles", cuenta Eduardo Bernasconi, hincha que colaboraba con el proceso de juveniles. "Ni quería entrar a la cancha, después, esperando que le tocara el zapato. Miraba y miraba a ver si aparecía en el vestuario..."

Más se enojaba con Orife entonces Ignomiriello, que descree absolutamente de las costumbres: "¿Cómo voy a creer yo en esas cosas? Yo creo en el trabajo, tengo que creer en el trabajo, tengo que defender lo que hago, tengo que mostrarle al jugador que creo en lo que planifiqué, que no piense que dependo de si me ato el zapato así o asá. Si yo creo en las cábalas, no creo en mi trabajo".

Orife, nacido en el 47, jugaba en Cuarta, pero se estaba colando en la Tercera en aquellas fechas, producto de la promoción de jugadores. Y, efectivamente, aportó poder de gol: ante miles de personas, incluso un nutrido grupo de hinchas visitantes, marcó el único tanto en la victoria de la Tercera ante River. Con el triunfo se separó del Millonario en la tabla, aunque Boca y Racing, a un punto, no le perdían pisada. El siguiente partido, con otro de los grandes equipos de la categoría, era entonces de enorme riesgo, pero Estudiantes no tembló y se llevó puesto 4 a 1 a San Lorenzo, de visitante, con dos de Zibecchi. Siguieron dos triunfos por 2 a 0: a Atlanta, de local, y a Vélez, de visitante.

Hacia Liniers viajaron casi 2 mil hinchas, en camiones y micros, a pesar de que el partido se televisaba (algunos partidos importantes de Tercera se daban por TV): fueron testigos del

gol de Manera, lateral goleador que abrió el marcador de media chilena. Al regreso del partido, los hinchas esperaron a los jugadores de la Tercera en la sede: la algarabía era total, y varios terminaron festejando en la pileta que se encontraba detrás de la cancha. Es que, con la victoria, quedaba a 2 puntos de Boca, el único que podía alcanzarlo, a falta de una fecha para terminar el torneo.

***

El 14 de diciembre de 1965 fue martes. Estudiantes había pedido adelantar su compromiso de Primera porque el equipo de Zubeldía se iba de gira por Centroamérica: así, un día de semana, la Tercera fue el preliminar de la Primera, en lugar de la Reserva, y hacia las 19.30 salió a la cancha para enfrentar a Independiente, ante casi 20 mil personas que lanzaron papelitos hasta formar un telón blanco en la tarde platense.

Alcanzaba con el empate, pero la Tercera no quiso sufrir: le metió 5 a Independiente (Cavoli, dos de Echecopar y dos de Zibecchi). El público comenzó a meterse en la cancha y, a 3 minutos del final, el árbitro tuvo que dar por terminada la cuestión: la invasión era total. En medio de la algarabía, la marea humana comenzó a despojar a los jugadores de pantalones, medias, camisetas... escaparon hacia el túnel, pero sonriendo, felices, campeones.

Volvieron, al ratito, cuando la muchedumbre se calmó un poco, para seguir festejando acompañados por una llamativa cantidad de pirotecnia. Un policía se quejaba a los dirigentes: "Me han hecho trampa, yo meta requisar cohetes y resulta que ustedes se los daban a la entrada". Y respondía un dirigente que decidió permanecer anónimo: "Es cierto, pero por hoy nada más". Mangano, dicen, había comprado 5 mil pesos de pirotecnia. Y la fiesta siguió: hubo una manifestación más tarde hasta Plaza Moreno, y al otro día, otra vuelta olímpica, esta vez por Parque San Martín, coronada con una cena en honor a los campeones.

"Dieron la vuelta olímpica como si hubieran ganado el campeonato del mundo. Y para nosotros esa Tercera era algo así", recordaba Zuleik Campagnaro, historiador del club. "Era así", acepta Carlos Martinaschi, hincha: "Estudiantes nunca había ganado nada, y de golpe aparecía un equipo que era un ballet".

***

Aquel título fue un verdadero suceso, un hito en la historia de Estudiantes, y la culminación de la obra de Don Miguel Ignomiriello en el club. Pero la obra, insistía incluso por entonces, iba más allá: en mayo, entrevistado por El Día, fue claro respecto a su objetivo. Y premonitorio. "En 1968", lanzaba, "Estudiantes podrá tener un plantel profesional de hombres hechos en la casa, imbuidos del fervor que suele despertar la casaca con que se empezó".

Tres años después de aquel artículo, cinco años después de irse al descenso, un Estudiantes con siete jugadores de aquel proceso de inferiores sería campeón del mundo. "Don Miguel", dice por eso "Bambi", "fue el refundador de Estudiantes".



Estudiantes es campeón de 3a. al vencer a Independiente por 5 a 1

LA CAMPAÑA DEL CAMPEON

	1ª rueda	2ª rueda
ARGENTINOS JUNIORS	3-0 (L)	1-0 (L)
ATLANTA	3-0 (V)	1-1 (V)
BANFIELD	2-1 (L)	1-1 (L)
BOCA JUNIORS	3-1 (L)	3-1 (V)
CHACARITA JUNIORS	3-0 (V)	1-1 (L)
ESTUDIANTIL PENTE	0-1 (V)	2-1 (L)
GIMNASIA Y ESGRIMA	4-2 (V)	5-1 (L)
HURACAN	3-0 (V)	2-1 (L)
INDEPENDIENTE	1-0 (V)	1-1 (V)
LANUS	1-0 (L)	2-0 (V)
NEWELL'S OLD BOYS	0-0 (L)	1-0 (L)
PLATENSE	3-1 (L)	2-0 (L)
RACING	1-0 (L)	1-3 (L)
RIVER PLATE	3-2 (L)	4-1 (L)
ROSARIO CENTRAL	1-2 (L)	2-0 (V)
SAN LORENZO	6-0 (L)	
VELEZ SARSFIELD		

RESUMEN

	G.	E.	P.	Pts.	Tf.	Tc.
Primera rueda	17	12	3	3	38	17
Segunda rueda	17	15	1	2	37	15
Total	34	27	4	5	75	32
Local	17	15	1	1	37	15
Visitante	17	9	3	4	27	17

Promedio por partido: Favor: 2,21. Contra: 0,97. Goal average: 2,24.

LOS QUE NO SE PUSIERON LA CAMISETA

FUE FUNDAMENTAL LA ACTIVIDAD DE LOS TECNICOS Y SUS COLABORADORES



Cancela y Fares (paradas); Ignomiriello y Urruchúa (sentados), factores gravitantes de la tercera campeona.

Casi 20 mil personas reciben a la Tercera antes del último partido del torneo: fue goleada por 5 a 1 ante Independiente

Artículo en El Día tras la consagración, homenajeando a "los que no se pusieron la camiseta: Cancela, Fares, Ignomiriello y Urruchúa

Los versos que dedicó Fortunato Andreucci, recordado murguero de Ensenada, a La Tercera que Mata

Estudiantes de La Plata

(UNA TERCERA QUE MATA)

Dedicado al equipo de Tercera División de Estudiantes de La Plata, ganador de la primera rueda, y serio candidato a obtener el título máximo de su categoría, en el campeonato de 1965 organizado por la A.F.A.

1

Con mucha satisfación
voy a cantarle al instante,
al equipo de ESTUDIANTES
de Tercera División:
y les diré con razón
que es un equipo aguerrido,
que muestra en cada partido
ser un firme candidato;
a ganar el campeonato
por su juego positivo.

2

Todos los espectadores
habrán podido apreciar,
que es un equipo ideal
que tiene buenos valores;
magníficos jugadores
que juegan brillantemente,
lo demuestran claramente
por su buena ubicación;
al frente del pelotón
con méritos suficientes.

3

Es el bloque defensivo
un verdadero baluarte
siendo el guardavalla DUARTE
un valor indiscutido:
DE MARTA se ha distinguido
con actuaciones geniales.
MATEOS; AGUIRRE SUAREZ;
JULIO SANTELLA y MANERA:
son sin duda en la tercera
valores fundamentales.

4

El ataque de Estudiantes
de Tercera División,
ha causado admiración
con su juego deslumbrante;
hacen cosas tan brillantes
sobre la verde gramilla,
y al ver tantas maravillas
recordamos los más viejos;
a "Flecha de Oro" (1) "El Conejo" (2):
"Nolo" (3) "El Indio" (4) y "Don Padilla" (5)

5

ZIBECCHI y ENRIQUE FLORES
en las puntas del ataque,
vuelven "locos de remate"
a todos sus marcadores;
siendo ECHECOPAR señores
un delantero grandioso,
BEDOGNI es maravilloso,
y CREMASCO y MERCERAT;
son dos "pichones de cracks
por su juego habilidoso.

6

También suelen integrar
la tercera "estudiantina",
MARIO RODRIGUEZ; MEDINA:
MASCHIO; MUÑOZ y ESCOBAR:
y les puedo asegurar
con palabras elocuentes,
que ORIFFE es inteligente
y ESPINOSA Y GABRIEL FLORES:
también son merecedores
de un aplauso muy ferviente.

7

Jugando como volante
PACHAME se ha distinguido,
y en la cancha se ha lucido
por su juego descollante:
y hoy la hinchada de Estudiantes
alienta con emoción,
a MALBERNAT; a VERON;
a POLETTI y EDUARDO FLORES:
porque son buenos valores
en Primera División.

8

Todo el plantel de tercera
es guiado con desvelo,
por MIGUEL IGNOMIRIELLO
CARLOS PARES y CANCELA;
y opinando a mi manera
les diré sin dilación,
que en 3ª División
Estudiantes de La Plata
con su tercera que mata
sin duda será campeón.

NOTA: (1) Lauri; (2) Scopelli; (3) Manuel Ferreira; (4) Guaita; (5) Zozaya.

Fortunato A. Andreucci (Nato) Ensenada

Prohibida la reproducción



Juan Ramón Verón, recuperándose de una lesión en 1965 junto a "Pepe" Peña, Ignomiriello y Cancela



Eduardo Luján Manera, Carlos Pachamé y Juan Echecopar, ya en la Primera

Carlos Pachamé

“Ignomiriello nos enseñó el orden y nos convenció de que teníamos grandes compañeros”

Antes del “equipo del Narigón”, antes de Zubeldía y su ballet, antes de “Verón montado en una escoba”, el público cantó “y ya lo vé / y ya lo vé / es el caudillo Pachamé”: jugador hecho a medida del club, Carlos Pachamé, sin embargo, casi se dedica al básquet.

“Yo empecé en Estudiantes en Novena, entrenaba en el Industrial y no jugaba: jugaban los once, no había suplentes y yo no jugaba. En Novena jugué uno o dos partidos, en Octava poco. Y jugaba al básquet en Náutico de Ensenada: como no jugaba, los sábados no viajaba, así que me empecé a dedicar al básquet”, relata.

Hasta que Ignomiriello llegó al club y lo fue a buscar: al año siguiente ya debutaba en Primera. “Después empecé a alternar entre Reserva y Tercera, y entrenaba con el plantel de Primera, hasta que llegó Osvaldo. Ahí empezó una rivalidad entre Madero y yo: Madero era mediocampista, a veces jugaba él de local y yo de visitante, hasta que Osvaldo lo puso de defensor ante una lesión. Y yo pasé al mediocampo”.

Pachamé se transformó entonces en pieza fundamental de Estudiantes y fue campeón de todo: en la noche mística inaugural, el caudillo despejó, poniendo el físico en riesgo, como siempre, el que hubiera sido el 4-1 de Platense, en el recordado “Bombonerazo” del Metropolitano de 1967. En la jugada si-

guiente llegó el descuento de Estudiantes, 2-3, camino a un 4 a 3, épico, con uno menos, en las semifinales del primer torneo que ganó el equipo que sería tricampeón de América y campeón del mundo: en Old Trafford, Pacha se acordó de Don Miguel, y le dedicó el triunfo.

- Estuvo muy cerca de ser jugador de básquet. ¿Cómo terminó quedándose en el fútbol?

- Miguel Ignomiriello me hizo llamar cuando llegó. Yo por el 62 pensé que no jugaría más: no jugaba en los partidos y sufría. Entonces vino Miguel a buscarme: le dije que volvía si me prometía jugar; si no, me iba a trabajar con un tío en General Pico. Ahí empecé a jugar. Yo entrenaba, estudiaba, jugaba al básquet. Pero siempre le digo a los chicos que hay que estar preparado, porque cuando tuve la oportunidad pude aprovecharla.

- ¿Qué fue la Tercera que Mata?

- Don Miguel fue el inspirador de todo ese campeonato. Siempre fue ejemplo y lo que pedía él lo demostraba con su manera de ser, con su seriedad y su responsabilidad. Como todo padre de familia, cuando da una orden, sabe por qué la da. Miguel nos enseñó a ser responsables, a saber usar una canillera, dónde poner la ropa después de entrenar, cuidar la alimentación, descansar, pasar por las casas previo a los partidos. Miguel me capacitó y me dio un ejemplo de vida. Y tuvo la creatividad y el ojo para traer buenos jugadores: vinieron Poletti, Echecopar, Aguirre Suárez, había una cantidad de jugadores que él fue a buscar y formó un equipo muy competitivo. Y lo que nos enseñó Miguel fue el orden: teníamos que tener orden en el entrenamiento, orden en la vestimenta, llegar temprano. Y convenció al equipo de que teníamos grandes compañeros. A medida que nos íbamos conociendo, jugando, íbamos obteniendo lo que queríamos.

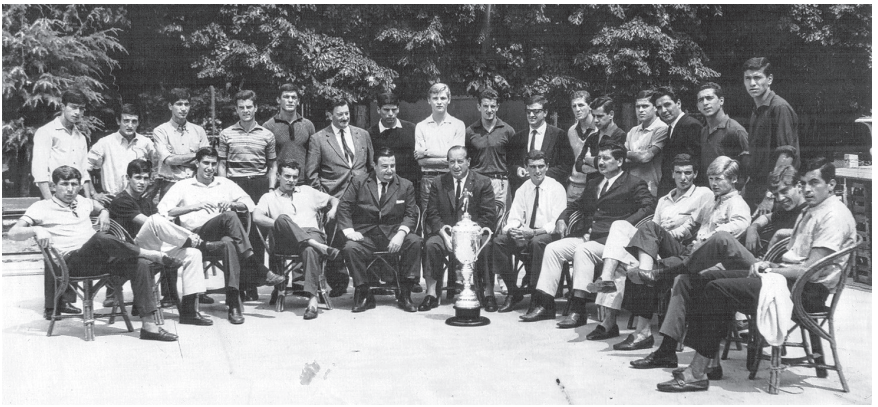
- ¿Cómo eran los años antes de la llegada de Ignomiriello?

- Era una época complicada, Estudiantes en 1963 casi se va al descenso, lo salvaron en AFA. Y Miguel logró orden: todo lo que se ve ahora en el fútbol, en inferiores, fue iniciado por Miguel, y continuado por Zubeldía, por su concepto claro sobre los gru-

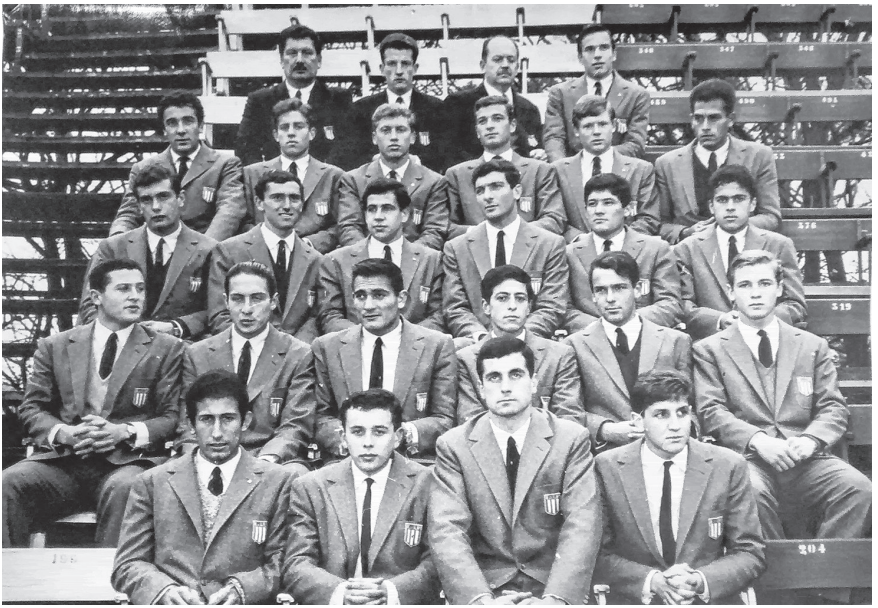
pos, la innovación, la solidaridad y la disciplina. Eso se combinó: al principio subían de a dos o tres jugadores, y después volvíamos a Tercera o a la Reserva, pero después la promoción fue importante. Hoy se habla de La Masía del Barcelona, del Real Madrid, del trabajo en China, pero aquí tenemos a un gran adelantado que es Don Miguel.

- ¿Qué sintió en Old Trafford? ¿Dimensionó que eran campeones del mundo?

- Era un sueño, pero estábamos convencidos. Eso nos enseñó Osvaldo también: era un tipo parco, le costaba expresar sentimientos, pero era un psicólogo y un docente. Y nos dijo que estábamos bien preparados, entonces teníamos que salir tranquilos, ir con la convicción de que íbamos a hacer lo mejor. No adelantarse. Creo que eso nos ayudó a ser precavidos, calmos: estábamos convencidos de que podíamos. Y después sí, la euforia supera todos los sinsabores que haya tenido antes. Fue muy emocionante.



La Tercera, campeona del torneo nocturno en 1966



Ignomiriello y sus jugadores, en las tribunas de madera tras la conquista de 1965

La semilla de la mística

8

"El éxito dio por tierra con las personas que consideraban que todo el trabajo era para nada", recuerda Don Miguel. La frase revela algo que Ignomiriello se resiste a profundizar: su lucha de entonces, de siempre, por imponer su metodología frente a los desconfiados y los interesados que complotaron en su contra. Habitualmente ganan los conjurados, por ser más: el éxito de la Tercera fue una reivindicación del trabajo metódico aplicado en esos años, pero aportó apenas algunos meses de paz. Pronto volvieron las voces que sospechaban y susurraban; también, las resistencias.

Y eso que el éxito no fue solo de la Tercera. La temporada 1965 terminó con la Cuarta de Echecopar, Cremasco, Juan Carlos Maschio, Raúl Forteis, Del Curto y "Bambi" Flores campeona, si bien en realidad, se consagró en 1966: el partido desempate con Vélez se retrasó varios meses. Se jugó finalmente en marzo, en cancha de Talleres de Remedios de Escalada: ganó Estudiantes, 2 a 0, con goles de Echecopar y Zibecchi. Echecopar coronaba un verano particular: cuando se determinó que la final de 1965 se jugaría en 1966 decidió quedarse en La Plata y entrenar en lugar de volver a sus pagos, y semanas después Zubeldía se lo llevó junto al primer equipo de gira. Volvió justo para la final, una definición que fue 2 a 0 "pero pudo ser 8 a 0", según escribió Mercurio. Los de Estudiantes dieron la vuelta olímpica en la cancha de Escalada, aplaudidos por rivales y árbitros tras la exhibición.

También en el 65 fue subcampeona la Sexta. En 1966 tendrían revancha: ya en Quinta, ese grupo de jugadores, que

incluía a Zuccarelli, "Bambi" Flores, Forteis, Juan Abelardo Fariscoy, Ernesto "Cococho" Álvarez, Juanchi Taverna (luego campeón y goleador en Boca), Mario Rodríguez y Sagastume (el goleador), ganó su categoría.

"En Quinta jugué todos los partidos, salí goleador con dos goles de promedio por partido, hacía goles hasta con la panza", recordaba el "Ómnibus" Sagastume, que al año siguiente, peleado, se fue del club hacia Cambaceres, luego jugó en Boca Unidos de Bariloche y tras la conscripción y luego de sufrir un accidente, dejó.

"Fue un trabajo que tuvo una continuidad, Don Miguel dejó un sello muy fuerte", relata Julio Santella, campeón con la Tercera también en 1967, sin Ignomiriello en Estudiantes. El trabajó había dejado su huella. Varias huellas: ahora, dice Santella, "habían dejado de ganar los grandes: Estudiantes le abrió la puerta a los chicos".

Ignomiriello ya no estaba en el club para ver esa cosecha de títulos que seguiría luego con los resonantes éxitos del equipo de Zubeldía: Don Miguel dejó Estudiantes a mediados de la temporada 66. A pesar de los triunfos: de hecho, cuando se fue, la Tercera "iba primera, sin ningún tipo de problema", recuerda Zuccarelli.

Campeón en esa Quinta del 66, Zuccarelli también alternó esa temporada en la Tercera que ganó la primera ronda y disputó un partido final con Boca por el título, ya con Juan Eulogio Urriolabeitia, reemplazo de Don Miguel, como entrenador.

Ignomiriello subió a Zuccarelli a principios de año, cuando Aguirre Suárez se convirtió en un jugador habitual de la Primera: en el primer campeonato que jugó Zuccarelli con la Tercera, en pleno verano, fue campeón. Fue un torneo de carácter amistoso, celebrado entre divisiones juveniles. Fue televisado, de noche: lo organizó para Canal 13 Alfredo Rütschi (periodista, creador de "Polémica en el fútbol" junto a Carlos Fontanarrosa), y lo relató Julio Ricardo. La condición para que el torneo se llevara a cabo era que jugara la Tercera sensación de Estudiantes. "Nosotros hacíamos pretemporada en enero y terminaba a

fines de mes. Era complicado", cuenta Ignomiriello. "Rütschi, el padre de Alejandro Apo, me vino a ver y me dijo que los directivos le transmitieron que yo resolviera el tema. Y me dijo que si la Tercera no jugaba, el torneo no se realizaba. Me puso en un aprieto, y le di mi palabra para intervenir". El día que se jugara, pensó Miguel, no habría trabajo por la mañana.

El torneo incluía también a San Lorenzo, Vélez, Racing, River e Independiente, el otro gran impulsor de aquel campeonato, que rápidamente quiso aprovechar su condición de organizador y pidió incluir tres jugadores mayores de edad: querían aprovechar el torneo para probar posibles refuerzos. Los dirigentes aceptaron, pero Estudiantes no tenía a la Primera en el país: el equipo de Zubeldía estaba de gira por Centroamérica, con los mayores, pero también varios juveniles campeones el año anterior (Poletti, Aguirre Suárez, Bedogni, Verón, Pachamé, Echecopar, Manera).

Así que La Tercera de Estudiantes comenzó el torneo nocturno con algunos jugadores del campeón del 65 (sobrevivían Espinosa, "Tinga" Flores, Demarta, Medina y Zibecchi, más algunos que habían sumado unos pocos partidos en la Tercera de 1965 -"Bambi" Flores, Del Curto, Orife, Mario Rodríguez, Maschio-), que se juntaron a jovencitos como Sagastume, Fariscoy, Di Julio y Forteis.

Igual, Estudiantes ganó el torneo. De forma invicta. Derrotó a Vélez en el debut, y luego dos veces a Racing; la segunda, para alcanzar el título, de manera heroica: la Tercera de Don Miguel fue perdiendo durante todo el partido, y José María Suárez habló en su crónica de un verdadero baile de los de Avellaneda en la primera mitad, pero "termina la etapa y los de Racing se caen solitos: el esfuerzo ha sido muy grande. Los de Estudiantes están como si recién empezaran. La diferencia en la preparación física de ambos conjuntos salta a la vista".

De todos modos, Racing aguantó todo el segundo tiempo, hasta que en dos jugadas a minutos del final, Di Julio, otro de los chicos de Sexta que Miguel subió a Tercera aquel torneo, marcó por duplicado y le dio la copa a Estudiantes.

Era verano, el hincha quería ver fútbol, la Tercera campeona era boom: "Eso dio lugar a que concurriera mucha gente y nos dejara una muy buena recaudación, que me permitió seguir invirtiendo dinero en el mantenimiento de las condiciones de trabajo", recuerda Don Miguel.

El año culminaría con los campeonatos de la Quinta y la Reserva, que se coronó después de 31 años: desde 1935, con un equipo que tenía a uno de los hermanos Sbarra y a Saúl Ongaro, Estudiantes no campeonaba en la Segunda. Y en 1966, lo hizo con un plantel conformado prácticamente en su totalidad por jugadores formados en el club (Espinosa, Aguirre Suárez, Pachamé, Demarta, Manera, Zuccarelli, Avelino y Malbernat desfilaron por aquel elenco), y no por profesionales sin lugar en el primer equipo: cumplía el "gastador" Don Miguel con una de sus misiones, recortar el costo del plantel profesional reemplazando jugadores veteranos de la Reserva por chicos en su primer contrato.

Ignomiriello había transformado a Estudiantes en una fábrica de talento. Una generación dorada de futbolistas. El repaso de los nombres de aquellos equipos revela al menos 40 jugadores, tal vez más, que se volvieron profesionales en un período de 4 años: desde ya, no entraban todos en la Primera de Estudiantes, así que muchos tuvieron que emigrar en busca de minutos de juego. El caso más recordado es el de Colón, que incorporó a Antonio Rubén Sacconi, Mario Rodríguez, Carlos Trullet, Zuccarelli y Zibecchi en una primera tanda de refuerzos que llegaron libres desde Estudiantes, todos de la categoría 48 y campeones en la Quinta del 66. Se sumaron en las siguientes temporadas Héctor Baley, campeón del mundo en 1978, y Ernesto Álvarez, a quien Don Osvaldo había llevado a Old Trafford con solo 19 años: el excepcional "Cococho" se convirtió en un emblema en Colón, y luego brilló en Colombia, donde convirtió 8 o 9 goles olímpicos jugando para el Cali. A varios los llevó Urrolabeitía, que tras reemplazar a Don Miguel en Estudiantes partió hacia Santa Fe. Colón formó un torneo con lo que descartó Estudiantes, y protagonizaron la mejor campaña del

Sabalero en Primera en el siglo XX: en el Nacional de 1972, fueron segundos de Boca en su grupo, arañando las semifinales.

Para entonces, los que se habían quedado en Estudiantes ya habían alcanzado la gloria: el Quinquenio de Oro iniciado en 1964 con el subcampeonato de la Tercera continuó con ocho campeonatos de divisiones juveniles hasta 1969. En 1967, Estudiantes se convirtió en el primer equipo de los denominados chicos en ganar un torneo de AFA: lo hizo con 15 jugadores de inferiores en el plantel.

La final, contra el equipo de Racing que sería campeón del mundo ese año, incluyó entre los titulares a Poletti, Aguirre Suárez, Malbernat, Pachamé, Echecopar y Verón: un equipo con promedio de edad menor a 23 años. Un año más tarde, ganaba su primera Copa Libertadores con Poletti, Aguirre Suárez, Malbernat, Medina, Pachamé, Flores y Verón. En la ida por la Copa Intercontinental, Echecopar jugó en lugar de "Bocha" Flores, lesionado (al igual que Manera); en la vuelta, en Old Trafford, jugó Felipe Ribaudo, pero en el segundo tiempo ingresó Juancito, en el día de su cumpleaños. En La Bombonera, paró un equipo con 24 años de promedio de edad; en Inglaterra, la media fue de 25: es el equipo con menor promedio de edad en convertirse campeón del mundo en la historia. También fue el equipo con más jugadores formados en el club en ganar el título más importante a nivel clubes (en 2011, Barcelona igualó esa marca).

Se cumplía así lo que Mercurio había escrito, mirando al pasado pero con carácter profético, el día de la consagración de la Tercera, en 1965: "Estudiantes vive con una mística desde su fundación: las divisiones inferiores".

***

¿Qué es la mística? Algo de esa palabra inclasificable, por mágica, por inexplicable, se tejió en aquellos entrenamientos con lluvia, en el barro, doble turno, en tiempos de inferiores. Un

espíritu, una enjundia clave para enfrentar las batallas coperas. No era únicamente la preparación física: "No solo se lanzó una nueva metodología de trabajo, no existente en el país hacia ese momento, sino también una nueva mentalidad en la preparación de un futbolista. No es solo correr y pegarle a la pelota, no termina ahí: los que llegan son los que repasan todo lo que Don Miguel interpretó en ese momento", suma Carlos Cancela, el preparador físico del proceso de juveniles de Ignomiriello.

"Se formaban jugadores con una mentalidad muy ganadora desde inferiores: te exigían, y queríamos ganar. No había esa resignación perdedora. Al contrario. Creo que la mística arranca ahí. En esa Tercera que Mata", agrega Enrique Lombardi.

Transformar la mentalidad de un equipo acostumbrado a empatar y perder fue clave en la conformación de ese espíritu ganador. "Para Miguel siempre había que comprar ropa, pintar, arreglar, pero así era que los jugadores del rival te miraban y ya les habías ganado. Él quería esa presencia", recuerda "Bambi" Flores.

"Cuando llego a Estudiantes yo hacía planchar las camisetas, los pantalones, para que se sintieran orgullosos de donde estaban. Y cambiábamos la camiseta al terminar el primer tiempo, no lo hacía nadie, pero con la camiseta transpirada uno carga con el peso de la transpiración en el segundo tiempo: además de tener menos peso uno, carga con más peso. Entonces, cambiamos las camisetas. Mis colegas decían que era una barbaridad...", recuerda Don Miguel. "Pero, ¿hay algún equipo en el mundo que haya llegado a campeón del mundo con 7 juveniles?"

"La base del campeón del Mundo la puso Don Miguel. Con Osvaldo Zubeldía, marcaron una etapa del fútbol argentino desde un club sencillo, humilde, como Estudiantes", dice Pachamé, el caudillo. "Nos compenetramos en estar unidos y, en épocas de bolsillo flaco, tratábamos de ganar y, sobre todo, de hacer lo correcto. Se formó un grupo de amigos. El compañerismo que conformamos fue una de las claves: formamos una familia".

Don Miguel, obsesionado por los detalles, había planificado incluso, al hacer los vestuarios y poner en condiciones la cancha auxiliar, un espacio común para que los jugadores pudie-

ran compartir el tiempo y no se fueran cada cual por su cuenta al terminar los entrenamientos. Así, entre exigentes jornadas de trabajo y momentos de descanso, se fue formando esa banda de hermanos. "Ahí se fue armando un equipo. Se fue armando una mística. Si no hay utopía y mística, en todos los órdenes de la vida, no se consigue nada. La utopía en ese momento era un campeonato de Tercera, mire a lo que se aspiraba. Pero era la mística de formar un equipo diferente. Y Estudiantes fue diferente", afirma Osvaldo Papaleo.

"Ese equipo era un núcleo muy cerrado, nos ayudábamos mucho entre nosotros: éramos un equipo", decía Raúl Madero, para quien "lo que es mística, en realidad está vinculado con la educación que traía Estudiantes: nadie se creyó nada, siempre éramos medidos en las declaraciones y si alguien se escapaba de eso lo agarrábamos del pelo. Eso lo traían de la Tercera".

"De todo lo que nos pasó", recordaba Madero, "lo más sorpresivo fue Platense. Se terminó el partido y nos fuimos a la concentración: a la mañana, nos despertamos con Juan Echecopar y no lo podíamos creer. Fue el inicio de una cantidad de cosas increíbles. A partir de ahí Estudiantes cambió: nos dimos cuenta que podíamos. Osvaldo ya había dicho que si nosotros estábamos concentrados, condiciones había para todo. Esa mística que estaba en el aire se concreta con Platense, se ratifica con Racing y ya después estábamos inflados de ganas de demostrar que podíamos. Una cuestión de fe. Pero también una cultura: la cultura de que hay que matarse, y, si no sale, por lo menos diste todo. Pero hay que matarse".

***

¿Por qué, entonces, Don Miguel Ignomiriello se fue de su cargo a mediados de 1966? Al parecer, fue por unos chocolatines. Ignomiriello se vinculaba con laboratorios para conseguir muestras gratis de las vitaminas que suministraba a los juve-

niles, pero a los jugadores no les gustaban esas inyecciones que recibían en la oficinita de inferiores. Eran, claro, las jeringas de otro tiempo, duras, gruesas. Un día, Don Miguel descubrió que esas vitaminas venían también en forma de chocolate. No dudó en comprar. "¿Cómo va a gastar plata en eso?", le decían.

"Fue una de las grandes peleas de Miguel con los directivos", recuerda Eduardo Bernasconi, parte del grupo que ayudaba en inferiores. Mario Martínez, mano derecha de Mangano, y además contador, "empezó a decir que Miguel era un gastador, que tiraba el dinero". Detrás de él, se encolumnaron varios dirigentes que no comulgaban con las ideas de Ignomiriello.

La pelea por los chocolates se sumó al debate por el techo del Demo. Don Miguel se cansó. "Era una injusticia que se dijeran esas cosas... Tenía que estar explicando en cada caso el porqué, minuciosamente. Estaba cansando de la oposición permanente", cuenta. "Y cometí un gran error: me apresuré. Cometí el error de renunciar. De pelearme, de no hablar con Don Mariano: fui a hablar con él el lunes y el martes, pero no estaba, estaba en AFA. Y me fui. Me apresuré, hubiera seguido trabajando, el trabajo que habíamos hecho era excepcional".

Ignomiriello no quiere contar demasiado. Piensa que tal vez su éxito generó celos en otros dirigentes, y desliza que tal vez cayó en una trampa: "Quizás había intenciones e intereses para que me alejara: que yo estuviera impedía que se incorporaran jugadores".

Le decían gastador, pero, recuerda, "en 1966 el club no incorporó ningún jugador profesional, y mientras iban subiendo a Primera, el club iba vendiendo jugadores para hacer lugar". Entonces, venían los empresarios, esos que colocan futbolistas y reparten, "y Estudiantes rechazaba a los jugadores".

"Son nocivos para las instituciones, intentan ubicar sus jugadores para hacer sus negocios, y llenan a los clubes de jugadores innecesarios e intrascendentes", afirma Don Miguel. Tras su partida, desliza, empezaron a llegar refuerzos, "algunos sin nivel..."

Cuando trascendió la renuncia de Ignomiriello, algunos hinchas publicaron una convocatoria para intentar revertir la decisión. No fue una muchedumbre, pero una veintena de muchachos llegó a la sede. "Nos recibió Mario Martínez. Nos sentamos, yo me senté a su derecha, al lado. Me preguntó quién había convocado a la reunión, pero era un poco autoconvocada, no había voluntad política", cuenta Félix Campodónico. "Yo no me callé la boca. Y dije: 'Acá se termina un proceso, ¿usted es consciente?' No me contestó, como asintiendo a lo que le decía. No tuvo argumentos. No sabían a quién iban a traer".

"Dejar ir a Miguel fue un error", sigue Campodónico. "Él tenía exigencias, tendría que haber sabido negociar, conceder. Pero no eran políticos: Mangano era empresario, Mario Martínez era contador. Gente con buenas intenciones que se arrimaba al club para trabajar. Don Mariano compró el departamento de la filial de Capital y dejó el auto, se volvió en micro. Esa era la gente de antes".

***

Ignomiriello gastó, pero generó riqueza. "Se dice que usted es caro", le preguntó El Día el 26 de julio de 1966, a propósito de su sorpresiva salida. "Es verdad, soy caro", retrucó Don Miguel. "Pero hay que saber sumar y restar. Es aburrido escuchar la cantinela de 'Miguel, usted cómo gasta...'. Yo respondo: 'Gasto porque rindo y no se pueden pedir resultados con miserias'. Pido plata, además, porque parto de la base de que toda inversión en las inferiores es ahorro. Sume lo que cuestan Manera, Poletti, Echecopar, Pachamé, Flores, Verón y el resto y tendrá una linda cantidad, capaz de solventar los gastos de tres años de inferiores. Muchos dirigentes se quejan, pero no tienen memoria. ¿Cuántos jugadores compró el club en 1966? ¿Cuántos jugadores deberá comprar Estudiantes en

1967? Ninguno. Recuerde que Independiente, que gasta muy poco en inferiores, este año invirtió casi 80 millones en jugadores de Primera División".

El club no solo no incorporó jugadores en 1966, sino que empezó a vender, primero veteranos sin lugar en el plantel (y de sueldo costoso), más tarde a jugadores formados en inferiores: la lista de los canteranos transferidos a lo largo del tiempo, ventas que capitalizaron el club, es extensa, e incluye a Manera, Verón, Aguirre Suárez, Malbernat, Medina, Pachamé, "Bocha", Mercerat, Orife, el grupo que se fue a Colón (aunque casi todos libres)...

Esos muchachos de la Tercera que mataron en Primera fueron, además, puntales de una revolución más profunda, institucional: en 1963, Estudiantes, peleando el descenso, tenía unos 3 mil de ellos eran socios plenos. Cuando se fue Don Miguel, buscaban alcanzar los 50 mil socios; en 1968, con las bases de Ignomiriello apuntaladas por el genio de Zubeldía y el afán de Mangano, el club llegó a tener más de 70 mil socios.

Manchester no tenía socios: como señaló el Doctor Roberto Marelli, eran "11 jugadores de carne y hueso contra una sociedad anónima". El Gran Manchester, la primera ciudad industrial del mundo y pujante usina de Gran Bretaña, tenía una población de casi 2 millones y medio de habitantes, mientras que La Plata, ciudad que a veces parece estancada, detenida en el tiempo, alrededor de 350 mil. La sociedad anónima alistó en aquellas finales de 1968 a dos campeones del mundo de 1966, Nobby Stiles y Bobby Charlton, y al norirlandés George Best, el primer futbolista del mundo en cobrar 1.000 libras esterlinas por semana. Habían comprado aquel año al escocés Willie Morgan por la cifra récord de 117 mil libras. "Valía más que lo que costó todo el plantel de Estudiantes", lanza Don Miguel. Por eso, insiste: "No era gasto, era inversión".

El desbalance era tal que durante años en Manchester no quisieron aceptar aquella derrota. "Animals", clamaron. El mito de los "animals" argentinos había comenzado en el Mundial 1966, y había alimentado una rivalidad con ribetes geopolíticos por la ocupación de Malvinas, pero fue amplifica-

do cuando el United visitó, en la ida de la Intercontinental, La Bombonera, y encontró un clima marcadamente hostil. Dentro y fuera de la cancha: los hinchas bramaban mientras el equipo de Zubeldía corría y metía. Era un grupo aguerrido, con jugadores como Pachamé, que se declaraba a sí mismo "un campo de batalla", o Aguirre Suárez, que aunque se jactaba de nunca haber lesionado a un rival, alguna vez le explicó con calma a "Pinino" Más que "la cancha se divide en cuatro cuartos: este pedazo es Vietnam, pero usted camine tranquilo por los otros tres cuartos".

Entonces, cuando Estudiantes ganó el partido de ida, la prensa inglesa se escandalizó. Antes de la vuelta en Old Trafford, el programa británico "World in Action" dedicó una emisión entera a Estudiantes: allí, George Best decía que en La Bombonera "no querían jugar al fútbol, querían detenernos a toda costa, y yo no voy a arriesgar mi carrera por nadie"; el ex futbolista y periodista Bernard Joy, que cubrió el partido para el Evening Standard, hablaba de cabezazos, peligrosas patadas, intimidación, "una carnicería en una noche de marcada hostilidad"; y otro ex jugador y periodista, Danny Blanchflower, no dudaba en llamar a los de Zubeldía "salvajes" e "indios".

"He visto ocho partidos entre argentinos e ingleses y siempre es la misma historia: tienen una cínica indiferencia por nuestra manera de entender el espíritu deportivo, quieren frenar al rival cueste lo que cueste. Tiene que ver alguna inseguridad en su temperamento nacional, no veo otra explicación", afirmaba Joy, y Blanchflower, directamente, hablaba de "extranjeros sucios": "Manchester jugó contra los indios en su propio campo, entonces no es que no querían meter la pata, no querían antagonizar: temían las consecuencias, algo que se les puso en la cabeza antes de empezar".

Madero hablaba también en ese especial de "World in Action": "Somos futbolistas, no animales, ¿han visto a una vaca o un caballo jugar al fútbol?", decía con ironía sobre los epítetos deshumanizantes de la prensa británica. El defensor y médico invitó a los periodistas ingleses a la concentración en

Inglaterra, tocó Chopin en el piano y les habló en inglés. No los convenció. Es que había otras cosas en juego, relativas a la patria.

Por supuesto, en la vuelta, la cancha de Manchester fue una verdadera Caldera del Diablo. Zubeldía hizo salir antes a los jugadores a la cancha: quería que se acostumbraran al clima revanchista de los civilizados ingleses, que arrojaban insultos y objetos hacia los "animales". Así, cuando comenzó el partido, Estudiantes estaba tranquilo, aclimatado. En el vestuario, Zubeldía había dicho que la clave era tapar los centros de los wines y hasta había escrito el resultado consagratorio: "1 a 1 y campeones del mundo".

"Nos dimos cuenta de que estaban frustrados, no podían entrar. Best le tira un cabezazo a Tato Medina porque no podían entrar. De entrada Poletti atajó una pelota ante un tiro de Charlton... y mostró la pelota. Es más frío que yo", se reía Madero. "Togneri bloqueó totalmente a Bobby Charlton, fue clave. La otra clave fue la Bruja, que generó fules, los inventaba, para que nosotros descansáramos en defensa. Yo, como líbero, no tuve demasiado trabajo, no tuvimos problemas serios".

"Quizás pensaban que no íbamos a estar acostumbrados a jugar en cancha pesada. Pero Zubeldía nos hacía jugar los días de lluvia en una cancha alquilada. Estábamos acostumbrados a jugar con el barro", contaba Madero. "Iban subiendo y decían 'I don't believe it'. En su cancha, con esos jugadores... 'Estos soretes vinieron acá y nos sacaron la Copa'. Nunca quisieron aceptar que les ganamos porque nos veían como indios".

"Y el gol es offside, eh: si no era 1-0. Y tuvieron suerte en Boca, les tendríamos que haber hecho 3 o 4 goles; ellos llegaron tres o cuatro veces, no hicieron nada, estaban todos atrás. Y festejaron. Pensaban que en casa ganaban, que se habían salvado", agregaba el Doctor Madero.

Morgan marcó el empate agónico, pero al Manchester no le alcanzó: el Quinquenio de Oro llegó a su momento cumbre cuando bajo la garúa inglesa el yugoslavo Konstantin Zečević señaló el final. La Plata fue una fiesta de esas que se cuentan a los hijos, a los nietos, con todo el mundo en la calle.

La final terminó en Inglaterra por la noche, pero en La Plata eran apenas las seis de la tarde. En minutos, 7 y 50 se colmó de hinchas, cortando el tránsito entre las calles 47 y 54; hacia las 19, cuando el intendente, el coronel Franco Icazzatti, se acercó a saludar, la sede de calle 53 estaba abarrotada de gente. Al día siguiente, algunos colegios dieron horas libres a los alumnos: la mayoría se había hecho la "rata" después de una tarde-noche de jolgorio. Un grupo de alumnos que había decidido no ir a clases (seis de Estudiantes, dos de Gimnasia) se dirigió en el marco de esa laxitud hacia la Escuela Normal Nº1: ingresaron por la puerta principal y antes de que nadie pudiera detenerlos, arriaron la bandera argentina e izaron la de Estudiantes. Los jóvenes escaparon por los baños: habían pautado con la novia de alguno que dejara abierto el ventiluz de los baños de calle 14 y de allí saltaron a la calle, a más de dos metros de altura, con algunos raspones y la victoria consumada.

El equipo de Zubeldía regresó al país recién el martes 22 de octubre, tras jugar un amistoso ante el Milan. El vuelo aterrizó por la mañana y encontró las terrazas de Ezeiza repletas de hinchas: la fiesta continuaba. El micro tardó más de cinco horas en llegar a La Plata, y encontró un arco triunfal en 7 y 32, repleto de banderines y banderas rojas y blancas. Tres cuadras más tarde, la lenta caravana alcanzó otro estandarte, una bandera donde se leía: "La Copa y las Malvinas son argentinas", junto a una imagen de una bruja sobre una escoba.

La marcha fue tan lenta que el colectivo se recalentó y tuvo que frenar para enfriar el motor. Recién hacia las 15.30, seis horas después del aterrizaje, el micro llegaba a la Casa de Gobierno. De allí, al estadio, donde al plantel lo esperaba su gente para la vuelta olímpica.

El fervor era total. Y comprensible. Un equipo de la pequeña ciudad de La Plata, construido de manera artesanal, con sudor, con paciencia y tesón, con visión y genio, derrotaba a uno de los clubes más poderosos del planeta. Cinco años antes se había ido al descenso.

***

Ignomiriello continuó su carrera en Rosario: llegó a Central en 1967, de la mano de Adolfo Boerio, un presidente transformador para la institución, con la idea de reorganizar las divisiones inferiores del club. Al poco tiempo, los malos resultados en Primera dejaron un vacío en la conducción: Ignomiriello le dio a Boerio algunos nombres para el cargo de entrenador (Scopelli, Cesarini y Fernández Viola, recuerda), pero las negociaciones fracasaron, y Boerio le dijo a Don Miguel: "O tomás la Primera, o te vas del club". Ignomiriello se volvió así entrenador de Primera.

Permaneció dos años, y aplicó el mismo trabajo que había realizado en Estudiantes: cambios en la infraestructura, doble jornada, captación de talentos. "Convirtió a un club grande con alma de aficionado en una prestigiosa institución profesional del fútbol argentino", dice Aldo Pedro Poy.

Cuenta la leyenda que observaba aquellos cambios un futuro entrenador: a Marcelo Bielsa, de chico, le decían "Ignomiriellito", porque, según su hermano Rafael, estaba obsesionado con las prácticas de Central.

Pero algunos no estaban de acuerdo con sus métodos: César Menotti volvió a Central aquel año, pero solo duró dos partidos con Don Miguel. "No quería entrenar en doble turno, ni concentraciones largas, decía que no servían para nada. Pero mirá como es luego la vida, que toma la selección y va a Mar del Plata y concentra 6 meses. Lo saqué del equipo después de dos partidos y le pregunté si quería tomarse licencia o jugar en Reserva. Me respondió: 'No, me tomo licencia'".

También tuvo bajo su ala a otro jugador de renombre, otro habituado a una vida bohemia: hizo debutar a Tomás Felipe Carlovich, el jugador que luego se convirtió en leyenda, bajo el apodo de "Trinche", por su talento nunca concretado en las grandes ligas.

Bajo su mando, creció la base del equipo que sería campeón en 1971: hizo debutar a jugadores como Alberto Fanesi y Alberto "Hijitus" Gómez, y afirmó en Primera a figuras como Aurelio José Pascuttini y el mencionado Poy. "Don Miguel cambió la historia de Rosario Central. Revolucionó el fútbol juvenil", dice Pascuttini, gloria de Central, bicampeón con el club y ahora formador como Ignomiriello. "Antes de su llegada, Central siempre quedaba mitad de tabla para abajo. En el 70 fuimos subcampeones, y al año siguiente campeones".

Don Miguel fue ladero del presidente Boerio en la adquisición de la Ciudad Deportiva, predio para entrenar en el que pasó a desarrollar su tarea con los juveniles. "Desde su llegada, Rosario Central empezó a crecer y a tener un proyecto futbolístico de campeones", dice "Hijitus" Gómez, que tiene un recuerdo más personal: "Me marcó en mi vida. Cuando llegó, formó una Cuarta campeona, yo tenía 16 años y a partir de ahí empecé a jugar en Primera, me hizo debutar. Pero me marcó más allá de lo futbolístico: me hizo comprar una casa para mis padres, me formó como persona. No me puedo olvidar nunca de él".

Invicto durante los ocho primeros clásicos con Don Miguel, Central quedó en 1968 debajo de Vélez, Racing y River, que empataron en la primera posición, a un punto. Al año siguiente, dejó Central cuando abandonó la presidencia Boerio, quien no solo lo había llevado, sino que también lo había defendido ante las críticas que allí encontró. Las mismas de siempre.

Desde Rosario, vio a sus muchachos de Estudiantes crecer. Los extrañaba, así que a poco de instalarse en la ciudad santafesina, en una fecha libre para Central, viajó a Avellaneda a ver un Racing-Estudiantes. Allí se cruzó con el periodista Dante Panzeri, una figura más grande que la vida, "crítico honesto, con muy buena memoria, mucho conocimiento". Panzeri escribía una columna, "Mi punto de vista", para El Día, y en una de esas notas habló de la Tercera campeona

de 1965: “La Tercera gana en Tercera, pero no ganará en Primera”, vaticinó quien no gustaba de las ideas modernas que empezaban a cambiar la fisonomía del fútbol argentino. Ese día, el 3 de abril, Estudiantes, con ocho jugadores formados en divisiones inferiores, le ganó al Equipo de José y le quitó el invicto que tenía de local desde 1965; cuatro meses más tarde, el elenco de Zubeldía volvería a derrotar a la Academia en la final de aquel Metropolitano para consagrarse, por primera vez, campeón argentino.

“Al bajar de la platea, me crucé a Panzeri. Y no pude resistirme. Le dije: ‘¿Qué pasó Dante? ¿La Tercera no iba a ganar en Primera?’, siempre con una sonrisa, claro”, porque Miguel es un hombre de mucha memoria, pero no demasiado rencor. Dante, cuenta, “salió con cualquier contestación”, y casi balbuceando dijo que era solo un partido...

Ignomiriello volvería a Estudiantes. Tras Central, tuvo un paso por Banfield, en 1970 (se llevó de Central a dos viejos conocidos, Mateos y Bedogni): le tocó jugar contra Estudiantes, un empate en uno, y se encontró con Don Mariano Mangano.

- Dígame, ¿alguna vez de las veces que vino a verme, yo le negué algo?

- No.

- ¿Y por qué no vino a hablar conmigo antes de irse?

Ignomiriello no respondió, aunque, insiste, lo buscó varias veces antes de irse, sin encontrarlo. Mangano le preguntó entonces hasta cuando tenía contrato con Banfield, y “me pidió que no renovara, que quería que vuelva al club”. Dos meses después, Mangano se quitó la vida. “Esa fue la última vez que lo vi”.

Al año siguiente, tras la salida de Zubeldía, Ignomiriello se hizo cargo de la Primera de Estudiantes. Llevó al equipo a una nueva final de Copa Libertadores, con varios valores ausentes: ya no estaban en el club Poletti, Madero ni Bilardo. Enfrente estaba el Nacional de Cubilla, Artime y Morales. Estudiantes ganó en casa y perdió en Montevideo, en dos partidos muy cerrados: en el encuentro desempate, en Lima, el Nacional que sería campeón del mundo fue demasiado para los de Ignomiriello.

***

El Tricolor sería, justamente, otro destino de Ignomiriello, aunque antes, en 1972, recaló en San Lorenzo, donde consagró a otra Tercera campeona. Allí, recuerda Don Miguel encontró a un jugador que escatimaba algunos esfuerzos: noctámbulo, llegaba tarde a las prácticas a pesar de vivir cerca del predio de Avenida La Plata, cuando no aducía alguna lesión o enfermedad. El club lo envió a jugar a San Francisco, Córdoba, por un tiempo, pero un día el jugador apareció en la cancha de San Lorenzo: buscaba a Don Miguel, porque en Córdoba había encontrado "un jugador grandote, de los que le gustan a usted". Era Mario Kempes. "Pero San Lorenzo no lo quiso fichar. Lo ofrecí en otros clubes, y tampoco". Tras aquel campeonato, lo llamó la Selección, en 1973. Y al siguiente año, en 1974, se encargó de las inferiores de Nacional.

Ya no estaban las estrellas del 71, las que le habían ganado la final de la Libertadores cuando dirigía Estudiantes, pero Don Miguel puso manos a la obra y durante dos temporadas promovió una camada de grandes futbolistas: bajo su tutela crecieron jugadores como Juan Ramón Carrasco, Alfredo de los Santos, Hebert Revetria, Alberto Bica, Rafael Villazán y José María Muñiz, entre muchos. Esa camada volvió a sacar campeón a Nacional tras un lustro en 1977.

Era su primera vez dirigiendo fuera de Argentina para Don Miguel, y llegaba a un país que admiraba: el Dr. Mario Romano Alonzo, historiador y ex director del Estadio Centenario y del Museo del Fútbol, y el Cr. Uberfil González Valerio, docente, escritor, entrenador y pupilo de Don Miguel en aquellos años Nacional, recuerdan que Ignomiriello “tenía una especial admiración por el fútbol uruguayo y su historia. Consideraba un milagro lo ocurrido en Colombes en 1924, cuando la Celeste asombró al mundo ganando los Juegos Olímpicos con un fútbol aguerrido, pero también de exquisita técnica. En ese entonces, la población uruguaya no alcanzaba el millón y medio de habitantes”.

Así, escriben Romano Alonzo y González Valerio, "su decisión de cruzar el Río era en búsqueda de aprendizaje, del anhelo de acercarse a una cultura futbolística que lo inspiraba. Con una mezcla de entusiasmo e incertidumbre, al enfrentarse a un ambiente que, aunque cercano geográficamente, le parecía un mundo aparte".

"Don Miguel había escuchado hablar de la garra charrúa, pero no entendía del todo lo que significaba hasta que compartió ese tiempo con los chicos. No se trataba solo de correr o meter pierna fuerte, era como un fuego que nacía en el pecho, una decisión inquebrantable de no rendirse nunca, de darlo todo por el compañero y por la camiseta. Fue entonces que comprendió que el milagro del 24 no era un mito, sino una realidad que vivía en cada futbolista uruguayo", cuentan. "Lo que hace al jugador oriental especial, es la mezcla de talento y sacrificio, una historia y cultura, que transmite su mística de generación en generación. El tiempo que pasó en Uruguay lo ayudó a apreciar la importancia de las emociones, la identidad y el sentido de pertenencia. Se ganó el respeto y la admiración de los chicos que entrenó, no solo por preocuparse del desarrollo de sus habilidades sino también, por sus sentimientos y sus necesidades".

Ignomiriello fue contratado para formar a los juveniles: "Desde que comenzó su tarea produjo cambios revolucionarios en el club. Como entrenador impuso una metodología moderna con trabajos en doble turno, concentraciones, seguimiento particular de cada jugador. Procuró que cada integrante recibiera la alimentación adecuada, incorporando cuatro comidas diarias. Algunos jugadores provenían del interior del país, por lo tanto, en la semana de trabajo se alojaban en las instalaciones del Gran Parque Central: Don Miguel logró que se hicieran mejoras de infraestructura para que cada juvenil se sintiera lo más cómodo posible. Todos contaban con ropa de entrenamiento, zapatillas, botines de fútbol", cuentan Romano Alonzo y González Valerio. Ignomiriello dejó obra: hasta hizo construir una cocina para que los jugadores coman porque "si el jugador no come, no puede entrenar. Carrasco se tomaba tres litros por día".

“Se comprobó que con las condiciones adecuadas y un buen trabajo el esfuerzo daría sus frutos. De los jóvenes que tuvieron el privilegio de estar en ese grupo, varios llegaron a ser profesionales y quienes no lo hicieron, tuvieron una experiencia de vida que fue fundamental para su desarrollo futuro”, dicen Romano Alonzo y González Valerio.

“Como entrenador nuestro, nos dejó un legado desde lo técnico- táctico, físico y futbolístico que nos acompañó en toda nuestra etapa como jugador”, recuerda el notable Juan Ramón Carrasco, que luego fue campeón en River y jugó en Brasil y España, y fue jugador y entrenador de la selección uruguaya. “Pero lo que yo quiero resaltar, que es con lo mejor o más me quedo, y esto no es una frase hecha, es que ha sido y es como un segundo padre: tenía esos momentos, seguramente con todos, donde sabía cómo llegarle a uno. Lo señalo porque me habló o me aconsejó mucho más que mi viejo”.

“Aquel proyecto no solo marcó mi carrera como futbolista, sino que también dejó una huella profunda en mi vida personal”, cuenta Martín Taborda, otro volante de la cantera de Don Miguel. “Miguel no fue solo un entrenador, fue un verdadero formador, un hombre con una mirada integral del futbolista, que entendía que la técnica y la táctica eran fundamentales, pero que, sin valores, sin ética, sin conducta, el talento no alcanzaba. Nos enseñó que la disciplina no es rigidez, sino compromiso. Que el respeto por el compañero, por el rival y por la camiseta, es la base de cualquier equipo exitoso. De él aprendí que el fútbol se entrena, pero también se piensa, que cada decisión dentro de la cancha debe tener un por qué y fuera de ella, cada gesto construye o destruye el camino que uno transita como profesional y como ser humano”.

“Muchas de las cosas que logré en mi carrera –tanto en Nacional como en el exterior– tienen raíces en aquellos primeros años bajo su conducción”, relata Taborda, de larga carrera luego en Brasil y que llegó a la selección. “Nos transmitía confianza, pero también exigencia, nos brindaba herramientas, pero nos pedía responsabilidad. Y en ese equilibrio, fue forjando

generaciones de futbolistas que, como yo, no solo recordamos sus enseñanzas, sino que las seguimos transmitiendo".

En ese sentido, agrega Álvaro Lanzaro, parte también de esa camada, "Don Miguel es un educador, con ese respeto y esa dedicación que tienen los que llevamos el fútbol en el alma". Y se suma Rafael Villazán, defensor que llegó a jugar en España e Inglaterra: "Fue para mí un gran orientador profesional, nos demostró cómo se debe preparar un futbolista, cómo tiene que ser su vida privada para llegar a ser profesional y poder triunfar en el fútbol. Por eso, agradezco haberlo tenido principalmente en la edad que lo tuve: fue muy importante en mi carrera, particularmente, y en la de todo creo en ese grupo. Nos agarró en una edad muy importante y nos dejó una marca por la exactitud que él tenía sobre los caminos que teníamos que seguir y de cómo se nos iban a dar en el fútbol profesional las distintas circunstancias. El que más o el que menos de todo ese grupo tuvo esas oportunidades, con mayor o mejor suerte o de repente capacidades, pero todos las tuvimos".

Alfredo de los Santos recuerda que "cuando cayó Don Miguel a Nacional se produjo un cambio del 100%. Comenzó a hacer mas habitaciones, empezamos a alimentarnos bien, teníamos cuatro comidas diarias, entrenábamos mucho, hicimos pretemporada. Don Miguel recorrió todo el interior seleccionando jugadores. Y además de haber sido un excelente técnico, fue como un padre nosotros: nos formó como futbolistas pero también como personas, nos inculcó los códigos que debe tener un deportista, nos impulsó a estudiar".

"El haber estado a las órdenes de Don Miguel me enseñó mucho más que ser un profesional, me enseñó el respeto, me enseñó lo que es el compañerismo", recuerda el arquero Omar Garate. "En mi vida he tenido muchísimos técnicos, yo que sé, treinta o cuarenta, pero el que me marcó para toda la vida fue Don Miguel". Por eso, cuenta, "si Don Miguel viene a Uruguay nos juntamos todos: yo nunca vi juntarse a los ex jugadores para recibir a otros técnicos que hemos tenido, Para nosotros, es un segundo padre".

***

Para Romano Alonzo y González Valerio, "fue tan innovador y tan profundo el proceso de cambio que Don Miguel introdujo en Nacional que quedó marcado no solo en la faz deportiva sino en la faz institucional y estructural de la institución". El trabajo dio rápidos frutos: en 1974, Ignomiriello sugirió al presidente de Nacional, Don Miguel Restuccia, la organización de un torneo conmemorativo por los 50 años de la obtención del título olímpico de Uruguay en París 1924: Nacional fue con juveniles (el equipo profesional se encontraba de gira) y ganó el título. Así fue que en 1975 le pidieron que se hiciera cargo del primer equipo. Don Miguel se consideraba captador de talentos: "El título de director técnico se saca en dos años, pero el seleccionador de talentos es como el catador de vino; es la nariz del perfume. La pupila se logra con horas mirando fútbol y con aciertos y errores", comentó por entonces en una entrevista. Igual, accedió al pedido de los dirigentes.

Tras una temporada dejaría el cargo: para entonces, Montevideo era un segundo hogar: recuerdan Romano Alonzo y González Valerio cómo "al poco tiempo de estar en la ciudad, se instaló con su familia en el balneario de Atlántida, donde adquirió una propiedad. La cercanía de este lugar con Parque del Plata, motivó el acercamiento de los dirigentes del lugar y la posibilidad de que se hiciera cargo del Club Deportivo Parque del Plata, que militaba en la C, llamada comúnmente Intermedia. Don Miguel colaboró con el club y le prestó el trabajo y el asesoramiento que él realizaba".

Ignomiriello volvió a Argentina (dirigió Independiente y Atlético Tucumán), y en 1977 siguió su carrera en Bolívar, de Bolivia. Dirigió luego en Ecuador, primero a Deportivo Quito y luego a la Selección, antes de regresar al país, para conducir primero a Cambaceres, donde tuvo a José Luis Calderón, y luego a Talleres de Remedios de Escalada, al que consagró campeón de Primera B.

Javier Zanetti, futura leyenda de la selección argentina y del Inter de Milán, tenía por entonces 15 años: estaba en inferiores, pero su hermano Sergio era jugador de aquel Talleres que logró el ascenso al Nacional. "Tengo los mejores recuerdos de aquel equipo", cuenta. Recuerda que era "un gran equipo, pero sobre todo con un gran entrenador: Don Miguel dejó todo por el fútbol".

En 1994, el destino lo volvió a cruzar con Estudiantes: el Pincha jugaba en el Nacional B, y Don Miguel dirigía Douglas Haig junto al pergaminense Juan Miguel Echecopar: el empate en uno como locales todavía es recordado en Pergamino.

Pasaron luego Platense, Arsenal, Italiano, Chacarita, Armenio: Ignomiriello siguió trabajando hasta 2013, cuando, con 86 años, volvió a Uruguay para trabajar en Parque del Plata.

Pero quizás el momento de mayor reconocimiento para Don Miguel Ignomiriello fue en 1973, cuando fue convocado a trabajar con el cuerpo técnico de la Selección Argentina. Ese año, entrenó al seleccionado sub-20 durante el Torneo Juvenil de Cannes, con un grupo de chicos que seleccionó con su habitual olfato. La lista incluía a Jorge Tripichio, Alberto Tarantini, Ricardo Bochini, Ricardo Bertoni y José Pavoni, y, entre otros, a Mario Kempes: Don Miguel recordó a aquel jugador que vio en sus días de San Lorenzo y advirtió a los dirigentes de Central, con los que mantenía una estrecha relación, que se apuraran a ficharlo, "porque cuando jugara para la Selección lo iban a querer todos". En Rosario le hicieron caso al Maestro.

También recordó a otro jugador que había visto en inferiores: Marcelo Trobbiani. Juvenil de Boca sin lugar, había dejado el fútbol y regresado a sus pagos; Ignomiriello lo había visto en un partido de juveniles y lo mandó a llamar a Arequito, donde ya trabajaba en el negocio familiar, una panadería, para que fuera parte del equipo. Tiempo después, en el predio de Ezeiza, Trobbiani encontró a Ignomiriello y lo saludó efusivamente: "¡Usted me salvó de ser panadero!", le dijo entre risas.

Aquella selección juvenil se fue tercera de Cannes, invicta, y con una curiosidad: perdió la semifinal ante Brasil, tras em-

patar en un gol, por cantidad de tiros de esquina. En paralelo, Ignomiriello colaboraba con el entrenador de la selección mayor, Omar Sívori: fue en esa labor que encabezaría, algunos meses más tarde, a un grupo de jugadores a entrenar en la altura para enfrentarse a Bolivia en un partido clave para clasificar al Mundial 1974.

Lo que había en juego era mucho, recuerda Don Miguel: Argentina había quedado afuera temprano, aunque con polémica, en el Mundial de 1966, y cuatro años más tarde no había clasificado; Brasil, en 1970, fue campeón y sensación, y presionaba entonces para quitarle la sede del Mundial 1978, en medio, además, de las turbulencias políticas argentinas. Si la Selección no clasificaba al Mundial de 1974, Brasil aumentaría la presión con un argumento poderoso. Argentina tenía que clasificar.

Ignomiriello propuso entonces, 12 años antes de que Bilardo lleve la Selección a Tilcara, viajar a la altura con un grupo de jugadores y aclimatarlos para el encuentro bisagra. Hacia allí fue con Carlos Cancela como preparador físico, un par de jugadores de experiencia, como Poy, y un conjunto de juveniles (varios habían sido parte del torneo de Cannes) y otros jovencitos como Fillol, Galván, Merlo y Jota Jota López. Los últimos dos se fueron rápido de la concentración, acusando cuestiones anímicas, aunque en realidad no soportaron las duras condiciones que imponía Jujuy.

Que eran bien austeras: la aventura en la altura, de un mes y unos días, fue sin apoyo. Invisibles para los medios, AFA prometió fondos y no cumplió. Tardó varios días en enviar la indumentaria. Miguel, como siempre, se las apañó: organizó amistosos contra varios equipos de la zona para cubrir los gastos. Con ese dinero, los jugadores hacían compras en el mercadito y se cocinaban ellos mismos, o el utilero. "Volví con siete, ocho kilos menos. La AFA se olvidó de nosotros y la pasamos mal", contaba Kempes.

Ante la poca atención que recibieron, tanto de la prensa como de los directivos de AFA, fueron bautizados "La Selección Fantasma". Finalmente, el 23 de septiembre de 1973, Argentina, di-

rigido en dupla técnica por Sívori e Ignomiriello, enfrentó a su similar de Bolivia en el Estadio Hernando Siles, a 3.577 metros de altura, y lo derrotó 1-0 con gol de Fornari. Argentina quedó en las puertas de la clasificación, pero para el Mundial, AFA decidió cambiar a Sívori y compañía por Vladislao Cap. Tiempo después, cinco jugadores de aquel proceso (Fillol, Tarantini, Kempes, Bertoni y Galván) fueron campeones del mundo. Una constante en la carrera de Ignomiriello: formar equipos y ver sus éxitos desde el otro lado de la vidriera.

"Hice rico a muchos empresarios, a muchos clubes. Yo quedé seco", se ríe. "Con Estudiantes no me compré nada. Llegué con un auto Ford y lo tuve que vender. Cuando me fui me debían cinco meses". No hay melancolía, sin embargo: Don Miguel recuerda tanto las desventuras como los amigos que le dio el fútbol con alegría y el mismo entusiasmo para hablar de fútbol de siempre. A veces, quizás, los ojos se le ponen vidriosos cuando recuerda a su madre, "la santa", que le dijo cuando era joven, con gran pesar, que no había recursos para que estudiara, que iba a tener que aprender un oficio, porque la familia era muy grande y había que ayudar.

Enseguida, sin embargo, organiza un asado con los amigos que quedan, con otros nuevos. El asado lo prepara y lo sirve él, en ese quincho donde cuelgan camisetas, premios, fotos, testimonios desordenados, sin reverencias, de una carrera ilustre, cerca del rincón que llama "Tato Medina" porque todavía recuerda sus charlas allí, vino de por medio, con el tucumano.

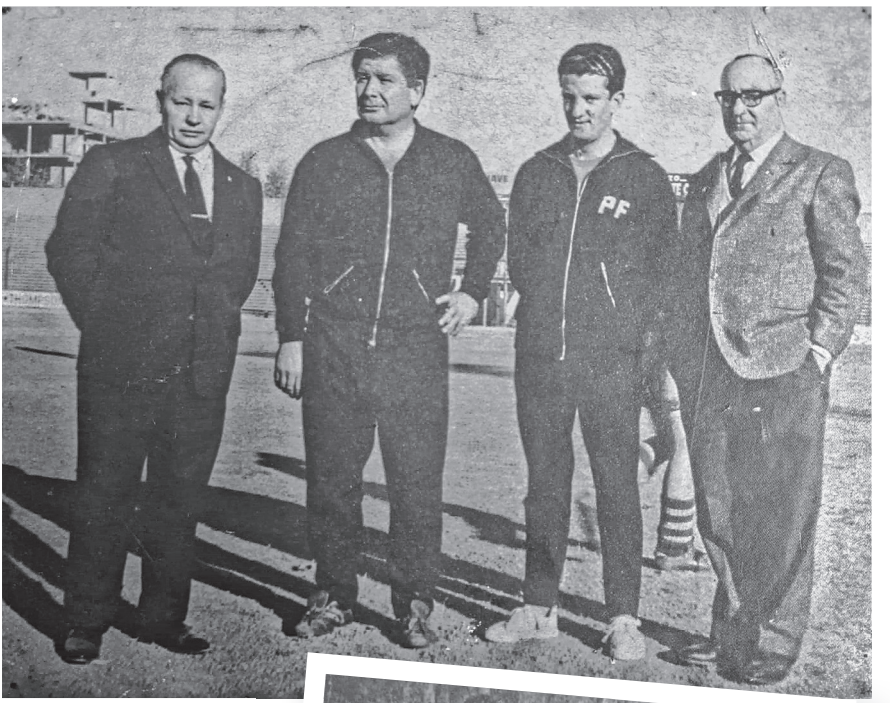




Arriba, la Selección Fantasma; a la izquierda, Don Miguel y Daniel Córdoba, su PF en Cambaceres



Ignomiriello, tras la victoria en Bolivia que valdría la clasificación al Mundial 1974





Arriba, Ignomiriello y Cancela en Central; a la derecha, los jugadores de Ignomiriello en Nacional



1964

La Tercera que casi mata

El plantel

Ramón Alberto Aguirre Suárez	Jorge Garbarini
Andrés Avelino	Oscar Malbernat
Enrique Cavoli	Eduardo Luján Manera
Rubén Bedogni	Hugo Mateos
Eduardo Cremasco	Hugo Mercera
Néstor Demarta	Rodolfo Orife
Juan Echecopar	Carlos Pachamé
Pedro Ferrín	Alberto Poletti
Eduardo Flores	Julio Santella
Enrique Flores	Juan Ramón Verón



La Tercera del 1964. Arriba: Castilla, Santella, Echecopar, Cremasco, Mateos, Eduardo Flores, Demarta, Poletti; en el medio, Avelino, Fares, Cancela, Mendoza Pintos, Ignomiriello, Rey, Lorenzo, Verón; abajo, Orife, Ferrín, Aguirre Suárez, Enrique Flores, Pachamé, Mercerat, Bedogni y Manera

Huracán	0	Estudiantes	2
Estudiantes	4	Ferro	2
Estudiantes	4	Independiente	1
Gimnasia	1	Estudiantes	2
Estudiantes	3	Boca	0
Chacarita	0	Estudiantes	0
Estudiantes	2	Atlanta	0
San Lorenzo	2	Estudiantes	4
Estudiantes	4	Vélez	2
Central	1	Estudiantes	0
Estudiantes	0	Racing	3
Estudiantes	2	River	2
Banfield	2	Estudiantes	2
Estudiantes	4	Argentinos	0
Estudiantes	2	Huracán	0
Ferro	0	Estudiantes	2
Estudiantes	0	Newell's	1
Gimnasia	2	Estudiantes	2
Boca	2	Estudiantes	2
Estudiantes	4	Chacarita	1
Atlanta	0	Estudiantes	6
Estudiantes	3	San Lorenzo	1
Independiente	1	Estudiantes	3
Vélez	2	Estudiantes	5
Estudiantes	0	Central	1
Racing	2	Estudiantes	4
River	0	Estudiantes	0
Estudiantes	3	Banfield	1
Argentinos	0	Estudiantes	3

Eduardo "Bocha" Flores fue el goleador del equipo, y del torneo, con 29 tantos



1965

La Tercera que mata

El plantel

Aguirre Suárez, Ramón
Bedogni, Rubén
Cavoli, Enrique
Cremasco, Eduardo
Cullerton, Omar
Del Curto, Omar
De Marta, Nestor
Duarte, Santiago
Echecopar, Juan
Espinosa, Horacio
Flores, Eduardo
Flores, Enrique
Flores, Gabriel
Forteis, Raúl
Lafuente, Jorge
Lozano, Armando
Malbernat, Oscar
Manera, Eduardo
Maschio, Carlos
Mateos, Hugo
Medina, Hugo
Mercerat, Hugo
Muñoz, Juan Carlos
Orife, Rodolfo
Pachamé, Carlos
Poletti, Alberto
Rodríguez, Mario
Santella, Julio
Zibecchi, Carlos

La Cuarta también

El equipo de la final

Gabriel Flores, Olmedo, Zuccarelli, Rodríguez, Albanese, Maschio, Del Curto, Cremasco, Echecopar, Orife y Zibecchi

Estudiantes	5	Central	1
Banfield	0	Estudiantes	2
Platense	0	Estudiantes	0
Estudiantes	3	Boca	0
Huracán	2	Estudiantes	4
Estudiantes	3	Argentinos	0
Ferro	0	Estudiantes	2
Estudiantes	3	Racing	1
Lanús	0	Estudiantes	2
Estudiantes	1	Newell's	6
Estudiantes	6	Chacarita	1
Estudiantes	2	San Lorenzo	2
Atlanta	1	Estudiantes	3
Estudiantes	6	Vélez	0
Independiente	0	Estudiantes	3
Central	2	Estudiantes	1
Estudiantes	5	Banfield	1
Estudiantes	3	Platense	0
Boca	1	Estudiantes	1
Estudiantes	4	Huracán	0
Gimnasia	1	Estudiantes	0
Argentinos	1	Estudiantes	4
Estudiantes	3	Ferro	1
Racing	0	Estudiantes	0
Estudiantes	6	Lanús	1
Newell's	2	Estudiantes	2
Estudiantes	3	Gimnasia	2
Chacarita	3	Estudiantes	2
Estudiantes	1	River	0
San Lorenzo	1	Estudiantes	4
Estudiantes	2	Atlanta	0
Vélez	0	Estudiantes	2
Estudiantes	5	Independiente	1

Rubén Bedogni fue el goleador del equipo y del certamen, con 23 goles en 23 partidos



1966

La Reserva campeona

El plantel

Oleinicky, Espinosa, Avelino, Spadaro, Cheves, Aguirre Suárez, López, Bedogni, Lombardi, Verón, Del Curto, Santiago, Zapata, Eduardo Flores, Enrique Flores, Orife, Taverna, Malbernat, Manera, Pachamé, Demarta, Madero, Maschio, Zuccarelli, Madero, Medina, Forteis, Mercerat, Di Julio.



La Tercera, campeona del torneo nocturno en 1966

La Quinta que tuvo revancha

El plantel

Gabriel Flores, Mendoza, Sagastume, Fariscoy, Alemanni, Taverna, D'Atri, Vacca, Pagnanini, Lasta, Videla, Fernández, Ares, Zuccarelli, Trullet, Rodríguez.

Los hombres detrás de la línea de cal

Miguel Ubaldo Ignomiriello
CONDUCTOR TÉCNICO DOCENTE / SELECCIONADOR

Carlos Omar Cancela
PREPARADOR FÍSICO

Osvaldo Arteaga
DIRECTIVO

Eduardo Bernasconi
DIRECTIVO

Alejandro Güiscardo
DIRECTIVO

Rubén Lachaise
DIRECTIVO

Carlos Amado Fares
AYUDANTE TÉCNICO

Oscar Fernando Urruchúa
SEC. ADMINISTRATIVO Y SELECCIONADOR ITINERANTE

Enrique Agustín Mónaco
SELECCIONADOR

Juan Francisco Solari
MÉDICO

Héctor José Di María
MÉDICO

Agustín Visconti
PEDICURO

Eduardo Pereyra
ODONTÓLOGO

Adolfo Cacciatorre
BIOQUÍMICO

Jorge Lorenzo
KINESIÓLOGO

Luis Trejo
MASAJISTA

Nicolás Más
MASAJISTA

Diego Rafael Santucci
ENFERMERO

César Abraham
SOCIALIZADOR

José Gabriel Peña
PROMOTOR

Ramón Mansilla
UTILERO

Don Miguel en números

Por Enrique Lombardi *

** Leído en ocasión del cumpleaños número 98 de Miguel Ignomiriello.*

La ciudad de La Plata cumplirá en noviembre 143 años de vida y Don Miguel viene transitando el 70% de su rica historia.

Países en los que dirigió: 4. Argentina, Ecuador, Uruguay y Bolivia.
Clubes en los que dirigió: 24, desarrollando en varios de ellos más de una etapa.
Selecciones que dirigió: 2. Argentina y Ecuador.
Jugadores formados: innumerables.
Experiencias vividas: innumerables.
Experiencias transmitidas: diarias y cotidianas en cuanta reunión lo tenga presente.
Número de Ciudadanías Ilustres: 2. La Plata y Rosario.
Número de agasajos y reconocimientos: innumerables.
Memoria: infinita.

Formó, dirigió, gestionó, administró y posibilitó concretar los sueños de muchos.

Los instrumentó y materializó a través de novedosas metodologías para la época en los distintos clubes donde le tocó actuar.

Adjetivos que ayudan a describirlo: innovador, pionero, adelantado, visionario, capaz, tesonero, tenaz, eficiente, conciliador, hacedor, líder. Consejero. En mi caso, cuando era un juvenil jugador de las inferiores de nuestro club, me llama y me pregunta:

- Lombardi, ¿usted es mejor que Aguirre Suárez? ¿Usted es mejor que Madero?

Creo haberle contestado: "No, todavía no". Él remató diciendo: "Por eso, usted tiene que seguir estudiando".

Luego, años más tarde, ya sin los pantalones cortos y botines,

fue permanente consejero en mi presidencia. En una ocasión, integró y lideró el jurado para la elección del cuerpo técnico de inferiores, conformado por ilustres y queridísimos referentes con puro ADN Pincha, Juan Ramón Verón, Alberto Poletti, Julio Santella y Gabriel Macaya. Frente a varios y muy buenos proyectos presentados, luego evaluados tanto en lo escrito como en exposiciones públicas, el elegido por ellos fue nuestro querido caudillo histórico Carlos Pachamé, instructor FIFA de reconocida trayectoria en Formación y Dirección Técnica, claro representante de nuestra escuela. Más adelante, me presentó a un grupo de jóvenes socios que venían con ideas relacionadas a nuestra rica historia, y fue así que fundamos con su iniciativa el Museo del Club Estudiantes de La Plata.

Pero sobre todas las cualidades mencionadas, debemos destacar la del espíritu, que está varios escalones por encima de todas ellas.

El espíritu es opcional, electivo, tiene mucho más que ver con crecimientos personales, decisiones de vida, elecciones del camino a recorrer. El mayor legado de Don Miguel es el gran espíritu emprendedor con el que supo crear, fundar, forjar y transmitir una escuela de fútbol, una escuela de vida, marca registrada.

Ese Espíritu, que aún hoy ejemplarmente sigue desarrollando, será faro y espejo en el que nuevas generaciones de hacedores deberán reflejarse. Miguel formará parte y será uno de los destacados eslabones de nuestra memoria colectiva, que es el hilo conductor que conecta el pasado con el futuro, nos da pertenencia, sentido, nos define como sociedad. En nuestro querido Club Estudiantes de La Plata, ese espíritu creó las bases de conquistas impensadas y de grandes sueños realizados. La embrionaria, inmortalizada y legendaria Tercera que Mata corrobora que con mucha dedicación, talento y trabajo se puede hacer realidad el versículo que dice: “Aunque el tiempo entre la siembra y la cosecha sea extenso, no por eso la siembra será en vano”.

Salud, Don Miguel.

Muchas gracias por tantos siembra, muchas gracias por tanta cosecha. Muchas gracias por su inmenso legado.

Índice

9 Prólogo

12 Fútbol, maravilloso deporte

15 **0. Del páramo a Old Trafford**

25 **1. Don Miguel**

35 Alberto Poletti

41 **2. Estudiantes de la Patria**

65 Enrique Lombardi

71 **3. Una revolución a pulmón**

101 Enrique "Tinga" Flores

107
4. Don Mariano

115
Gabriel "Bambi" Flores

121
5. 1964

133
Julio Santella

139
6. 1965 un verano bisagra

151
Rubén "Pelusa" Bedogni

155
7. Mata, mata, mata

175
Carlos Pachamé

179
8. La semilla de la mística

206
Estadísticas

212
Don Miguel en números

216
Agradecimientos

Agradecimientos

A los jugadores, que entregaron cuerpo y alma para hacer historia.

Al cuerpo técnico, dirigentes y socios que colaboraron, en silencio, sin pedir nada a cambio, sin llevarse nada, con las divisiones juveniles en aquel proceso, resolviendo con ingenio y con tiempo de sus vidas todo lo que hizo falta.

Al Diario El Día y su director, Raúl Kraiselburd, por su gentileza y colaboración con este libro.

A la Municipalidad de La Plata, por su interés en esta historia.

Al Club Estudiantes de La Plata. Un club distinto.

Gracias.



En 1968 Estudiantes fue campeón del mundo.

Cinco años antes, se iba al descenso.

Esta es la historia de una revolución: la que llevó a Estudiantes de ser un simpático equipo con problemas para mantenerse en Primera al club que rompió la hegemonía de los grandes y desafió al poderoso Manchester United en su propia casa en apenas cinco años: en ese tiempo, Don Miguel Ignomiriello realizó un trabajo transformador en inferiores, forjó un espíritu de equipo y jerarquizó a un conjunto de jugadores que luego tomó Zubeldía, y los llevó hasta las cumbres máximas del deporte.

LA PLATA CAPITAL

ISBN 978-631-01-1311-1

9 786310 113111